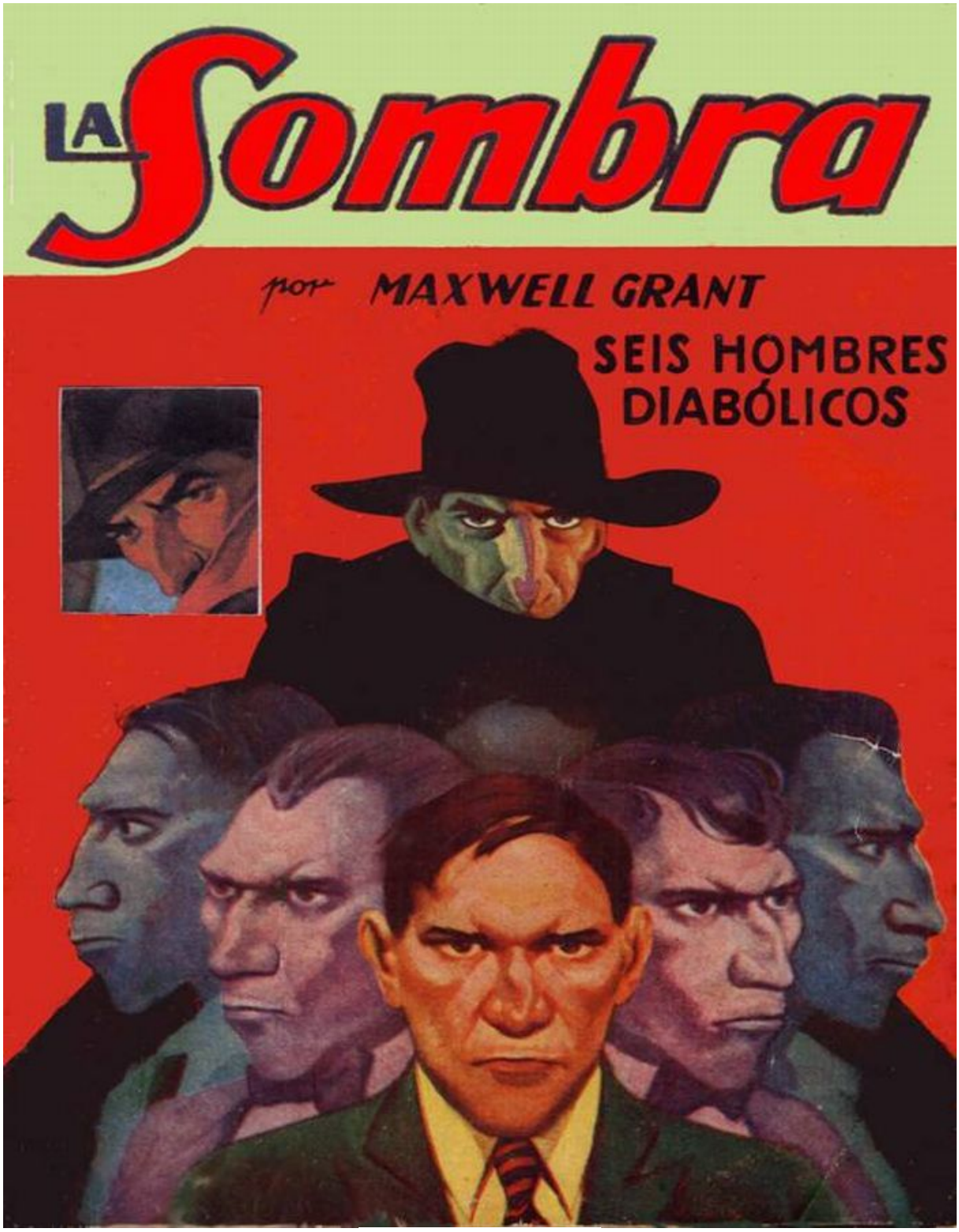
Seis hombres diabólicos
Maxwell Grant



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

CAPÍTULO PRIMERO
EN LA FRONTERA

El tórrido sol mejicano se había puesto ya y los últimos rayos que se divisaban en el lejano horizonte lanzaban un débil resplandor, augurio de una noche sofocante. En el crepúsculo, un grupo de jinetes de aspecto cansado cabalgaba lentamente en dirección al Norte, por un terreno sembrado de mezquite.

Los hombres hablaban entre sí; pero lo hacían en voz baja como si las sombras de la árida llanura les llenara de temor. Caminantes solitarios en una tierra desierta, atravesaban un mundo poblado únicamente por ellos.

Sus voces se apagaron y los caballos siguieron avanzando en medio del silencio. Las siluetas de los jinetes se hacían más confusas en la oscuridad que iba creciendo, cuando de pronto la tensión fue rota, por un terno lanzado con rabia por uno de los hombres.

El juramento arrancó una carcajada brutal a uno de sus compañeros y los demás, con una sola excepción, rezongaron por lo bajo. Uno solo de aquellos jinetes guardó el más profundo silencio.

-Llegaremos antes del alba -gruñó el hombre que había jurado.

-Sí... llegaremos allí... y entonces, ¿qué?

-Tenemos la pasta -repuso uno de sus compañeros, dando una palmada al saco que descansaba en la grupa de su caballo-. Es lo principal, ¿no?

-¡Claro! -dijo otra voz-. Y entonces, cada cual para sí; es la única manera de salir del paso.

Callaron y durante unos momentos, sólo se oyó el ruido monótono de los cascos de los caballos. De pronto, otra voz se elevó para protestar:

-Vamos a separarnos, ¿eh? –inquirió-. Comprendo que no nos queda otro remedio; pero eso no va ayudarnos gran cosa.

-¡Podemos dar las gracias a Charley por todo! -añadió una voz sarcástica.

Estas palabras arrancaron un gruñido afirmativo al grupo entero de jinetes, exceptuando uno. El individuo solitario que se había encerrado en el mutismo continuó negándose a justificarse. Cabalgaba detrás de los demás, a unos metros de distancia; pero oía cuanto decían y sus compañeros se daban cuenta de ello.

Ahora que habían mencionado el nombre de Charley, nuevos comentarios siguieron.

-Charley es el más listo del grupo -dijo uno con una risita-. Íbamos a dar un golpe estupendo y... ¿qué hemos sacado?

-Unos cuantos miles por cabeza -rezongó otro-. Esto es mejor que nada.

-¿Volverías a pasar seis meses como éstos para obtenerlos? -inquirió una voz en la oscuridad.

-¿Por unos cuantos miles? -Otra risa acompañó la respuesta-. ¡Oye, amigo, no volvería a pasar una sola semana de la miseria que hemos sufrido aunque fuera para obtener el mismísimo chicquatil verde!...

-¡Chitón! -exclamó una voz sibilante al oído del que hablaba-. ¡No hables de eso... me da escalofríos! ¡No hables del chicquatil! ¡Cada vez que cierro los ojos veo ese resplandor verde! ¡Verde por todas partes... verde que nunca acaba!...

La voz del hombre se elevó nerviosamente.

-... ¡Veo esa luz verde que me enloquece!...

Un brazo se levantó en la oscuridad y un puño pegó brutalmente al que hablaba, en la espalda, haciéndole callar en el acto.

Más murmullos surgieron entre los jinetes. Era evidente que ellos también guardaban un temor nervioso, de algo que habían presenciado. Finalmente, uno de los jinetes concretó la situación con tono tranquilo y reflexivo que tranquilizó a los demás.

-Estamos fuera de todo eso –dijo-. ...Y pronto lo habremos olvidado. ¡Nadie volverá a arrastrarnos al templo de los aztecas! ¡Que se queden con el chicquatil en Zeltapec! Es suyo y pueden guardarlo... Nadie puede quitárselo; pero hemos sacado algo del naufragio... lo suficiente para ayudarnos a...

-¿Ayudarnos a qué? -preguntó el individuo nervioso a quien habían hecho callar-. ¡Ni siquiera somos lo que éramos! ¿Me comprendéis? ¡Ya no somos nosotros! ¡No somos nadie... nadie! Y Charley tiene la culpa... ¡Él nos llevó a ese infierno y le mataría si no hubiese sufrido igual que nosotros!

-Sí, Charley se ha llevado lo suyo como nosotros -dijo otro hombre con filosofía-. No se siente más animado que nosotros y está calladito allí detrás. No ha dicho gran cosa desde que salimos de Zeltapec, ¿no es verdad, Charley?

El que hablaba miró por encima del hombro al terminar la frase. No veía al hombre a quien llamaba Charley y tan sólo las pisadas del caballo indicaban que otro hombre cabalgaba detrás, en la oscuridad. No parecía sino que Charley se sentía desterrado, rechazado por sus camaradas.

-¿Lo veis? –prosiguió-. Charley no tiene nada que decir. Tal vez tiene miedo de nosotros... y con razón. Nos llevó por las montañas, nos metió en un lío en Zeltapec... Se las daba de jefe. ¡Charley era un tío... y ahora nos tiene miedo!

Los demás se echaron a reír burlonamente. En sus risas había malicia, pero no alegría. Unánimemente creían que el hombre que les seguía sentía miedo y sus gruñidos y exclamaciones no presagiaban nada bueno para el que en un tiempo fue su jefe.

-¡Charley nos tiene miedo!...

Al desafío, repetido una y otra vez, contestó una voz dura que surgió de las tinieblas. El jinete solitario se había acercado a los demás, espoleaba su caballo hasta meterlo entre ellos y, rompiendo al fin el silencio, habló con tono firme que exigía atención.

-¡Yo! ¡Tenemos miedo! -dijo con énfasis-. ¡No seáis locos! Sois cinco, eso es todo; pero yo me las entendería con diez más como vosotros. ¡Decís que os he metido en un lío en Zeltapec! ¡Es una mentira!

Ni un solo de los cinco descontentos se atrevió a contestar. Charley, al surgir entre ellos, había demostrado su poder de mando y cuando calló, esperando una contestación, no obtuvo otra que el ruido del mezquite hollado por los cascos de los caballos.

-¡El lío lo hicisteis vosotros en Zeltapec! -declaró Charley-. No tengo yo la culpa de lo ocurrido, más que vosotros. Corrimos un albur... fue una jugada arriesgada, la puesta valía la pena, y perdimos. ¡Podéis daros por satisfechos de haber salvado el pellejo y que los aztecas os hayan dejado guardar el oro... nada más!

-Charley tiene razón -admitió uno de los hombres, en voz baja y lastimosa-. Pero eso no nos ayuda mucho. Parece que todo va bien aquí en la oscuridad... pero ¡esperad a que sea de día, cuando nos miremos unos a otros!... Entonces nos parecerá todo tan negro como hoy, como ayer, como el día antes...

-¡Cierra el pico! -ordenó Charley bruscamente-. Os he oído hablar así veinte veces. Decís que he estado callado..., es porque estaba pensando. Cuando os decidáis a estaros quietos, os hablaré y os diré algo que vale la pena oírse.

El silencio fue instantáneo. Con pocas frases acertadas, el antiguo jefe volvía a ocupar su puesto. En medio de las tinieblas, el caballo de Charley tomó la delantera y los demás se le acercaron. Los hombres escucharon sin interrumpir.

-Nos acercamos a la frontera -declaró Charley-. Allí nos separaremos... tal como lo habéis decidido. Decíais que teníamos que separarnos... que si seis hombres como nosotros

viajaban juntos, tropezarían con dificultades, sólo con su aspecto. Tenéis razón, pero os equivocáis al creer que aquí acabó todo.

"Nos juntamos al empezar ¿no?; pensamos igual, hablamos igual, obramos igual y, finalmente somos iguales... Somos seis hombres iguales... seis hombres... inteligentes. -Se detuvo después del cumplido-. ...¡Pero tan sólo uno sabe hacer uso de su inteligencia!

No obtuvo respuesta. Los hombres cabalgaban en silencio, formando un grupo dócil y obediente. No parecía sino que perdían su individualidad al tomar la directiva su jefe. De pronto, el tono de Charley se hizo retador:

-¿Qué sois? –preguntó-. Os lo diré. Cinco hombres que pueden luchar contra ciento si cumplen las órdenes recibidas. ¡El mal es que os habéis debilitado! Os habéis creído poder regresar a los Estados Unidos y volver a empezar. Os habíais preparado coartadas... Tal vez os han apuntado como hombres que han huido a Méjico... tal vez no. Si hubiese ocurrido lo peor, podíais decir que unos hombres diferentes y todos os encontráis en el mismo caso.

"Habéis sido ladrones de poca monta... bastante mansos para escapar siempre con bien de vuestras empresas. Os habéis alistado en el ejército con el fin de esconderos... al igual que yo. ¡Aquello no os gustó y al juntaros, habéis desertado... como yo!

"Yo sabía dónde había algo que merecía el ir en su busca, en Zeltapec. Intentamos cogerlo y... fracasamos y ahora, con unos cuantos miles de dólares en oro cada uno, queréis volver al sitio desde el cual habéis partido. Yo también quiero volver; pero no el mismo hombre que se fue, de modo que me alegro de lo que me ocurrió en Zeltapec... ahora que ya ha pasado. Tengo sesos, experiencia y no se me puede identificar. Cuando llegue a Nueva York, empezaré a trabajar y nadie me conocerá. Por eso es por lo que me alegro de ser distinto de antes.

Varias contestaciones a media voz, dieron a entender que los demás hombres comprendían lo que su jefe les decía. Luego, y en voz más suave, uno de ellos habló, objetando con recelo:

-¡Eso está bien, Charley... muy bien para ti que no has de temer nada!, Pero ¿y nosotros?... ¿Cómo nos arreglamos?

Murmullos de asentimiento, demostraron que el resto del grupo compartía la opinión del que hablaba. Era el reto final al que les dominaba.

Charley no se dejó desconcertar:

-¿Cómo os arregláis? –repitió-. ¡Vais a verlo! Os conozco bien. Sois todos sin excepción unos provincianos. Habéis dejado vuestros respectivos hogares, os habéis metido en líos y habéis intentado dar golpes importantes que os permitiesen regresar e impresionar a la buena gente de vuestros pueblecitos. Lo que olvidáis es que vuestras coartadas pueden no seros de mucha utilidad. ¡Tío Sam no es indulgente con los desertores y no sois los primeros en pasar la frontera!

"Todos habéis contado con regresar a casa y cuanto más habéis hablado de ello, más os ha gustado la idea. Os dejé pensar así hasta que pasara más tiempo; luego esos aztecas de Zeltapec han cambiado totalmente las cosas y aquí estáis quejándose de la mala suerte que os ha cabido... sin ver que se os está presentando una oportunidad que os puede valer un millón a cada uno.

Unas exclamaciones ahogadas brotaron de los labios de los jinetes. Las palabras de su jefe les tenían sojuzgados y continuaron cabalgando en silencio, comprendiendo que iba a revelarles un plan maravilloso.

-Habla ya, Charley -dijo una voz ansiosa-. Dínoslo... Estamos contigo. Qué haremos... ¿continuar juntos?

-Nos iremos cada cual por su lado -declaró el jefe con voz lenta y firme-. Haremos lo que habéis pensado... cada hombre al lugar que haya escogido; pero iremos como desconocidos. Olvidaréis vuestros antiguos nombres, adoptando otros nuevos. Seréis los bien

venidos, puesto que todos tenéis dinero. Olvidad el crimen, puesto que tendréis que crear una atmósfera de confianza en las comunidades a las que pertenecéis.

"Pronto se os conocerá por ciudadanos respetables. Recordad que tendréis unas magníficas oportunidades, puesto que conoceréis de antemano vuestras respectivas poblaciones. Yo he escogido Nueva York. Allí pienso depositar mi dinero y obrar con cautela. Podría dar unos buenos golpes ahora... pero dejaré pasar la ocasión.

-¿Por qué, Charley? -preguntó alguien.

-Porque voy a esperar otra mejor y mayor. Cada uno de vosotros dispondrá del tiempo que le sea preciso. Cada cual formará sus propios planes. Sin embargo, todos tendréis el mismo objetivo y yo figuraré en el desenlace.

"Que se trate de seis, de diez meses, de un año... el tiempo no tiene importancia. Esperaré hasta que cada uno de vosotros esté dispuesto. Luego, uno a uno, recogeremos los frutos del trabajo. Somos distintos y sin embargo, iguales. Cada cual contribuirá y entre todos nos repartiremos las ganancias.

-Todavía no lo entiendo bien, Charley -declaró una voz ronca-. Aunque me parece que estás preparando algo interesante. Vamos a separarnos y cada uno de nosotros quedará en contacto contigo. Esto lo entiendo, pero ¿cómo vendrás a vernos... o iremos a verte a ti?

-Nadie ha de ver a ninguno de los compañeros -replicó el jefe con énfasis-. Tampoco cambiaremos cartas. Cada cual trabajará en su asunto y cuando el tiempo llegue, me pondrá al corriente por signos especiales. ¿Recordáis... en Zeltapec...?

-¡Los signos de los aztecas! -exclamó uno de los jinetes.

-Exacto -confirmó el jefe-. Formad vuestros planes y tenedme al corriente cuando estéis listos. Preparad todo para mi llegada... luego obraremos.

-Obraremos ¿cómo? -inquirió uno de los hombres.

El jefe se echó a reír y tras unos instantes de silencio, empezó a hablar en voz baja.

Paulatinamente desarrolló los detalles del plan que había formado. No fue interrumpido mientras habló. Los caballos recorrían milla tras milla y los jinetes seguían escuchando las palabras del hombre que les dominaba a todos.

Por fin acabó y unas palabras de admiración brotaron en coro. Un hombre había enseñado el camino a otros cinco y los seis estaban dispuestos a iniciar el trabajo que les esperaba. Unas preguntas anhelosas brotaron en la oscuridad. A todas el jefe contestó adecuadamente.

El resplandor del alba se extendía sobre la llanura, cuando la pequeña caravana se detuvo. Habían llegado a la frontera y los hombres se disponían a separarse en tierra americana.

-¡Recordad cuanto os he dicho! -dijo el jefe con voz dura-. Esperad hasta tener unos planes bien hechos. Sois cinco y cada cual tiene su propio trabajo. Os he dicho cómo podéis comunicar conmigo en Nueva York. Ahora volvemos a empezar..., el pasado está olvidado.

Se detuvo y miró a la luz imprecisa del día naciente las siluetas de los hombres a caballo que le rodeaban. Como la figura central de una estatua ecuestre, el jefe dominaba a los demás.

-Cada cual se va por su lado –declaró-. Cada cual permanece en su población. Nadie puede estar enterado de nuestros designios... ni siquiera...

Calló de pronto, para continuar con un dejo burlón en la voz:

-Cuando hago planes -dijo-, los hago que valgan la pena. Salí de Nueva York porque me había enfrentado con el único hombre bastante fuerte para vencerme. Digo hombre, pero es algo más que eso... es La Sombra. Todos los criminales que han intentado desafiar a La Sombra han salido perdiendo... y el pago ha sido la muerte. Nosotros hemos salido con la vida de Zeltapec, mientras que nadie sale vivo de una lucha con La Sombra.

"Yo me enfrenté con La Sombra; pero tuve tiempo de huir antes de que me descubriera. Comprendí lo que se acercaba y por eso ahuequé. Vosotros podéis creer que Nueva York es grande; pero os equivocáis. Tenía miedo de volver allí, donde La Sombra me esperaba y por eso me fui a Méjico.

"Ahora es distinto; nada tengo que temer en Nueva York. La Sombra no puede descubrirme; estoy fuera de su alcance. Él cree poder vencer al crimen. Le enseñaremos crímenes con los que se verá impotente. Cuando estemos dispuestos, ni la mismísima Sombra sospechará nada.

El horizonte se teñía de un leve color de rosa. El jefe miró hacia el Este y movió la mano. Era la señal de despedida que sus compañeros comprendieron. Ya en los Estados Unidos y a la luz del día, no debían ser vistos juntos.

Cinco hombres hablaron a sus monturas y uno tras otro se alejaron en direcciones distintas. El jefe permaneció solo, siguiendo con la mirada las siluetas que se alejaban, hasta no ser más que meros puntos en la lejanía.

En medio de la gloria del día naciente, el último hombre levantó las riendas de su caballo. Había enviado cinco hombres hacia sus respectivas misiones.

Él era el sexto y se quedaba solo e impasible. Su rostro era visible a la luz que iba adquiriendo fuerza. Sus facciones permanecían inmóviles, como una máscara. Únicamente los labios se movían mientras seguía enfrascado en sus pensamientos.

-¡La Sombra! -murmuró en voz baja-. La Sombra... ¡El hombre que lo sabe todo! Pero este plan, no lo conocerá; es algo que nunca sabrá. ¡Que intente oponerse a esos crímenes que acabarán al empezar!

Una risa sardónica brotó de sus labios. El último de los seis hombres golpeó el lomo de su caballo con las riendas y la montura se puso en camino por la llanura árida.

Un hombre había formado sus planes al pasar la frontera. Había despedido a sus compañeros que llevaban oro en sus alforjas y se veían a salvo de las sospechas que siguen a la realización de un crimen.

Cinco hombres habíanse alejado y el sexto se ponía en marcha, sabiendo de antemano lo que iba a hacer. En el transcurso de los próximos meses, aquel hombre cometería crímenes cuando se le diera la señal.

Era un sujeto que ya estaba familiarizado con el crimen, pero nunca de la envergadura de los que acababa de proyectar. ¡Estaba dispuesto a desafiar a La Sombra! Su cuadrilla de criminales daría golpes... nadie sabía cuándo; pero hasta que cayesen éstos, no habría lugar a la menor sospecha.

Cuándo ocurriesen los crímenes ¿se enteraría La Sombra? ¿Sería capaz de resolverlos?

CAPÍTULO II
UN CRIMEN AUDAZ

Dos hombres se hallaban sentados, en una biblioteca de paredes cubiertas de tableros de roble y techo artesanado. La estancia pertenecía indudablemente a un palacio, pues sus muebles macizos y sus gruesas alfombras de lana hablaban de un lujo extremado.

Uno de esos hombres, a todas luces una visita, estaba sentado en un sillón, fumando lentamente un cigarrillo. Había en su actitud cierta nerviosidad que su rostro no traicionaba. Sus facciones eran impasibles y todos cuanto conocían a Earl Northrup quedaban impresionados por su extraño aspecto.

Su expresión, siempre igual, quedaba acentuada por las características de su fisonomía. Tenía la nariz ancha y tanto las mejillas como la barbilla y la frente, huidizas.

Sus labios eran gruesos y la mirada de sus ojos, siempre fija, sólo variaba cuando éstos brillaban. Únicamente los ojos y los labios de Northrup traducían sus emociones.

El otro hombre, el dueño de la casa, era un caballero de cierta edad, de aspecto digno y aristocrático, de cabellos canos. Estaba sentado ante su mesa de trabajo, hojeando unos papeles, pareciendo olvidarse de la presencia de Northrup. Este modo de ser era característico de Antonio Hanscom. Era, ante todo, hombre de negocios, que logró el éxito por saber concentrarse.

Al cabo de unos momentos, Hanscom levantó los ojos, encontrándose su mirada con la de Northrup. El anciano sonrió débilmente y apartó los papeles con la mano, recostándose en su silla giratoria. Cruzó las manos y descansó sobre ellas la barbilla.

-Es usted un hombre muy paciente, Northrup –declaró-. Sospecho que es probablemente el hombre más paciente de esta región del Estado de Illinois y por este motivo me gusta tenerle en casa. El trabajo pasa ante todo conmigo y da gusto tener un huésped que no impide realizarlo.

Northrup se permitió una ligera sonrisa. Su nerviosidad que pasó inadvertida por Hanscom, había desaparecido. Levantó la vista por sobre la cabeza de Hanscom y lanzó un leve gruñido de sorpresa al fijarse en el reloj de la repisa de la chimenea.

-Las nueve menos cuarto -dijo. -Se acerca la hora del tren, señor Hanscom.

Hanscom miró a su vez el reloj y frunció el entrecejo.

-Es verdad –asintió-. Vamos a ver... el expreso de Chicago para aquí en Tilson a las nueve y cuarto y necesitamos quince minutos para ir a la estación. No me había dado cuenta que era tan tarde. Voy a llamar inmediatamente a mi secretario.

Hanscom pulsó un timbre que se encontraba al lado de su mesa y un joven vestido correctamente, pero con sencillez, entró en la estancia. Era Carl Walton, el secretario de Hanscom.

-¡Ya es tarde, Walton! -dijo Hanscom-. No me había fijado en la hora. Estos títulos... -y sacó un paquete de uno de los cajones de la mesa -, tendrán que esperar. Quería darles una mirada mientras usted apuntaba los números. No me gusta la idea de dejar el trabajo por hacer, sobre todo teniendo en cuenta que permaneceré una semana en Chicago. Northrup iba a examinarlos conmigo y por eso vino esta noche... Sin embargo...

-Puedo volver aquí al salir de la estación -interrumpió Northrup con voz tranquila-. Nada nos impide a Walton y a mí. No tengo nada que hacer esta noche...

-¡No se tome esta molestia, Northrup! -contestó Hanscom-. El trabajo puede esperar hasta que regrese. Pondré los títulos en la caja y no pensaré más en ello.

-No es ninguna molestia -insistió Northrup.

-¡Pues bien! -declaró Hanscom-. Dejaré los títulos aquí, Walton. Puede usted apuntar los números mientras el señor Northrup me acompaña a la estación. Cuando haya concluido, déjeselos al señor Northrup para que les eche una mirada cuando vuelva. Hecho esto, póngalos en la caja y ciérrela. Si Northrup no vuelve, enciérrelos antes de salir de la habitación.

-¡Es probable que vuelva! -intercaló Earl Northrup.

Carl Walton asintió con la cabeza y salió de la habitación. Antonio Hanscom procedió a los últimos preparativos de su viaje, hablando al propio tiempo con Northrup.

-Me gustará ir a Chicago –declaró-. Estoy definitivamente instalado en Tilson. Los negocios son buenos aquí, me gusta la gran ciudad y voy a ella con frecuencia. Me pregunto cómo usted puede aguantar siempre en Tilson...

-No hace más que ocho meses que vivo aquí -contestó Northrup con una sonrisa ácida-. Tal vez al cabo de unos años me alegraré de salir también alguna vez de la población.

-Se ha establecido usted muy acertadamente -dijo Hanscom con tono de aprobación-. Ha tenido usted una buena idea, Northrup. Si un hombre llega a una pequeña población con

un capital razonable y se dedica a un negocio estable, ha de tener éxito por fuerza... sobre todo cuando es honrado y propenso a hacer amigos, como usted. La buena voluntad tiene mucha importancia cuando uno tiene un limitado número de vecinos...

-Esto es cierto -contestó Northrup-. He descubierto que Tilson es una población excepcional. Desde luego, el factor principal es la presencia de usted aquí. Sin Antonio Hanscom, Tilson no sería otra cosa que un punto vulgarísimo en el mapa de Illinois.

-Echándonos flores ¿eh? -dijo Hanscom, riendo-. Creo que habla usted con sinceridad, Northrup. Tiene usted una buena cabeza para los negocios y su franqueza me gusta. La mayoría de los hombres de aquí son de corto alcance. Vamos... continuaremos hablando camino de la estación. Iré con usted, en su coche y siento que no me acompañe a Chicago.

Hanscom pulsó el timbre y se acercó a la puerta, yendo al encuentro de Carl Walton. El anciano la tomó y salió rápidamente, acompañado de Earl Northrup.

Carl Walton cerró la puerta de la biblioteca y recogió el paquete de títulos, procediendo a apuntar los números en una hoja de papel. Walton trabajaba pausadamente, con método. Esta era su principal cualidad a los ojos de Antonio Hanscom.

Encerrado en Tilson, a pesar de su riqueza y de sus numerosos intereses, Hanscom lograba dirigir sus asuntos sobre una base sencilla y definida. No requería los servicios de un secretario con iniciativa y de ahí que Carl Walton tuviera un trabajo fácil, aunque su salario no era muy elevado para recompensarlo.

Las actividades de Walton implicaban muy poca responsabilidad. Cuando Antonio Hanscom salía de Tilson, el secretario cuidaba tan sólo de los asuntos de menor cuantía durante la ausencia de su jefe.

Walton ignoraba incluso, la combinación de la caja de caudales empotrada en la pared de la estancia. Se trataba de una caja fuerte, del modelo más moderno, construida para desafiar a los ladrones más expertos. A pesar de ello, Hanscom dejaba rara vez artículos de valor en la casa.

Aquella noche hacía excepción a esta norma. Hanscom había llevado a cabo unas operaciones que incluían la transferencia de varias obligaciones y hacía unos días que tenía los títulos en su casa. Había retrasado su examen y ahora, una vez anotada la numeración, lo único que Walton debía hacer era colocarlos en la caja y dejarlos allí hasta el regreso de Hanscom.

Mientras Walton terminaba su tarea, oyó el silbido del tren de Chicago que salía de la estación. Esto le recordó que Earl Northrup había manifestado la intención de regresar y que debía tener los títulos a mano para el caso que el amigo de Hanscom volviera a la casa.

Walton sabía muy poco de Northrup, excepto que hacía unos meses que se encontraba en Tilson y que había impresionado favorablemente a la población, a fuer de hombre adinerado. Northrup había ganado fácilmente la confianza de Antonio Hanscom y era debido al interés particular de Northrup en buenas inversiones de dinero, que Hanscom le había invitado a dar un vistazo a los títulos. Estos no corrían peligro en la casa donde, además de Walton, se encontraba Mosier, el mayordomo de Hanscom, hombretón fornido, de metro ochenta de estatura.

Cuando hubo concluido su lista de números, Carl Walton colocó los títulos en la caja que estaba abierta y se acercó nuevamente a la mesa. Allí, hizo una copia cuidadosa de la lista. Apartando de sí ambos papeles, Walton levantó la vista, llevándose la sorpresa de ver a Earl Northrup de pie delante de él.

-¡Hola! -farfulló Walton-. ¿Cuándo ha regresado, señor Northrup?

-Al instante -declaró Northrup con voz tranquila-. ¿Dónde están los títulos?

-En la caja -contestó Walton-. Todavía está abierta. Se los traeré.

El secretario trajo las obligaciones y las colocó sobre la mesa. Northrup empezó a estudiarlas mientras Walton paseaba por la habitación. El secretario observó que el amigo de Hanscom examinaba las listas que había preparado.

-¿Está seguro de haber anotado correctamente todos los números? -preguntó de pronto Northrup.

-Me parece que sí -contestó el secretario.

-Entonces voy a guardar los títulos -dijo Northrup.

Recogió las obligaciones y se acercó a la caja. También llevaba las listas. De pie ante la caja, Northrup hizo el gesto de poner los valores en el interior; a continuación, cerró la puerta de la caja y dió vuelta al tirador.

Volviendo a la mesa, Northrup dobló las listas y las dejó caer en el cajón.

Recogió su sombrero que estaba sobre una silla y se encaminó a la puerta.

Una expresión de duda cubría las facciones de Carl Walton. Una sospecha repentina llenaba su espíritu... algo no iba bien. Esperó que Northrup hubiese abierto la puerta para objetar:

-Debió usted dejarme guardar esos valores –declaró-. Soy el responsable...

-Están en la caja -dijo tranquilamente Northrup.

-No los he visto dentro -insistió Walton.

-Abra la caja, pues -sugirió Northrup-. Mírelos. He puesto las listas en el cajón.

-No conozco la clave de la combinación -dijo Walton-. El señor Hanscom me dijo de poner los títulos en la caja. No sabía que usted iba a cerrarla...

Northrup rió con indulgencia y se encogió de hombros. Se acercó a la puerta, deteniéndose al oír la voz retadora de Walton.

-¡Espere un minuto, señor Northrup! -dijo el secretario con tono muy grave-. Puede usted ser amigo del señor Hanscom, pero yo soy el responsable de sus asuntos. No me gusta su manera de haber entrado aquí. Ha debido tomarse la libertad de penetrar en la casa sin llamar o de otro modo Mosier me habría avisado que usted había regresado. Estoy de guardia aquí y quiero cerciorarme que todo está conforme.

El secretario se acercó a la mesa y sacó los papeles doblados que Northrup había puesto en el cajón. Sin quitarles la vista a este último, Walton desdobló los papeles y los examinó. Estaban en blanco.

La verdad se impuso a Carl Walton. Comprendía lo sucedido. Los valores no se encontraban en la caja sino en el bolsillo de Northrup, junto con las listas de los números.

Earl Northrup había deliberadamente robado los valores a Antonio Hanscom, que sumaban un cuarto de millón de dólares, substituyendo las listas que habrían ayudado a descubrir el paradero de los títulos robados, por meras hojas de papel blanco.

-¡No escapará usted de esta manera! -gritó Walton con voz ronca-. ¡Usted tiene los títulos, Northrup y las listas también! ¡Devuélvamelos!

Una mueca diabólica hinchó los labios de Northrup. Con este gesto, el ladrón confesó virtualmente su acción a Carl Walton. El secretario atravesó corriendo la habitación y cogió a Northrup por el hombro.

-¡Deme esos valores, ladrón!

Por toda contestación, Northrup lanzó al secretario en medio de la estancia de un empujón. Walton cayó contra la mesa a la que se cogió antes de irse al suelo; pero al caer posó su mirada en el cajón. Walton vió el objeto que necesitaba. Era un revólver que Antonio Hanscom tenía siempre cargado para un caso de urgencia.

Walton lo cogió y se volvió hacia Eartl Northrup, apoyándose en la mesa con la mano izquierda.

Carl Walton no se dio cuenta que su intención había sido descubierta, por el hombre que le vigilaba desde la puerta. Antes de que tuviera la oportunidad de apuntar el arma, Earl Northrup se echó sobre él, cogiéndole rápidamente por la muñeca y arrancándole el revólver.

Walton luchó con fiereza y Northrup, con una sonrisa diabólica en los labios, hizo frente a su ataque. Rechazando las manos alargadas de Walton, Northrup le dio con el revólver un golpe brutal en la sien. El secretario se desplomó al suelo.

La sonrisa de Northrup se borró inmediatamente y dando una media vuelta rápida, el hombre se encontró frente a frente con Mosier que entraba en la habitación. El mayordomo de Hanscom había oído la lucha, subido la escalera y acababa de ver a Northrup tumbar al secretario.

Una nueva lucha se preparaba; pero esta vez Northrup no se encontraba ante un adversario despreciable. Mosier pesaba cien kilogramos, medía metro ochenta de estatura y resultaba un enemigo poderoso. Ceñudo se echó sobre el hombre que empuñaba el revólver.

Northrup no vaciló y disparó a quemarropa sobre Mosier. La bala alcanzó al mayordomo en el corazón y Earl Northrup dio con toda calma un paso a un lado al caer pesadamente Mosier, de bruces. Las manos extendidas del mayordomo, se encontraban a un palmo del cuerpo inmóvil de Carl Walton.

Sin perder un segundo, Northrup se inclinó sobre Walton, riendo al limpiar cuidadosamente el revólver y volverlo a colocar en la mano del joven. El arma resbaló y cayó al suelo; la mano del secretario se movió débilmente y Earl Northrup hizo una mueca de satisfacción al ver que Walton volvía en sí.

Irguiéndose, Northrup se encaminó rápidamente a la puerta, bajó la escalera, encontró una puerta de escape en el fondo del hall y salió de la casa. A cierta distancia se oían gritos y exclamaciones.

Arriba, en el cuarto donde Mosier yacía cadáver, Carl Walton abría lentamente los ojos. El secretario se frotó la sien, sintiéndose todavía aturdido; a continuación, sus facciones expresaron la mayor sorpresa al divisar el cuerpo de Mosier.

Walton no acertaba a comprender lo ocurrido. Recordaba que Earl Northrup había estado allí; nada más. Vagamente, pensaba en los valores. ¿Qué haría allí Mosier? No recordaba haberlo visto antes.

En medio de estas reflexiones, Carl Walton vió el revólver que yacía a su lado. Lo cogió y volvió a mirar a Mosier. Por primera vez Walton se dio cuenta de lo ocurrido. Mosier estaba muerto... le habían matado con aquel revólver.

¡Earl Northrup! ¡Él era el asesino! Cogiéndose a la mesa con una mano, Carl Walton se puso trabajosamente en pie y dejó vagar la mirada, viendo que el cuarto estaba vacío. Sin embargo, oía gritos; pero el sonido llegaba de fuera.

De pronto oyó pasos en la escalera y levantó los ojos para ver a dos hombres vestidos de uniforme que penetraban en la estancia. Mientras se sostenía con una mano en la mesa, Walton enseñó el cuerpo de Mosier con el revólver.

-¡Northrup le ha matado! -exclamó con dificultad-. ¡Northrup... Earl Northrup... ha matado a Mosier.. Después de robar los títulos! ¡Detenedle... detened a Earl Northrup!

CAPÍTULO III
WALTON SE EXPLICA

Carl Walton estaba sentado en una silla en un rincón de la biblioteca de Antonio Hanscom.

El cadáver de Mosier continuaba en el suelo, pero la habitación estaba ocupada por dos policías de uniforme y un médico, además de un hombre de rostro severo, que vestía un terno gris claro. Este último era el Jefe de Policía, Culver, que mandaba la reducida pero eficiente fuerza pública de Tilson.

Carl Walton continuaba medio aturdido y fijaba en la pared que tenía enfrente una mirada expresiva. Había explicado su historia al jefe Culver y éste dio inmediatamente unas órdenes importantes. Al pasarse Walton repentinamente la mano por la frente y sentirse más despejado, Culver se le acercó y se sentó delante de él.

-Vamos a ver, Walton -le dijo con calma-. ¿Dice usted que Earl Northrup salió de aquí a eso de las nueve, para acompañar al señor Hanscom a la estación?

-Sí, señor -contestó el secretario.

-¿A que hora regresó?

-A las diez menos cuarto aproximadamente -contestó Walton-. Dijo que tal vez regresaría y yo les esperaba.

-¿Tomó valores de la caja?

-Dijo que los ponía dentro. Cerró la caja, pero no creo que haya puesto los títulos en el interior.

-¿Y entonces?

El jefe Culver cambiaba hábilmente su resumen de los hechos, en una declaración por parte de Walton, haciendo un gesto para que los demás escucharan.

-Entonces... -declaró Walton, mirando fijamente delante de él;-le dije a Northrup que sospechaba que había robado los valores. Saqué el revólver del cajón de la mesa para obligarle a esperar hasta que hubiera llamado a alguien; pero me lo cogió y me pegó aquí...

El secretario se frotó la sien.

-...Eso... es todo, hasta que volví en mí y vi a Mosier, muerto. Recogí el revólver que estaba en el suelo...

-¿Dice usted que el señor Hanscom ha ido a Chicago?

-Sí, señor. Northrup le acompañó a la estación, según le he dicho. Salieron juntos.

-Muy bien -declaró Culver-. Pronto tendremos aquí al señor Hanscom. Hemos telefoneado a Grahamstown para que baje del tren y regrese. Debe encontrarse a una hora apenas de Tilson.

Mirando hacia la puerta, Culver vió a un policía vestido de paisano que entraba en la habitación. El jefe se le acercó y el hombre le dijo en voz baja:

-Tenemos el coche de Northrup, señor.

-¿Su coche? -preguntó Culver-. ¿Dónde lo han encontrado?

-En la estación.

-¡En la estación! -repitió Culver con asombro.

-La taquilla cierra a las nueve y media, ya lo sabe usted; pero encontramos el coche.

-¡Hem! -dijo Culver, pensativo-. Así pues, Northrup habrá encontrado alguien que le acompañe nuevamente aquí. No lo entiendo. ¿Qué le parece, Johnson?

-Me parece extraño -contestó el policía de paisano-. Si hubiese encontrado al empleado de la estación, tal vez habría sabido algo. Lo estamos buscando...

-He aquí la historia de Walton -dijo Culver, volviendo sobre los detalles que le impresionaron-. Northrup habló de un posible regreso y volvió, en efecto. Tumbó a Walton y es evidente que huyó. Ahora bien, si volvió en otro coche que el suyo, puede tener un cómplice... o un segundo coche que habrá dejado en la estación; pero eso ¿por qué?

Johnson se encogió de hombros.

-La cuestión es saber si esos valores están o no en la caja- prosiguió Culver-. Lo sabremos cuando Hanscom vuelva. Tal como están las cosas de momento, lo único que

sabemos de cierto es que Mosier está muerto y que Walton se encontraba aquí solo. Mirándolo desde este ángulo, Walton pudo matar al mayordomo.

-Dijo que le tumbaron ¿verdad?

-Sí, pero puede haberlo fingido. Es posible que Mosier le pegara; pero no bastante para evitar que Walton le pegase un tiro. Lo importante es saber dónde están los valores. Le diré por qué. Si no están, hay un tercero metido en el asunto.

-¿Se refiere a Northrup?

-Quizá -dijo el jefe con tono enigmático-. Eso es lo que Walton dice y por eso hemos de encontrar a Northrup; pero no hay que olvidar que Walton se encontraba aquí con el cadáver.

Culver consultó su reloj y empezó a pasearse nerviosamente por la habitación. Se detuvo de pronto y se volvió hacia Johnson.

-Esperemos el regreso de Hanscom –dijo-. Entonces sabremos más que ahora. No tardará en llegar si vuelve en coche de Grahamstown.-Al concluir estas palabras el jefe de policía, un hombre se presentó en la puerta de la biblioteca. Era un sujeto de rostro delgado a quien Culver reconoció en el acto: el empleado de la estación de Tilson.

-¡Ah! -exclamó el jefe-. ¡Deseaba verle! ¿Vió usted a Earl Northrup en la estación junto con Antonio Hanscom?

El empleado asintió con la cabeza.

-Se presentaron en la taquilla –declaró-. El señor Hanscom adquirió un billete para Chicago; luego Northrup dijo...

-¡Espere! -interrumpió Culver, con tono excitado-. ¡Aquí llegan Hanscom... y Northrup le acompaña!...

Era cierto, Antonio Hanscom y Earl Northrup subían juntos la escalera.

Hanscom se detuvo ante el cadáver de Mosier. Las extrañas facciones de Northrup eran impasibles, pero fruncía los labios en un pliegue de asombro.

Culver no sabía qué pensar de su llegada simultánea. Miró alternativamente a los dos hombres e hizo seña a un policía de ocuparse de Northrup mientras hablaba con Hanscom.

-Haga el favor de abrir la caja inmediatamente -requirió Culver-. Estamos preocupados por sus títulos, señor Hanscom.

Sin pronunciar una sola palabra, Hanscom se acercó a la caja y manipuló el disco. La puerta se abrió... Hanscom lanzó una exclamación y Culver meneó la cabeza... La caja estaba vacía.

-No están -dijo el jefe de policía con énfasis-. Y el hombre que los tiene ha matado a Mosier o, por lo menos, sabe quién le ha matado. Ahí está el hombre con quien deseo hablar ahora... ¡Earl Northrup!

Culver se volvió hacía la puerta. Earl Northrup tenía los labios entreabiertos en una mueca de asombro y no parecía darse cuenta de la situación.

-¿Cómo regresó usted aquí? -preguntó Culver-. ¿Por qué atacó usted a Walton y mató a Mosier? ¿Qué ha hecho con los valores que ha robado?

Antes de que Northrup pudiera contestar, Antonio Hanscom intervino. El anciano se colocó frente al jefe de policía, brillándole los ojos de cólera.

-¿Qué significa esto? –exclamó-. Es absurdo. ¿Por qué interroga a mi amigo Northrup de este modo? ¿Está usted loco, Culver?

El jefe se desconcertó algún tanto. No comprendía el motivo del súbito furor de Hanscom y, de pronto, se dio cuenta de Hanscom ignoraba la declaración de Walton.

-Me fundo en lo que Carl Walton nos ha dicho. –explicó-. Declara que Northrup tenía el proyecto de volver aquí... que volvió y tomó los valores...

-¿Walton le ha dicho eso? -exclamó Hanscom-. ¡Walton ha mentido!

Atravesando la estancia a grandes zancadas, Hanscom miró severamente a su secretario. Aturdido, Walton se echó atrás, rehuyendo la acusación que leía en la mirada de su jefe. Hanscom le lanzó una mirada de desprecio y declaró, señalándole con el dedo:

-Aquí tiene al culpable, Culver. Su historia es un embuste. Se ha dejado coger en su propia trampa... Esperaba que Earl Northrup volviese aquí... pero Earl Northrup no volvió. Al llegar a la estación, decidió acompañarme a Chicago y dejó su coche en el patio de la estación. Bajó conmigo del tren en Grahamstown. No se ha alejado de mí un solo minuto desde las nueve y diez... cuando salimos de esta casa.

Culver estaba demasiado asombrado para contestar. Miró a Hanscom, luego a Northrup y finalmente, al empleado de la estación. Este último asintió con la cabeza.

-Iba precisamente a decírselo, jefe –declaró-. Cuando el señor Hanscom compró su billete para Chicago, el señor Northrup decidió ir también y me preguntó si podía dejar su coche frente a la estación. Le dije que sí y le vendí un billete, viéndole subir al tren con el señor Hanscom...

Culver no esperó más y, atravesando rápidamente la estancia, cogió a Carl Walton por los hombros, obligándole a dar media vuelta y mirándole a los ojos.

-¡Conteste! –exclamó-. ¿Qué significa esto? ¿Volvió o no Earl Northrup?

Carl Walton estaba completamente aturrullado por lo que acababa de oír.

Intentó frotarse la cabeza al buscar débilmente una respuesta a la pregunta que le hacían tan bruscamente.

-Yo... yo... -balbuceó confusamente-. Me pareció ver a Northrup entrar aquí... se... según le he dicho a usted... He... he recibido un golpe en la cabeza, ya lo sabe y... y... tal vez no recuerdo las cosas tal como han ocurrido...

-¿Pero recuerda haber sacado el revólver del cajón de la mesa?

-Sí, lo cogí.

-¿Y apuntó a alguien?

-Sí... apunté a Northrup... Me pareció apuntar a Northrup...

-¿Y luego qué?

-¡No... no recuerdo!

-¿Disparó usted el arma?

-No... me... acuerdo.

-¿Y tal vez fue a Mosier a quien apuntó?

-¡No lo creo! -protestó Walton.

-¿Pero pudo ser Mosier? -insistió el jefe de policía.

-Tal vez... -farfulló Walton. El jefe de policía Culver llamó a un policía, señalándole a Walton que permanecía hundido en su silla.

-Lléveselo –ordenó-. Lo detenemos por asesinato.

-¡No... no! -protestó Walton a gritos-. ¡No podéis arrestarme! No he disparado sobre Mosier. He encontrado el revólver en el suelo...

-Sí, ¿eh? -dijo burlonamente Culver-. Según su anterior declaración lo encontró en el cajón de la mesa.

Los policías se llevaban a Walton, que se debatía. Culver les siguió con la mirada y se volvió finalmente a Hanscom. Hablándole con tono de excusa y mirando a Northrup, dijo:

-Walton no consiguió engañarnos. Me pareció que su historia no era sincera; pero hablaba de esos valores y sabía que si faltaban había otra persona mezclada en el asunto. La cuestión era saber si Walton era inocente o un cómplice... Nombró a Northrup. Tal vez Walton mató a Mosier, y también es posible que lo hiciera el otro hombre. Tenemos pruebas contra Walton... Lo único que necesitábamos era descubrir un punto débil en su historia. Lo tenemos ahora; ha cometido un error al nombrar a Northrup... Creyó que iba a volver aquí. Si hubiese regresado solo en su coche desde la estación, le hubiera sido difícil a Northrup

establecer una coartada; pero este viaje a Chicago lo arregla todo. Walton está listo y vamos a interrogarle para sacarle cuanto sabe. Siento la desaparición de sus títulos, señor Hanscom –añadió-. Haremos cuanto podamos para encontrarlos. Déjenos el tiempo de hacer hablar a Walton. Quizá sepamos muchas cosas interesantes.

Unos hombres se llevaban el cadáver de Mosier. El jefe de policía les siguió y el cuarto se vació. Únicamente Earl Northrup, completamente limpio de toda sospecha, permaneció con su amigo Hanscom.

-Me parece que encontrarán esos valores, Hanscom -declaró Northrup, con tono solemne.

Antonio Hanscom se dejó caer en su silla, delante de la mesa. Se enjugó la frente y se serenó algún tanto, alargando la mano que Earl Northrup cogió entre las suyas, estrechándola calurosamente.

-Es una gran pérdida para mí -declaró Hanscom-. Pero esos títulos no son lo único que poseo en el mundo, y preferiría perder cuatro veces más antes de ver a un verdadero amigo, como usted, sufrir las falsas acusaciones de un malvado cobarde... Nunca tuve mucha confianza en Walton, Northrup. No es que le creyera deshonesto, pero nunca le consideré de toda confianza. Si Mosier no hubiese estado aquí, no habría dejado esos títulos a su cuidado... Hay alguien más importante que Walton en este asunto. Algún ladrón de oficio le habrá tomado como cómplice. Eso es lo que debió ocurrir, Northrup.

Hanscom miraba frente a él y no vió la sonrisa torva que arrugó los labios de Northrup. Cuando levantó los ojos sobre su amigo, la sonrisa se había borrado y una expresión de impasibilidad reemplazaba la anterior, diabólica, si cabe decirlo así...

Era más de medianoche cuando Culver regresó, encontrando a Hanscom y Northrup todavía juntos. Les comunicó que Carl Walton sufría un colapso después de la tensión de un interrogatorio continuo, que la historia del secretario era cada vez más confusa, aunque continuaba aferrándose a la idea imposible de que Earl Northrup, era el hombre que había penetrado en casa de Hanscom, con el fin de apoderarse de los títulos.

Northrup se despidió poco después y el jefe de policía se quedó el tiempo de añadir una cuantas reflexiones a Antonio Hanscom.

-Sacaremos la verdad a Walton –declaró-. Ha hecho una jugada al intentar cargar el muerto a Northrup; pero ha perdido la partida. El hecho de que Northrup estuviese con usted le limpia de toda sospecha; pero hay otro ángulo que revela la complicidad de Walton en el robo...

-¿Cuál? -preguntó Hanscom.

-La posibilidad de un error de identidad por parte de Carl Walton -contestó sabiamente Culver-. Su única explicación es que creyó que el hombre que entró era Earl Northrup... Eso no cuela conmigo. Mire usted a su amigo. Es un hombre de extraño aspecto, con esa cara aplastada. He visto muchos tipos de rostros...; Pero ninguno que se pareciese al de Northrup. Ahí es donde Walton fue listo. Sabía que a menos de que Northrup tuviese una coartada, lo cual creyó Walton que sería imposible, daríamos fe a su declaración. Por este motivo me sentí inclinado a creerle en un principio. ¿Earl Northrup? Se le conocería entre un millón de personas. ¡No creo que haya otro hombre en el Estado de Illinois que se le parezca!

-Tiene usted razón, indudablemente -asintió Hanscom-. Me alegró que Northrup estuviese conmigo esta noche y estoy de acuerdo con usted que no hay, probablemente, nadie más con sus mismas facciones en el Estado.

Culver y Hanscom se equivocaban. En aquel preciso momento, un hombre subía a un tren a unas cien millas de Tilson. El rostro del hombre permanecía oculto en las sombras del pasillo y volvió los ojos al entregar al empleado un billete con destino a Baltimore; pero cuando el individuo en cuestión estuvo a salvo detrás de la puerta cerrada del compartimiento que había alquilado para la noche, sus facciones quedaron reveladas por la luz.

¡Un rostro de líneas inmóviles, ojos de mirar fijo, labios torcidos de un modo diabólico..., tenía todas las características del de Earl Northrup!

CAPÍTULO IV
LOS FONDOS CIVICOS

En Barmouth, Estado de Maryland, el First National Bank era un edificio de aspecto imponente, que se erguía en una de las calles principales de la ciudad.

Su arquitectura estaba realzada por una hilera de árboles frondosos, que bordeaban una callejuela lateral, al lado del banco.

Había entradas al edificio, tanto por la calle principal como por la callejuela; pero los clientes entraban rara vez por la puerta lateral. La mayoría prefería penetrar por la calle mayor, pasando delante de la oficina donde Gorgas Talmadge, el anciano director del banco, pasaba tranquilamente las horas, con solemnidad y dignidad.

Aquel día, Gorgas Talmadge estaba sentado a una mesa, en la que se encontraban grandes montones de papel moneda. Dos hombres se hallaban en la oficina con él, cuando llamó a su presencia a Sherman Brooks, el cajero.

Talmadge señaló el dinero con la mano.

-Aquí tiene usted los Fondos del Ayuda Cívica, señor Brooks –declaró-. Se los entrego a usted. Hay doscientos veinte mil dólares...

-Sí, señor -contestó Brooks.

-Este dinero -prosiguió Talmadge-, ha de entregarse únicamente a Harold Thurber, presidente del Comité de Ayuda Cívica, que vendrá hoy en su busca. Póngalo en el subterráneo hasta su llegada.

Sherman Brooks asintió, recogió el dinero y los dos guardias acompañaron el cajero al subterráneo, situado en la parte trasera del banco. Brooks guardó el dinero y regresó a su oficina, que se encontraba algo apartada, entre el subterráneo y la entrada lateral del banco.

El hecho de que momentáneamente tenía bajo su custodia la cantidad de cerca de un cuarto de millón de dólares, no preocupaba a Sherman Brooks. El asunto de los Fondos Cívicos era un vulgar asunto de rutina. Las instrucciones de Talmadge no habían sido más que una mera formalidad. Brooks sabía de antemano lo que tenía que hacer.

Por medio de contribuciones aplicadas durante un período de seis semanas, la ciudad de Barmouth había recogido más de doscientos mil dólares. La suma quedó convertida en papel moneda, para ser distribuida entre los sin trabajo.

El Comité de Ayuda Cívica había sido hasta hacía poco, una institución latente. Su actual actividad se debía enteramente al interés de un hombre, Harold Thurber. Se empezó a recoger fondos cuando Thurber, recién llegado a Barmouth, había instado a los negociantes del lugar a que soportaran el movimiento.

Thurber en persona había contribuido el primero, unos meses después de la apertura de su pequeño negocio en la población. Su ejemplo estimuló a los demás y dio principio a un río de contribuciones. Su actividad había valido a Thurber, el ser escogido unánimemente como presidente del Comité de Ayuda.

Cuando se logró la cantidad fijada, Thurber anunció que en una fecha determinada que era aquel preciso día, entregaría, junto con los demás miembros del comité, los fondos en especies. Todas las disposiciones habían sido tomadas por Thurber para ir a recoger el dinero al banco, de manos de Brooks.

Sherman Brooks tenía por costumbre salir del banco a las dos, los miércoles por la tarde, con el fin de coger el tren de Baltimore. Aquel día era miércoles y el cajero estaba algo

contrariado por la tarea suplementaria que le había tocado. Ignoraba la hora en que Thurber llegaría y era probable que tendría que tomar el último tren de la tarde.

Saliendo de su oficina, Brooks vió que el reloj marcaba las dos menos diez.

Se encogió de hombros y volvió a entrar. Era inútil ponerse nervioso.

Brooks no se atrevió a sugerir a Gorgas Talmadge la idea de que otro se hiciera cargo de los fondos. Hacía meses que la colocación del cajero era cosa poco estable. Todos sabían en Barmouth que algunos de los directores del First National Bank estaban descontentos de su actuación, y Brooks ponía la mayor discreción en todos sus actos.

Al propio tiempo, Brooks había expresado frecuentemente sus sentimientos a los que él juzgaba amigos suyos. Estos sabían que si la oportunidad se presentaba, el cajero del First National Bank se iría de buena gana de Barmouth y aceptaría un empleo en cualquier otra parte.

Brooks se había puesto al habla con otros bancos del Estado de Maryland, y aquel preciso día, sus pensamientos volvieron a su constante deseo de instalarse en otra población.

Mientras el cajero cavilaba de esta manera, la puerta de su oficina se abrió y, al levantarse la vista, Brooks vió entrar a Harold Thurber. El presidente del Comité de Ayuda Cívica cerró la puerta a su espalda y se acercó a la mesa del cajero. Brooks se levantó para estrecharle la mano.

-He venido a buscar los fondos del Ayuda Cívica -dijo pausadamente Thurber-. ¿Se encuentran bajo su custodia, verdad, señor Brooks?

-Están en el subterráneo -contestó el cajero.

-¿Puede usted ir a buscármelos inmediatamente? -inquirió Thurber-. ¡Los necesitamos ahora; vamos a comenzar la distribución!

Brooks asintió, levantándose.

Thurber estaba de pie delante de la mesa y una sonrisa vaga fruncía sus labios. Brooks salió de la oficina y se encaminó al subterráneo volviendo con el dinero.

Thurber presentó una cartera en la que colocaron los billetes; a continuación, el presidente del Comité de Ayuda se encaminó a la puerta.

-Los demás me están esperando fuera -hizo observar-. Hemos acordado que era preferible recibir los fondos de este modo discreto. Cuanto menos tiempo invirtamos en la transacción, mejor.

-Esto me viene de perlas -repuso Brooks-. Me marcho a Baltimore, como es mi costumbre, y tendré el tiempo justo de coger el tren.

-Ahora recuerdo -prosiguió Thurber, con tono confidencial -, que tengo una proposición que hacerle, Brooks. Se refiere a una colocación fuera de Barmouth.

Brooks le miró con franco interés.

-Cuando llegue a Baltimore -continuó diciendo Thurber, con voz mesurada, -tome usted un tren que vaya a Westgate. Una vez allí, pregunte por el señor Felipe Garmon. Está abriendo un nuevo banco y busca un cajero con experiencia.

-Felipe Garmon... en Westgate...

Thurber asintió con la cabeza, mientras Brooks repetía estas instrucciones y tomó la cartera de manos del cajero.

-¿Y si entrara a saludar al señor Talmadge? -dijo Thurber, con tono amable-. Puedo darle un recibo por estos fondos y decirle que he creído preferible hablar con él. Esto le permitirá llegar a tiempo para coger el tren, Brooks... Acuérdese de mencionar mi nombre a Garmon. El empleo está ahí y el salario será más crecido que en Barmouth.

El tono persuasivo de Thurber surtió sus efectos. Brooks conocía bien a Thurber y los dos habían hablado confidencialmente en más de una ocasión.

De todos sus amigos de Barmouth, Brooks juzgaba a Thurber como el mejor. Asintiendo con la cabeza, el cajero metió la mano debajo de la mesa y sacó una maletita que tenía preparada.

Hablaré con el señor Talmadge -declaró Thurber-. He dicho a los demás que me esperen en la entrada principal, después de dejarme en la puerta lateral. Me parece que podrá coger ese tren.

Brooks hizo una inclinación de cabeza y salió precipitadamente de la oficina, tras un breve apretón de manos. Se alejó por la puerta lateral, pues la callejuela era el camino más corto para encaminarse a la estación.

No vió a nadie por el camino y Brooks apretó el paso, seguro de poder coger el tren con toda facilidad. Sentía gratitud hacia Thurber por su amabilidad.

Era un buen muchacho; en aquel momento se encontraba en la oficina de Talmadge, ultimando las negociaciones, y, cosa más importante todavía, había dado una buena indicación a Brooks para buscarse un nuevo empleo.

Era con satisfacción que Sherman Brooks pensaba en el pasado. Se alegraba de tener un amigo como Thurber, un hombre en quien había confiado acertadamente.

Brooks decidió para sus adentros que la influencia personal, era el único sistema de medrar en la vida. Valía la pena tener a un hombre como Thurber trabajando en pro de los intereses de uno.

Pero en el edificio del First National Banks, los actos de Harold Thurber iban desarrollándose de un modo distinto al que Sherman Brooks suponía.

Una vez el cajero hubo salido, Thurber no hizo el menor movimiento para encaminarse a la oficina de Gorgas Talmadge. Muy al contrario, el presidente del Comité de Ayuda Cívica se recluyó en la soledad de la oficina del cajero y permaneció tranquilamente de pie, esperando, reloj en mano, que el tiempo transcurriera.

Al cabo de cinco minutos, Thurber se metió el reloj en el bolsillo y sus ojos brillaron de malicia. Su rostro de extrañas facciones carecía de expresión, exceptuando los labios, en los que nació una sonrisa diabólica.

Harold Thurber abrió la puerta de la oficina del cajero y miró en torno suyo.

No viendo a nadie, salió sin ruido por la puerta lateral del banco, bajó los escalones y miró la tranquila calle, que se extendía ante su vista. Thurber, al igual que Brooks, no acertó a ver a nadie.

En vez de volver a entrar en el banco para entrevistarse con Talmadge, Thurber anduvo deliberadamente por la calle hasta corta distancia del edificio.

Volvió una esquina y se metió entre un alto seto y una casa desierta, llegando ante un coche de turismo, parado en la parte trasera del edificio vacío.

Siempre con la misma sonrisa en los labios, Harold Thurber colocó la cartera en el interior del coche y se sentó ante el volante. Dio marcha atrás y se metió en un camino estrecho que conducía a las afueras de Barmouth.

Con perfecta calma y frío cálculo, Harold Thurber había recibido una fortuna en especies. Había obrado sin apresuramiento y nadie le había visto entrar o salir del First National Bank. Sherman Brooks, engañado por la actitud amistosa de Thurber, había descuidado su deber, sin darse cuenta de ello.

El dinero había ido a parar a manos del hombre que debía recogerlo... eso era lo que Sherman Brooks creía. La transacción no despertó la menor sospecha en la mente del cajero. Únicamente dos hombres sabían lo que había ocurrido durante los diez minutos que precedieron las dos. Uno de ellos era Sherman Brooks, que en la actualidad viajaba en el tren de Baltimore; el otro era un hombre de rostro inexpresivo, que llevaba rápidamente un coche de turismo por una carretera desierta del Estado de Maryland.

Los acontecimientos que siguieron a la salida de Brooks del banco seguían ignorados del cajero. El único hombre que hubiese podido referirlos era el del coche de turismo... el hombre cuya sonrisa torcida traicionaba el sórdido júbilo que llenaba su alma intrigante.

¡Un segundo crimen había sido cometido... y coronado de éxito!

CAPÍTULO V
LA SEGUNDA COARTADA

Faltaba poco para las tres cuando un grupo de hombres, entró en la oficina del presidente Gorgas Talmadge, del First National Bank, de Barmouth. El anciano caballero se levantó para saludarles y dijo, dirigiéndose al que conocía por ser el más importante:

-Buenas tardes, señor Thurber. Le hemos estado esperando. Los fondos están preparados. El señor Brooks los ha puesto en el subterráneo. ¡Venga! Iremos a su oficina.

El grupo siguió al anciano presidente, que abrió la marcha. Thurber estaba hablándole.

-Hemos estado reunidos en conferencia todo el día –declaró-. Hay tantos detalles por atender que dejamos el dinero para lo último; pero al ver que casi eran las tres, hemos venido rápidamente.

-Perfectamente, señor Thurber -contestó Talmadge-. Le he dicho al señor Brooks que esperara su llegada. No habría importado que hubiese venido después de nuestra hora de cierre.

Talmadge había llegado ante la puerta de la oficina del cajero y llamó a Brooks al abrirla. Le sorprendió ver el cuarto vacío.

Una expresión de contrariedad cubrió su rostro. Esperaba encontrar el cajero en su puesto. Moviendo una mano huesuda, Talmadge indicó sillas a los miembros del comité y salió de la oficina en busca del cajero.

Tardó tres minutos en regresar, acompañado de dos cobradores. Hablaba con voz enfadada y quebrada, discutiendo la ausencia de Sherman Brooks.

-¡No puedo encontrar el cajero! –exclamó-. No debió ausentarse; tenía mis instrucciones. Siento hacerles esperar, caballeros. El señor Brooks tendrá que darnos cuenta de esta falta a su obligación.

-No sabía a qué hora íbamos a venir ¿verdad? -preguntó Thurber.

-No -contestó Talmadge-. Pero esto no le excusa. Ha descuidado otros deberes y éste es importantísimo. Sin embargo, no quiero hacerles perder el tiempo, caballeros. Los fondos están en el subterráneo y se los entregaré en persona. ¡Acompáñeme, Davis!

Uno de los cobradores salió con el viejo presidente. Talmadge se encaminó al subterráneo y estuvo ausente cinco minutos. Cuando regresó a presencia de los hombres que le esperaban en la oficina del cajero, su rostro tenía el color de la ceniza. Davis, de pie detrás de Talmadge, reflejaba la expresión del presidente..

-¿Qué ocurre? -preguntó Harold Thurber, mirando fijamente al anciano.

-¡Los fondos del Ayuda Cívica! -dijo entrecortadamente el presidente-. ¡No puedo encontrarlos! ¡No están en el subterráneo!

Una extraña sonrisa ocurrió por los labios de Thurber, pero casi inmediatamente quedó borrada.

-¡He de encontrar a Brooks! -exclamó Talmadge-. ¡Es preciso que lo encuentre! Él tenía el dinero... debía ponerlo en el subterráneo.

El presidente del banco calló de pronto. Su rostro expresaba la mayor consternación, como si sus propias palabras le asustaran. Intentó serenarse, pero vanamente. No lograba disimular los pensamientos que llenaban su mente.

-¿Se ha ido Brooks? -preguntó, volviéndose a los cobradores-. ¿Le han visto ustedes salir de aquí?

-No, señor -contestó Davis, mientras el segundo cobrador meneaba negativamente la cabeza-. Sólo sé que quería tomar el tren de las dos para Baltimore. Tenía la maleta debajo de la mesa...

Los miembros del Comité de Ayuda Cívica se daban cuenta de la situación.

Unos de ellos miró debajo de la mesa y anunció que no había allí maleta alguna.

-¡Calma, caballeros! -dijo la voz de Thurber, solemne y tranquila-. Hemos de tener serenidad. Aquí ha ocurrido algún error. El señor Brooks es digno de confianza y...

La tensión del momento era demasiado para Gorgas Talmadge. El anciano se dejó caer en una silla y tradujo en voz alta el temor que no podía ya contener.

-¡Creo que Brooks ha huido con los fondos! -dijo con voz entrecortada.

Los miembros del Comité cambiaron señas y miradas significativas. Todos estaban hondamente preocupados y nadie sabía que partido tomar. Davis, el cobrador, sugirió de pronto:

-Si Brooks ha ido a Baltimore, su tren está a punto de llegar. Se podría detenerle en la estación.

La idea obtuvo la aprobación general. Uno de los miembros del comité cogió el teléfono y llamó a la policía de Baltimore.

Ahora que veía sus temores concretados, Gorgas Talmadge se encontraba en un estado lastimoso. Harold Thurber y los cobradores le ayudaron a volver a su oficina y tardaron más de media hora en reanimarle.

Cuando Thurber se reunió nuevamente con el grupo, que se encontraba en la oficina del cajero, lo recibieron con un coro de gritos ansiosos.

-¡Ya tienen a Brooks! -exclamó un hombre-. Acaban de telefonearnos de Baltimore que lo traen aquí.

-Le cogieron al vuelo en la estación -dijo otro-. Era demasiado tarde para detenerle a la llegada, pero buscaron en los trenes que iban a salir y le encontraron en el fumador de uno que estaba a punto de partir.

Thurber meneó la cabeza con aire compungido.

-Esperemos, caballeros -dijo,- que el señor Brooks podrá explicarnos satisfactoriamente la desaparición de los fondos. Por mi parte, vacilo en llamarle ladrón...

Acompañado del comité en pleno, Thurber salió del banco y se encaminó al hotel donde el grupo acostumbraba reunirse. Una conferencia urgente se imponía. Todas las actividades tendrían que ser demoradas hasta el día siguiente, pero era preciso discutir detalles, lo cual requería tiempo.

El comité había concluido apenas su trabajo, al serle notificado que Sherman Brooks se encontraba en la comisaría de policía.

Thurber y sus compañeros se trasladaron inmediatamente allí y llegaron al mismo tiempo que Gorgas Talmadge. Un policía les acompañó a presencia del prisionero y el jefe de los detectives les detuvo por el camino.

-Tenemos a nuestro hombre -dijo, con aire serio; -pero no llevaba el dinero cuando le detuvieron en Baltimore. No quiere hablar hasta verle a usted, señor Talmadge. Dice que puede explicarlo todo; por eso le hemos mandado llamar a usted en el acto.

El viejo presidente asintió e hizo seña a los demás que le siguieran.

Encontraron a Sherman Brooks sentado muy tieso en un rincón de la habitación. Los ojos del cajero brillaron al ver a Gorgas Talmadge; luego, una mirada de asombro reemplazó su primera expresión, al ver a Harold Thurber.

-¿Dónde están los fondos del Ayuda Cívica, Brooks? -preguntó Talmadge-. ¿Qué ha hecho usted con ellos?

El rostro del cajero adquirió cierta dureza y su asombro se trocó en antagonismo mientras miraba fijamente a Harold Thurber.

-Voy a decirle lo que he hecho con el dinero, señor Talmadge -dijo con voz firme-. He hecho exactamente lo que usted me dijo. Puse los billetes en el subterráneo y a las dos menos diez, los entregué en mi oficina a Harold Thurber.

Talmadge dio un paso atrás de puro asombro. Miró a Thurber, luego a Brooks. El cajero apretó los labios y prosiguió su acusación, en medio de un silencio profundo, preñado de incredulidad.

-A las dos menos diez –repitió-. Esa es la hora en que el señor Thurber entró en mi oficina y me pidió el dinero. Saqué los fondos del subterráneo y se los di a Thurber. Dijo que iría a verle en su oficina, señor Talmadge.

-Un momento, Brooks -interrumpió el jefe de los detectives-. Antes de continuar, díganos por qué se encontraba usted en el tren que iba a salir de Baltimore.

-Iba a Westgate -contestó Brooks-. Quería ver a un hombre llamado Felipe Garmon, amigo de Thurber. Obraba según indicaciones de Thurber. Garmon está abriendo un nuevo banco y creí poder obtener una colocación mejor allí.

-¿De manera que está usted descontento aquí? -interpuso rápidamente el detective.

Brooks se dio cuenta del error que habría cometido. Se encogió de hombros y miró, no al detective, sino a Thurber.

-Pregúnteselo a Thurber –dijo-. Pregúntesele lo que ha hecho con el dinero. Él lo tenía cuando le vi por última vez.

-Llame a Westgate -dijo el detective a uno de sus hombres-. Entérese acerca de ese Garmon. Westgate es una población pequeña: la policía le conocerá.

Se volvió entonces a Thurber y le preguntó:

-¿Puede usted contestar a esta acusación?

Harold Thurber meneó la cabeza tristemente y miró al grupo de miembros del comité y luego a Brooks, con ojos que contenían algo muy parecido a compasión.

-Lo siento -dijo; -pero no puedo hacer nada para ayudar al señor Brooks en su declaración. Al acusarme, ha probado su propia culpabilidad. Esperaba que pudiese explicarse y ayudarnos a encontrar esos fondos. Declara que he entrado en su oficina a las dos menos diez. No es cierto...

-¡Miente usted! -gritó Brooks-. Usted vino, Thurber, y lo sabe de sobra. Usted sabía que iba a tomar el tren a las dos y me dijo de ir a Westgate...

Las palabras expiraron sobre los labios de Sherman Brooks. El cajero se daba cuenta que nadie aceptaba su declaración. Los miembros del Comité de Ayuda Cívica le miraban con ojos acusadores. Asombrado, aturdido, Brooks adivinó una explosión, que no tardó en venir.

-Caballeros -decía Thurber, volviéndose a sus compañeros-. Es evidente que Brooks ignoraba mis idas y venidas de hoy o de otro modo no habría hecho una declaración tan obviamente inexacta. No tengo más que decir...

Uno de los miembros del comité se adelantó. Haciendo caso omiso de Sherman Brooks, como si se tratara de un ser despreciable, habló a Gorgas Talmadge y al jefe de los detectives.

-Nuestro comité se ha reunido en conferencia esta mañana a las nueve –certificó-. El señor Thurber abrió la sesión y no se alejó en toda la mañana. Tomó el desayuno con nosotros y estuvimos reunidos conferenciando hasta las tres, hora en que nos trasladamos todos juntos al banco. Puedo certificar que el señor Thurber no estuvo fuera de nuestra presencia un solo minuto en todo el día de hoy, excepto cuando ayudó a los cobradores del banco a atender al señor Talmadge.

Un coro de asentimiento unánime acogió estas palabras. El jefe de los detectives se volvió a Sherman Brooks, que parecía estupefacto.

-Ha intentado usted acusar a un inocente, Brooks -rezongó el detective-. Pero ha andado equivocado. Ahora, diga la verdad. ¿A quién ha encontrado en Baltimore para entregarle el dinero? ¿Adónde iba cuando se le detuvo?

-A Westgate -protestó Brooks, aturdido-. A ver a Felipe Garmon... el hombre que está abriendo un nuevo banco...

Hubo una interrupción al abrirse la puerta y entrar el hombre que había ido a telefonear a Westgate.

-Noticias de Felipe Garmon –anunció-. El jefe de policía de Westgate dice que Felipe Garmon murió hace cinco meses. Nunca tuvo negocio alguno de banco. Era dueño de un pequeño comercio de ultramarinos.

Sherman Brooks se levantó de un salto y se echó sobre Harold Thurber.

-¡Traidor! –gritó-. ¡Asqueroso ladrón! Usted me ha preparado esta trampa... hoy... en mi oficina...

Media docena de hombres le alejaron de Thurber. El cajero gritaba palabras de desafío, salvajes e incoherentes. La policía se hizo cargo de él, empujándole rudamente hacia el calabozo.

Los que habían intervenido le miraron salir. Nadie se fijó en la sonrisa triunfante y torcida que surgió en los labios de Harold Thurber, para desvanecerse casi tan pronto como nació.

-Esto es el final de Brooks -anunció el jefe de los detectives con voz ronca-. Ha sido bastante listo para pasar el dinero a otro cómplice, pero no pensó que le detendríamos en Baltimore. Él es el culpable... Ahora hemos de encontrar el dinero.

El viejo Gorgas Talmadge se tambaleaba.

La escena le había debilitado; pero haciendo un esfuerzo, recobró su dignidad y, atravesando la estancia, alargó la mano a Harold Thurber. El presidente del Comité de Ayuda Cívica contestó al apretón y colocó la otra mano sobre el hombro del anciano.

-Nuestro banco responderá de esta pérdida -dijo tranquilamente Talmadge-. Nuestra buena fe ha sido sorprendida por un empleado que no era digno de confianza; somos responsables de ello. Mañana tendremos preparado el dinero para los fondos del Ayuda. La pérdida de esta cantidad es algo lamentable, señor Thurber; Pero más me duele todavía oír una falsa acusación destinada a echar sombra sobre su reputación.

-¡Nada, nada, señor Talmadge! -le interrumpió Thurber-. Brooks se ha traicionado y es preferible que haya hecho una acusación absurda, en vez de otra que habrían podido creer. Su culpabilidad quedaba bien patente; hizo sencillamente un esfuerzo inútil para salvar el pellejo.

Los miembros del Comité de Ayuda Cívica rodearon a los dos hombres, ofreciéndoles testimonios de su simpatía y de su confianza absoluta en Thurber. El jefe de los detectives dejó entrar a los reporteros para una entrevista. La detención de Sherman Brooks saldría en las noticias de primera página.

Una hora después, Harold Thurber salía de la comisaría. Había hecho su declaración y los miembros del Comité le habían apoyado como un solo hombre. Por primera vez aquel día, Thurber se encontraba solo, sin que nadie le observara.

Una sonrisa se dibujó sobre sus labios, transformándose en una mueca diabólica; luego éstos recobraron su línea habitual y una vez más el rostro de Thurber permaneció impasible.

Sherman Brooks había fracasado al acusarle. Permanecería en el calabozo, acusado del robo de doscientos veinte mil dólares, pero Harold Thurber continuaría en libertad, siendo honrado y respetado en Barmouth, pues había establecido una coartada perfecta.

Nuevamente un crimen había sido realizado a la perfección. El terreno estaba bien preparado; las coartadas perfectas. Los hombres inocentes sufrían sus consecuencias.

Pero en alguna parte se encontraba un ser, cuya mente se sentía atraída por aquellos hechos insólitos. La Sombra, maestro en el arte de descubrir crímenes, cuyos ojos lo veían todo, había descubierto algo más que lo que resaltaba a simple vista en aquellas fechorías.

CAPÍTULO VI
LA SOMBRA SOSPECHOSA

Se oyó un leve chasquido en la obscuridad y una luz de un azul pálido brilló repentinamente en el aire. Sus rayos echaban un vivo resplandor sobre la superficie pulida de una mesa. En toda la esfera abarcada por la luz no se veía, sin embargo, la menor señal de algún ser viviente.

La luz azulada dejaba todo a su alrededor sumido en las tinieblas y la atmósfera de aquel lugar parecía adecuada a la presencia de algún ser siniestro y oculto.

Era la luz que brillaba en el santuario de La Sombra. En un rincón de Manhattan, alejado del bullicio de las calles de Nueva York, aquel lugar constituía el retiro en el cual una mente excepcional desarrollaba sus planes, complicados para luchar contra el crimen.

Entre todas las viviendas misteriosas, la de La Sombra era la más asombrosa. Nadie sospechaba siquiera su existencia. La Sombra, en sí, era un misterio y su verdadera identidad, ignorada de todos. Sin embargo, cuyas extrañas actividades no se limitaban a Nueva York.

Entre los peores criminales, corría la voz de que La Sombra lograba estar en todas partes a la vez. Los maestros del crimen temían a La Sombra cuando proyectaban un golpe. Meses antes, un hombre diabólico pronunció el nombre de La Sombra, con temor, mientras cabalgaba por el norte de Méjico.

Aquel hecho no hacía excepción a la regla. En todas las ciudades que poseían un mundo del hampa, La Sombra era temida como un peligro constante.

En Londres, en Berlín, en Madrid, los ladrones y asesinos de todas nacionalidades bajaban la voz cuando hablaban de La Sombra. En París murmuraban todavía historias de la proeza de La Sombra, durante la noche imponente en la cual un solo individuo desconocido y vestido de negro, luchó a brazo partido contra una cuadrilla de apaches. En Moscú, había hombres que recordaban el día en que La Sombra escapó de un regimiento de tropas.

¿Quién era La Sombra?

Nadie lo sabía. Los gangsters le consideraban como una amenaza constante y la policía de Nueva York le conocía como al mayor enemigo del crimen.

Unos criminologistas estudiosos, habían expresado la opinión de que La Sombra, era el único factor que impedía a la balanza de la justicia inclinarse del lado de los criminales. Cuando el crimen se volvía desenfrenado, La Sombra pegaba. Ser salido de las tinieblas, iba y venía sin que se le viera. Su objetivo era siempre la destrucción de los súper criminales.

Hubo gangsters que murió murmurando el nombre de La Sombra. Hordas de canallas cayeron ante la justa cólera de La Sombra. Un hombre vestido de negro, con el rostro oculto bajo el ala de un sombrero flojo... he ahí la forma espectral que el mundo del hampa llamaba La Sombra.

De haber sospechado los jefes de los bajos fondos de la existencia del santuario de La Sombra, no habrían vacilado ante ningún esfuerzo para descubrirlo. A menudo intentaron alcanzar a La Sombra; pero rara vez consiguieron más que un conocimiento superficial del lugar donde moraba.

Los que seguían la pista de La Sombra no vivían mucho para intensificar su búsqueda. Más de una vez, La Sombra se había vuelto contra los que le buscaban para matarle y los que se encontraban con La Sombra se encontraban también con la muerte.

De tal modo, La Sombra mantenía el secreto de los lugares que frecuentaba.

Aquel santuario era inviolable y ni los hombres más adictos a La Sombra, sabían dónde se encontraban. Al igual que sus enemigos, ignoraban la identidad del fantasma vestido de negro.

Cuando la luz azulada brilló en aquel recinto, sus extraños rayos no fueron vistos por nadie más que por La Sombra. Dos manos blancas, de largos y finos dedos, se arrastraron sobre la mesa, debajo del haz de luz. Semejaban dos cosas aisladas, materializadas de la nada.

En el tercer dedo de la mano izquierda brillaba una joya misteriosa. Los rayos que la tocaron le arrancaron destellos gloriosos, azules al principio, como la luz, y poco a poco, cambiando de matiz, se volvieron de un rojo de púrpura.

La extraña piedra lanzaba verdaderas chispas. Era una joya única, un ópalo de raro resplandor, sin rival en el mundo entero. Aquella piedra era el símbolo de La Sombra y sus tonos cambiantes, un recuerdo de las proezas de su dueño, pues La Sombra, cuando aparecía de día, adoptaba a veces disfraces que engañaban a los más finos sabuesos.

Las manos de La Sombra sacaron de pronto un sobre alargado y sus dedos hábiles lo abrieron, sacando un papel doblado y un paquetito de recortes de diario.

Las manos desdoblaron el papel y unos ojos invisibles leyeron las líneas escritas con código. Todavía sostenían el papel cuando lo escrito empezó a desaparecer. Letra por letra, el mensaje se esfumó no dejando más que un pedazo de papel en blanco.

Aquel era el método de comunicación que La Sombra, utilizaba en su correspondencia con sus agentes. Aquella carta escrita con código y leída fácilmente por La Sombra, había sido preparada con una tinta especial que desaparecía inmediatamente después de ser expuesta al aire. Era un informe de Rutledge Mann, un agente de bolsa gordinflón, cuya oficina de Badger Building, constituía un punto de reunión donde los agentes de La Sombra se encontraban en busca de instrucciones.

Las manos blancas desparramaron los recortes sobre la mesa. Eran resúmenes de crímenes poco usuales, recogidos por Mann para que La Sombra los inspeccionara. Mann los escogía de acuerdo con dos fórmulas: Primeramente, los casos en los que la policía se veía perpleja y en segundo lugar los que presentaban algún torcido elemento de crimen.

Poco a poco, La Sombra leyó los recortes y fue eliminándolos hasta que sólo quedaron dos. A éstos, los colocó uno al lado de otro.

El de la izquierda hablaba de un crimen ocurrido en Tilson, estado de Illinois. El resumen decía que Carl Walton, secretario de Antonio Hanscom, había sido detenido por el asesinato de Mosier, el mayordomo de Hanscom.

Daba detalles del robo de los valores y explicaba cómo la tentativa de Walton para complicar a Earl Northrup en el asunto, había quedado inutilizada por una coartada perfecta.

El otro informe se refería a un robo de fondos en el First National Bank de Barmouth, en el estado de Maryland. Sherman Brooks, el cajero, estaba en la cárcel y su inútil esfuerzo para hacer recaer la culpa sobre Harold Thurber, Presidente del Comité de Ayuda Cívica, no tuvo otro resultado que añadir una nueva prueba a las que ya tenían de su culpabilidad.

Era evidente que ambos casos ofrecían bastante similitud. Rutledge Mann no hacía mención de este factor. La Sombra había escogido los dos recortes entre todos los que había recibido.

Las manos sacaron una hoja de papel y la pusieron entre los recortes. Una pluma surgió y la mano de La Sombra escribió una serie de notas comparativas:

Tilson... Illinois... Barmouth... Maryland.

Robo de valores..... Robo de especies.

Carl Walton.....Sherman Brooks.

Earl Northrup.....Harold Thurber.

Los datos recién escritos hablaban por sí mismos. A pesar de las circunstancias distintas, los detalles esenciales de ambos caso eran idénticos.

En dos sitios separados del país, el mismo crimen había sido realizado bajo formas distintas.

Alguien había codiciado riquezas. Un botín valioso había sido capturado. Un hombre estaba complicado en el asunto y acusaba a otro. La acusación carecía de valor a causa de una coartada perfecta. Tal era el esqueleto de cada crimen.

¿Era posible que dos incidentes como aquellos, recogidos en diarios locales, resultaran una mera coincidencia?

La letra iba borrándose en el papel; pero el efecto permanecía en los pensamientos de La Sombra. Aquellos recortes decían mucho.

En Tilson, Carl Walton se encontraba en la cárcel, acusado de un crimen del que inútilmente había acusado a Earl Northrup. En Barmouth, Sherman Brooks estaba en un calabozo, declarando inútilmente también que Harold Thurber era el culpable.

Cada uno de esos casos tenía importancia local; pero era poco probable que ninguno de los dos llamara la atención en la otra población. Era La Sombra, en Nueva York, quien se fijaba en aquellos hechos duplicados.

Una risa baja y fantástica resonó en la penumbra. ¡La risa de La Sombra!

Risa preñada de significado, suyo tono siniestro denotaba el conocimiento de intrigas secretas.

Cuando La Sombra reía, La Sombra obraba.

Las manos blancas se movieron rápidamente. La izquierda, adornada con la joya sostenía una hoja de papel, en la cual la derecha escribía un mensaje cifrado.

Mientras la tinta azul se secaba, las manos dejaron caer el primer recorte... el de Tilson... sobre el mensaje y doblaron la hoja insertándola en un sobre.

Con otra pluma... mojada en tinta ordinaria, La Sombra escribió la dirección siguiente:

HARRY VINCENT
Hotel Metrolite
New York, City.

Las manos se movieron nuevamente, inscribiendo un nuevo mensaje en otra hoja de papel. El segundo recorte... el que comentaba el robo de Barmouth... quedó doblado en la segunda nota. La Sombra escribió:

CLYDE BURKE
Evening Classic
New York, City.

Harry Vincent y Clyde Burke eran agentes de La Sombra. Eran hombres que le habían servido fielmente. Ahora iban a investigar por su cuenta. Con Vincent en Tilson y Burke en Barmouth, La Sombra reuniría más amplios detalles que necesitaba para iniciar la campaña que proyectaba.

Ambos sobres fueron metidos en otro de mayor tamaño que La Sombra dirigió a Rutledge Mann, Badger Building. Esta tarea quedó completada sellando el último sobre. La luz se apagó y el santuario de La Sombra quedó en la oscuridad. Ni el menor sonido rompía la uniformidad del silencio y sin embargo, el ambiente estaba cargado con aquella extraña quietud, que atestiguaba la presencia del ser invisible, ocupante usual de aquella morada.

De pronto, una risa contenida estalló en las tinieblas y subió lentamente de tono, acabando en una carcajada terriblemente burlona... escalofriante.

Aquella alegría extraña se apagó de repente, mientras de las paredes ennegrecidas brotaban gritos que le contestaban. Aquel eco no tenía nada de humano y bien pudiera provenir de una horda de demonios invisibles; poco a poco se apagó y un silencio espantoso volvió a reinar.

La atmósfera de la estancia había sufrido un cambio. La Sombra ya no estaba allí; se había ido, utilizando una salida secreta y dejando los ecos fantásticos como único recuerdo de su paso.

La Sombra se había ido para luchar contra un crimen insospechado. Su misión era desenmascararlo. Un hombre había sido asesinado; habíase robado medio millón de dólares, y esos delitos se les imputaban a hombres inocentes.

¿Cuál era la respuesta a esos enigmas? ¿Cómo contrarrestar el efecto de aquellas coartadas perfectas? Eso era lo que La Sombra iba a estudiar.

Cuando La Sombra buscaba al crimen, las intrigas mejor urdidas acostumbraban a fracasar.

La mano de La Sombra se alargaba para frustrar al crimen. Dos atentados habían sido cometidos ya. ¿Llegaría tarde para desbaratar otros?

CAPÍTULO VII
UN TERCER CRIMEN

Entre los hombres prominentes de la ciudad de Daltona, en el estado de Georgia, Cuthbert Davenport era quizá el más destacado. Fue en su tiempo director de la fábrica que empleaba al mayor número de obreros de la población, y, retirado en la actualidad.

Davenport continuaba dueño de grandes intereses y su fortuna personal se evaluaba en más de dos millones de dólares.

Cuthbert Davenport era viudo, con dos hijos. Su vida había sido coronada por el éxito, pero durante los últimos años, le daba tanta desilusión como satisfacción.

La causa del descontento de Davenport era la conducta de su hijo Perry, un haragán cuyos excesos habían escandalizado a la ciudad.

Un año antes, Perry Davenport abandonó el domicilio paternal, negándose, sin embargo, a salir de Daltona. Sus vicios se habían transformado en excesos. Era en la actualidad un borrachín inveterado y su presencia en la población recalcaba el hecho a los ojos de su padre.

Para consolarle un tanto de esta desgracia, Cuthbert Davenport tenía la satisfacción de ver a su hija felizmente casada. Menos de un año antes..., poco después de traspasar la conducta de Perry los límites de lo razonable, Tomás Rodan llegó a Daltona.

Hombre emprendedor, Rodan se había establecido en el negocio de compraventa de bienes raíces en modesta escala. Se puso en relaciones con Cuthbert Davenport y acabó frecuentando asiduamente la morada del millonario.

El resultado fue un noviazgo entre Rodan y Sonia Davenport, la hija de Davenport. El anciano dio su consentimiento a la boda que tuvo lugar al cabo de unos meses. En la actualidad, Tom Rodan vivía con su esposa en casa de Cuthbert Davenport.

Muchos eran los que se preguntaban con asombro cómo Tom Rodan, se las había compuesto para llegar a formar parte de la familia Davenport. No era rico, de ningún modo guapo y en cambio sus rasgos fisonómicos eran muy extraños.

Tom Rodan tenía la nariz achatada, mejillas, barbilla y frente, huidizas. Su expresión no variaba nunca y únicamente sus labios y sus ojos revelaban sus emociones. Cuando Rodan sonreía, lo cual ocurría rara vez, el efecto era más bien repulsivo.

El éxito de Rodan ante Sonia Davenport era debido a su aparente sinceridad.

Sonia había llevado una existencia triste desde la muerte de su madre y encontró en Rodan la simpatía que nunca le había demostrado su austero padre.

Cuthbert Davenport gustaba de Tom Rodan porque el joven era la antítesis de Perry. Rodan era sobrio, capaz y emprendedor, cualidades todas que le hicieron apreciar lo suficiente para transformarle en yerno.

Aquella noche, padre, hija y yerno estaban reunidos en el salón del hogar de los Davenport. Hablaban de Perry; los dos criados se encontraban en el piso superior y podían discutir libremente sus asuntos más íntimos.

-¡Ese hijo mío! -rezongaba Cuthbert Davenport al pasearse de arriba abajo-. ¡Es peor que nunca¡ Vive en la parte baja de la ciudad, en una pensión asquerosa, siempre bajo la influencia de la bebida. ¡Es preciso hacer algo! ¡No puedo tolerarlo por más tiempo!

-¡Es una verdadera lástima! -observó Rodan-. He visto a Perry en varias ocasiones y me gustaría ayudar a traerle a casa. Por regla general me mira con buenos ojos; pero tal como dice usted, es inútil esperar nada de él cuando está embriagado.

Rodan hablaba recalcando las palabras, con cuidado especial. Aquella particularidad traicionaba al hombre, que pone empeño en mejorar su gramática. En realidad, su tono no era otro que una imitación del del suegro.

-Aprecio tu buena voluntad, Tom -declaró Cuthbert Davenport-. Únicamente puedo repetirte lo que te he dicho antes. No hay reconciliación posible entre Perry y yo. Ya no le considero como hijo y mi único deseo es que se aleje de mi vista para siempre.

-Papá tiene razón, Tom -intercaló Sonia-. Cuando Perry viene aquí todo son disgustos. Se mostró tan amenazador en una ocasión que papá tuvo que echarle y temí que le atacara. Eso fue hace muchos meses Tom..., pero en la ciudad todavía se acuerdan.

-Fue antes de mi llegada aquí -musitó Rodan-. Lo he oído explicar por mucha gente.

-He dejado a Perry sin un céntimo -declaró Cuthbert Davenport con tono inexorable-. Todos mis bienes irán a Sonia. Perry no recibirá un solo penique de mi dinero. Por eso he insistido para que Sonia hiciera su testamento en tu favor, Tom.

Rodan asintió pensativamente. Hacía apenas unas semanas que este arreglo quedó formalizado, después de una primera discusión del asunto entre Cuthbert Davenport, Sonia y Tom.

En realidad, Tom Rodan había previsto que así sucedería. Siempre comprendió -para sus adentros- que su boda con Sonia le pondría en primera línea para heredar de los Davenport. Sin embargo, siempre expresó su sentimiento de que Perry quedara desheredado.

-Es una lástima, -observó con tono sincero-, que no haya conocido a Perry antes de que escapara a toda influencia. Hubiera podido ayudarle y aun ahora, no acabo de convencerme de que no hay nada que esperar de él.

Llamaron a la puerta y Tom Rodan se levantó. Salió al vestíbulo y abrió la puerta de la casa, haciendo entrar a dos hombres con los que cambió apretones de manos. Eran amigos que Rodan había hecho durante su estancia en Daltona. Uno de ellos era Glade Fitzroy, el fiscal del condado y el otro Jorge Seaton, sherif del distrito.

-¡Hola, Tom! -le saludó Glade Fitzroy-. ¿Dónde está Cuthbert? ¡Oh, ahí está, en el salón! ¡Hola, Cuthbert; Buenas noches, Sonia!

Ambas visitas eran viejos amigos de la familia Davenport. Cuthbert les estrechó la mano mientras cambiaban palabras amables con Sonia. Luego, Tom Rodan anunció que iba a casa de Fitzroy por unas horas. Después de dar un beso de despedida a Sonia, salió con ambos hombres, diciendo que regresaría a la hora usual.

Sonia Davenport y su padre continuaron sentados en el salón. La joven no se preocupaba por la ausencia de su esposo. Tom Rodan salía rara vez por las noches y en las pocas ocasiones en que se ausentaba, regresaba invariablemente a medianoche.

Media hora transcurrió. Sonia leía un libro y su padre fumaba un cigarro, absorto en sus pensamientos. El ruido que hizo la puerta de la calle al abrirse, les hizo mirar hacia el

vestíbulo. Dos hombres entraban en la casa: el uno era Tom Rodan y el otro la oveja descarriada, Perry Davenport.

Temblando de cólera reprimida, Cuthbert Davenport se levantó al ver a su hijo, mientras Sonia posaba la mano sobre el brazo de su padre, como para contenerle. Tom Rodan y Perry se acercaban. Rodan sostenía a Perry que a todas luces estaba completamente borracho.

-He encontrado a Perry por la calle -dijo Rodan en voz baja-. He bajado del coche de Fitzroy para hablarle. Quería venir aquí y como no he podido convencerle, le he acompañado.

-¿Es... estaba en la calle? -preguntó Perry trabajosamente-. Es... es extraño... Creía estar... en... en mi cuarto... y que... que habías ido a buscarme allí. ¡Es... es extraño!

-¡Está ofuscado! -hizo observar Rodan.

Sonia Davenport miró asombrada a su esposo. Algo en el tono de Tom le resultaba extraño. Hablaba sin su habitual precisión. Sin embargo, no cabía duda, que se trataba de su esposo.

Las facciones sin belleza de Tom Rodan, eran distintas de las de todas las personas que conocía. Mucha gente había hecho la misma observación.

-¡Anda, Perry! -dijo Rodan con voz animosa-. ¡Serénate! ¡Ya has llegado! ¿No querías hablar con tu padre?

Rodan sacudió vigorosamente al muchacho. La oveja descarriada miró entonces a Cuthbert Davenport. La actitud de reto del anciano despertó inmediatamente el antagonismo de su hijo, embrutecido y degenerado. El rostro de Perry Davenport se tiñó de rojo como en otras muchas ocasiones.

-¿Que si quie... quiero hablar con mi... mi padre? -dijo con voz ronca-. ¡Claro que quiero... ha ...hablarle! Quiero decirle... lo que... que pienso de él. Quisiera decirle... nunca... hubiese sido mi... padre... eso es lo que quisiera. Dice que no soy hijo suyo... ¿eh? ¡Pues, tampoco... él... es mi padre!

-¡Fuera de mi casa! -mandó Cuthbert Davenport-. ¡Fuera de aquí, haragán!

El anciano blandió el puño cerrado ante el rostro de Perry, Rodan aflojó repentinamente su abrazo en torno a los hombros del hijo y Perry se tambaleó hasta que sus manos se apoyaron en el respaldo de una silla.

Sonia Davenport miraba a su padre y a su hermano, mientras Tom Rodan daba lentamente unos pasos atrás.

-¡Fuera de aquí! -ordenó Cuthbert Davenport.

La respuesta de Perry fue un gruñido de cólera. Soltó la silla y se abalanzó sobre el padre, cogiéndole con una mano e intentando aporrearle con la otra.

Cuthbert Davenport se soltó y dio un paso inseguro atrás, Perry le siguió.

Tom Rodan estaba de pie al lado de la mesita del teléfono. Al empezar Perry Davenport a lanzar epítetos locos, Rodan empujó el aparato que cayó al suelo.

El receptor se desenganchó y se oyó la voz de la telefonista en la línea.

-¡Le voy a matar! -exclamó Perry Davenport-. ¡Eso es lo que voy a hacer! ¡Matarle!

-¡Perry! -gritó Sonia-. ¡Por Dios! ¡Recuerda... es tu padre!

La joven se tiró adelante y rodeó a Cuthbert Davenport con sus brazos. Con una mano, intentó rechazar al enfurecido Perry. En su temor por su padre, había olvidado la presencia de su esposo.

Tom Rodan que continuaba al lado de la mesa del teléfono, sacó con toda calma el revólver del bolsillo y apuntó, no a Perry Davenport sino a Cuthbert.

En seguida apretó el gatillo.

Sonia volvió a gritar al sentir el cuerpo de su padre deslizarse entre sus brazos. Volviéndose, vió a Tom Rodan con el revólver humeante en la mano.

Sonia lanzó una exclamación al ver el rostro de su esposo. Aquellas facciones ya no eran impasibles. Los labios de Tom Rodan se contraían en una sonrisa terrible, diabólica, la sonrisa grotesca de un ídolo pagano.

Una ola de indignación salvaje dominó el terror que embargaba a la joven.

Apretando los puños al enfrentarse con el asesino traidor, Sonia gritó su acusación.

-¡Le has matado! ¡Has matado a mi padre... monstruo!

Deliberadamente, Tom Rodan volvió a apretar el gatillo del revólver. Apuntó acertadamente y la bala se alojó en el corazón de Sonia.

Al desplomarse ésta al suelo, su hermano Perry volvió en sí. Con un grito de locura, se abalanzó sobre su falso cuñado.

Rodan, siempre sonriente, se volvió rápidamente al oír pasos en el vestíbulo.

Un hombre se presentó en el umbral del salón. Era Fairchild, el criado de Cuthbert Davenport. Perry Davenport cayó sobre Tom Rodan en el momento en que Fairchild hacía su aparición: pero Perry llegó tarde para evitar un nuevo crimen.

Fríamente, Rodan metió dos balas en el cuerpo de Fairchild. El criado cayó como una masa; en seguida, Rodan midió el suelo, bajo el empuje de Perry.

Sin embargo, el ataque del muchacho fue vano. Con un solo golpe, Rodan derribó al hijo pródigo y, levantándose, examinó rápidamente a las tres personas contra las que había disparado. Sus cuerpos yacían inmóviles. Una risa espantosa contrajo los labios de Rodan.

Tenía el camino libre para escapar. Dio una última mirada a Perry que trataba en vano de levantarse y lanzó el revólver en su dirección; luego, se volvió rápidamente y salió de la estancia. Atravesando a buen paso el vestíbulo, Rodan se deslizó por una puerta trasera y salió a un camino oscuro.

Unos minutos después, Billings, el chófer de Cuthbert Davenport, llegó al lugar del crimen. El hombre había dormido hasta entonces en su cuarto situado en el tercer piso.

Vió los cuerpos inmóviles de sus amos y a Perry, a gatas en el suelo, tratando vanamente de recoger un revólver. La puerta de la casa se abrió violentamente y dos vecinos entraron corriendo en la casa. Billings señaló con el dedo la horrible escena.

Al ver a los recién llegados, Perry Davenport cogió el revólver y les miró como retándoles. Gritó el nombre del que no estaba allí.

-¡Tom Rodan! –exclamó-. ¿Dónde está Tom Rodan? ¡Le mataré, vaya si lo mataré por haber hecho esto!

Tres hombres saltaron sobre el muchacho y le clavaron en el suelo cuando intentó levantarse, arrancándole el revólver de la mano.

Fuera, se oyó una sirena. La policía llegaba, llamada por la telefonista.

Varios hombres de rostros severos sujetaban a Perry Davenport hasta que vinieran refuerzos.

CAPÍTULO VIII
DETENIDO POR ASESINATO

-¡Te toca a ti, Tom! -dijo el sherif Seaton.

Un grupo de hombres jugaba a las cartas en casa de Glade Fitzroy. La partida había empezado tan pronto como Fitzroy, Seaton y Rodan llegaron.

Tom Rodan recogió las cartas y empezó a barajarlas. Su rostro no tenía expresión alguna, era a decir verdad, un verdadero rostro de jugador de poker, exceptuando la sombra vaga de una sonrisa que se dibujaba en sus gruesos labios. Le pareció a Rodan percibir a lo lejos el débil eco de un ruido agudo.

Mentalmente, se representó al coche de la policía recorriendo las calles de Daltona, pero se abstuvo de hacer ningún comentario.

Su pensamiento volvió a los acontecimientos de la último hora. Se vió sentado con Cuthbert y Sonia Davenport y recordó la llegada de Seaton y Firtzroy. Luego se representó así mismo llegando en coche a casa de Fitzroy, donde se encontraba en ese momento.

Rodan sirvió las cartas y miró a Glade Fitzroy antes de volverse a Jorge Seaton. Había estado con ambos hombres constantemente, desde el momento en que salió de casa de su suegro. Este hecho daba una secreta satisfacción a Tom Rodan.

El timbre del teléfono resonó. Gade Fitzroy abandonó su asiento para contestar a la llamada. Los demás hombres oyeron su voz desde el vestíbulo.

-¿Quién es? -preguntó Fitzroy-. ¡Un momento... espere un momento, es preferible que hable con el sheriff Seaton; Está aquí!

Fitzroy volvió a entrar en el cuarto.

-Algo serio, Jorge -dijo a Seaton-. Tiros... la policía está en el lugar del crimen... ve tú al teléfono.

El sheriff salió al vestíbulo y el grupo esperó en silencio. Los crímenes de importancia no eran cosa usual en Daltona. Todos se preguntaban lo que había ocurrido.

Los jugadores oyeron los gruñidos del sheriff, mientras le comunicaba detalles por teléfono. Hubo una pausa y de pronto, un grito de asombro llegó del vestíbulo.

-Voy en seguida -dijo la voz de Seaton, bastante cambiada-. Sí, en seguida. ¡Es terrible, terrible...!

Se oyó cómo dejaba el teléfono sobre la mesa y, momentos después, Jorge Seaton entraba nuevamente en la salita de juego. Tenía el rostro blanco como el papel y sus amigos le miraron, alarmados.

Comprendían que alguna terrible calamidad había ocurrido. Nunca antes habían visto al impasible sheriff tan conmovido.

Jorge Seaton miró a Tom Rodan y, atravesando la sala, le alargó la mano.

Rodan, asombrado, la cogió. La voz de Seaton dijo, con tono conmovido:

-¡Valor, Tom! Vas a recibir un golpe duro... muy duro... pero es preciso que te lo diga. Es un asesinato, Tom y han detenido al culpable, aunque esto no te ayudará. ¡Cuthbert Davenport está muerto... así como tu esposa!

Unos murmullos de simpatía brotaron del grupo. El rostro de Tom Rodan no cambió de expresión; sus ojos miraban fijamente delante de ellos. Continuaba asido de la mano del sheriff, pero Seaton sintió que su presión se aflojaba.

La pausa que siguió se les antojó a todos interminable.

Luego, Seaton dijo, esta vez a sus amigos:

-¡Perry Davenport lo hizo! Estuvo allí después que salimos con Tom, Fitz y yo. También ha muerto a uno de los criados. Han detenido a Perry, borracho como siempre. Tengo que ir a la casa...

-¡Te acompaño! -declaró Fitzroy.

El sheriff asintió.

-¡Cuidad de Tom, muchachos! -dijo solemnemente.

Se volvió y se encaminó a la puerta con Glade Fitzroy. Tom Rodan se levantó maquinalmente de la mesa.

-¡Esperad! -dijo con voz baja y mesurada-. Tengo que ir yo también. No puedo permanecer aquí; tengo que acompañaros.

Seaton miró a Fitzroy y este último asintió.

Caminando muy tieso, Tom Rodan acompañó a sus amigos. El trío salió de la casa y subió al coche de Fitzroy.

No cambiaron una sola palabra durante el trayecto y los tres penetraron en silencio en la casa de Cuthbert Davenport, por la misma puerta por la cual habían salido poco antes, charlando alegremente.

Jorge Seaton miró a Tom Rodan. Este se mostraba dueño de sí y el sheriff comprendió que su amigo soportaría la prueba que le esperaba.

Los tres atravesaron el vestíbulo y se detuvieron en el umbral del salón. La policía estaba de guardia allí. Solemnemente, Tom Rodan miró el cadáver de su esposa Sonia. Su rostro continuaba impasible; pero Seaton y Fitzroy se figuraron la angustia moral que estaría destrozando su cerebro. Toda su simpatía iba hacia su amigo.

La gente que se encontraba en el cuarto los miraba; eran los vecinos y los policías que llegaron los primeros. El único que no miraba era Perry Davenport que estaba sentado con la cabeza gacha. De pronto el prisionero se dio cuenta de la llegada de otras personas. Levantó la vista y vió a Tom Rodan.

Antes de que pudieran retenerle, Perry se puso de pie y se lanzó al encuentro de su cuñado con los ojos brillantes de furor homicida.

-¡Te mataré, Rodan! -espetó Perry Davenport-. ¡Te mataré por esto!

Varias manos le sujetaron, pero a pesar de su estado, Perry intentaba luchar.

La vista de la muerte le había desembriagado. Estaba furioso; pero su mente estaba despejada. Nadie pudo impedir que gritara:

-¡Dejadme agarrarle! ¡Dejadme agarrarle! ¡Él lo ha hecho! ¡Él es el criminal! Miradle allí... Tom Rodan... el hombre que ha matado a mi padre y a mi hermana. ¿Por qué sigue en libertad?

Respirando trabajosamente, Perry miró en torno de él y sólo encontró miradas de antagonismo. Su furor se trocó en súplica.

-¿No comprendéis? –preguntó-. Tom Rodan ha hecho esto. Estaba en mi cuarto cuando vino a buscarme. Quería que le acompañara y me trajo por el camino que hay detrás de la casa; luego me hizo entrar por la puerta principal. ¡Le vi matarles! Por eso me trajo aquí... para matarles y culparme a mí...

Nadie miró a Perry con mirada comprensiva. El muchacho se desesperó.

Soltándose se tiró adelante con los puños cerrados, para atacar al hombre silencioso a quien acababa de acusar.

Seaton intervino entonces. Colocándose entre Rodan y su asaltante, el sheriff lanzó un directo que alcanzó a Perry Davenport en la barbilla. Perry se desplomó al suelo. Fue un knock-out perfecto.

-Caballeros -dijo el sheriff con voz firme, -quiero hacer una declaración ante vosotros que habéis oído esta cobarde acusación. Esta noche, el señor Fitzroy y yo visitamos esta casa y hablamos con Cuthbert Davenport y su hija Sonia que se encontraban entonces en buena salud. Tom Rodan salió con nosotros y con nosotros ha permanecido constantemente desde aquel instante. Ha jugado a los naipes con nosotros y estaba jugando cuando la noticia de esos crímenes me ha sido telefoneada. Tom Rodan era un verdadero hijo para Cuthbert Davenport. Reemplazaba a este canalla... -El sheriff señaló a Perry-. Tom Rodan está sufriendo ahora las consecuencias del delito de Perry Davenport. ¡Que le acusen de algo que nunca habría hecho..., de crímenes que es imposible hubiese cometido..., es ya demasiado! Me alegro de ser amigo de Tom Rodan, y de que Glade Fitzroy lo sea también. Ambos estamos aquí para protegerle contra las acusaciones de un bandido. Ahí veis... -y señaló al cuerpo doblado de Perry -, a un perro cobarde. Él es el criminal y su tentativa para inculpar a un hombre inocente es una nueva prueba de su culpabilidad. ¡Lleváoslo!

Un coro de exclamaciones afirmativas siguió el discurso del sheriff. Sus palabras dinámicas habían contrarrestado la acusación de Perry Davenport. A los ojos de todos, Perry era un criminal de la peor especie.

Únicamente la conciencia que el sheriff tenía de su deber, le hizo añadir una frase. Seaton se daba cuenta de la excitación que iba en aumento y del odio por Perry Davenport que había provocado.

-¡Nada de linchamiento! –advirtió-. Este perro merece la horca, pero el Estado cuidará de ello. Pónganlo en la cárcel y vigílenlo.

Unas manos brutales arrastraron a Perry Davenport fuera de la estancia y la policía tomó sus medidas para hacer retirar los cadáveres. Tom Rodan entró en otra habitación, seguido de Jorge Seaton y Glade Fitzroy. Ambos hombres dirigieron unas palabras de consuelo a su amigo. Rodan se sentó pesadamente en una silla, volviendo la cabeza hacia la pared, al ver lo cual, salieron, dejándolo solo con su pena.

Tan pronto como se hubieron alejado, Tom Rodan sonrió débilmente y aquella sonrisa dio una expresión diabólica a su rostro. De haberlo visto sus amigos en aquel instante, hubieran instintivamente creído la acusación formulada por Perry Davenport, puesto que las facciones de Tom Rodan reflejaban un alma perversa.

La angustia de que había dado pruebas era fingida. La emoción que embargaba secretamente a Tom Rodan era la alegría del triunfo. Sus planes se habían realizado felizmente. Cuthbert Davenport estaba muerto así como Sonia. La fortuna de la familia pasaría a manos de Tom Rodan, el yerno.

¡La única persona viviente que habría podido atacar los testamentos era Perry Davenport... quien se veía acusado del asesinato de su padre y de su hermana!

Sin embargo, Perry Davenport no era un criminal. Tom Rodan lo sabía perfectamente bien, pero detenía un secreto que nadie sospecharía. Sabía por qué Perry le había acusado. Triunfaba porque sus planes, bien elaborados, habían tenido éxito. Con Fitzroy y Seaton para ayudarles, nadie podría implicarle en aquellos crímenes.

Como otros hombres diabólicos, Tom Rodan poseía una coartada perfecta.

La ley seguiría su curso. Perry Davenport pagaría el precio de los asesinatos que no había cometido y mientras tanto, la riqueza de los Davenport pasaría a manos de Tom Rodan... por un procedimiento más sencillo que el de la ley en sí...

¿Quién podría evitarlo? Rodan recordó la noche en que él y otros hombres cabalgaban hacia el Norte, atravesando una llanura sembrada de mezquite.

Aquella noche trajo la inspiración de la cual nació el plan actual.

Un nombre fue mencionado aquella noche y aquel nombre quedó grabado en la mente del hombre que había ido a Daltona, haciéndose llamar Tom Rodan. Le parecía oír murmurar aquel nombre en la actualidad, tal como el jefe de aquella cuadrilla de seis rufianes lo había pronunciado:

¡La Sombra!

¿Quién era? ¿Qué podía hacer? ¡Nada! ¡Nadie en el mundo podía adivinar el secreto que Tom Rodan compartía con otros hombres silenciosos! El mal triunfaría sobre el derecho.

¡La Sombra!

Tom Rodan continuaba sonriendo al pensar en aquel nombre hueco. Allí donde hombres de cabeza despejada habían sido engañados, las sombras no prevalecerían. Tom Rodan formaba parte de un grupo de seis hombres, capitaneados por un jefe que había establecido un régimen de crímenes perfectos. Todos eran libres de actuar como habían planeado individualmente. Todos estaban inmunizados contra el peligro. ¿Por qué preocuparse por una persona desconocida llamada La Sombra..., que ni siquiera sospecharía la existencia de aquella cadena de súper crímenes?

De haber sabido más, la sonrisa diabólica que apareció en los labios de Rodan, se hubiera borrado. La Sombra sospechaba de aquellos crímenes y un nuevo eslabón era todo cuanto deseaba encontrar.

Las acusaciones de Perry Davenport podían llegar a muchos oídos indiferentes e incrédulos; pero había quien adivinaría su verdadero significado y ese alguien era... ¡La Sombra!

CAPÍTULO IX
LA SOMBRA ENCUENTRA

La Sombra estaba trabajando en su santuario. Sus manos blancas se movían sobre la mesa pulida y la joya de su dedo lanzaba destellos bajo la extraña luz azulada.

Bajo los dedos ágiles se encontraban las hojas de informe de los agentes de La Sombra, Harry Vincent y Clyde Burke habían llegado a su destino y desde Tilson y Barmouth aquellos dos hombres activos y eficientes enviaban el resumen de sus descubrimientos.

Los informes eran negativos y tan sólo servían para reforzar la opinión existente en las poblaciones adonde Vincent y Burke habían ido.

En Tilson, Illinois, nadie ponía en tela de juicio la alta reputación de Earl Northrup. El hombre quedaba desagraviado por su coartada. Carl Walton era juzgado por el asesinato de Mosier, el criado, y se le acusaba del robo de los valores pertenecientes a su jefe, Antonio Hanscom.

La misma situación existía en Barmouth, estado de Maryland. Allí, la reputación de Harold Thurber, Presidente del Comité de Ayuda Cívica, era mejor que nunca. Sus amigos se habían burlado de la ridícula acusación, según la cual era responsable de la desaparición de los fondos de la empresa.

Todos estaban convencidos de que Sherman Brooks era el verdadero culpable. Habían sorprendido al cajero cuando huía; había formulado una acusación fantástica que tan sólo sirvió para probar su culpabilidad. Su caso iba a ser llamado ante los tribunales y no quedaba duda alguna respecto al resultado. Unánimemente, se calificaba a Sherman Brooks de culpable.

La identidad entre ambos informes de los agentes de La Sombra saltaba a la vista. Desde los crímenes de Tilson y Barmouth, tanto Earl Northrup como Harold Thurber llevaban vidas tranquilas, sin preocupaciones. Continuaban cuidando de sus asuntos como hasta la fecha. Ninguno de los dos se había movido de la población y nadie sospechaba de ellos.

Tampoco nada indicaba que Northrup o Thurber estuviesen en contacto el uno con el otro. Antes, todo tendía a indicar lo contrario. Aquellos hombres parecían limitarse dentro de la esfera de sus propias localidades.

Sin embargo, una coincidencia era manifiesta. Comparando el informe de Vincent con el de Burke, se deducía que tanto Northrup como Thurber, se habían establecido en sus residencias respectivas en la misma época del año anterior.

Al preparar sus informes, tanto Vincent como Burke se encontraron con una dificultad. Cuando Vincent buscó un retrato de Northrup, no pudo encontrarlo y del mismo modo, Burke, al querer mandar el de Thurber, no tuvo éxito.

Ambos agentes persistieron. Vincent visitó al fotógrafo de la población y, mediante un ardid, pudo rebuscar en un montón de fotografías tomadas en distintos sectores de la ciudad de Tilson. Entre éstas, se encontraba el retrato de un grupo reunido frente a la casa de Antonio Hanscom. Uno de los hombres que formaba el grupo era Earl Northrup.

Al visitar el local del diario que se publicaba en Barmouth, Burke se presentó como un periodista neoyorquino, interesado por la obra del Comité de Ayuda Cívica.

No había en las oficinas del diario ningún retrato del comité; pero indicaron a Burke un impresor que había preparado un folleto explicativo, del fin que se proponía la obra.

Obteniendo un ejemplar del folleto, Burke descubrió que contenía un retrato del Comité en pleno, figurando Harold Thurber en el centro.

Ambos retratos yacían sobre la mesa de La Sombra. Vincent había indicado a Northrup y Burke señaló a Thurber con una flecha. Un par de tijeritas brilló en las manos de La Sombra que cortó separadamente las fotografías y colocó la de Northrup al lado de la de Thurber sobre una hoja de papel blanco.

Las manos de La Sombra empuñaban ahora un lente y bajo su cristal amplificador, las fotografías adquirieron un tamaño que permitió el trabajo de compararlas. Una risa breve brotó de los labios ocultos de La Sombra.

¡Las facciones de Earl Northrup y de Harold Thurber eran idénticas! La nariz achatada, la frente, las mejillas, la barbilla huidiza, eran una repetición unas de otras. Era cosa notable que ambos hombres se parecieran hasta tal extremo y más notable todavía que cada uno de ellos poseyera una coartada perfecta.

Aquí estaba la contestación al crimen cometido. ¿Acaso era posible que Earl Northrup y Harold Thurber hubiesen trabajado juntos, ayudando cada uno de ellos a establecer la coartada del otro?

Un sabueso, poseyendo a la vista semejantes pruebas, hubiera llegado seguramente a esta conclusión, pero La Sombra se detuvo a reflexionar.

Su mente despejada estudiaba el factor tiempo. Entre el robo de los títulos y el del banco, transcurrió bastante tiempo para que aquellos hombres se trasladaran del estado de Illinois al de Maryland. Sin embargo, había un motivo para que no lo hicieran.

Este motivo se consignaba en el informe de Harry Vincent, que hacía constar claramente que Earl Northrup no se había movido de Tilson desde el robo de los títulos de Hanscom y la muerte de Mosier.

Era cierto que Vincent no había llegado a Tilson sino después de cometido el atentado en Barmouth; sin embargo, había tomado cuidadosamente sus informes y de fijo habría sabido si Northrup se hubiese ausentado inmediatamente después del robo en casa de Hanscom.

Era obvio que Northrup había permanecido en su base..., protección segura de su coartada. Lo único en contra de ambos hombres era su aspecto idéntico que no bastaba para sacar la consecuencia de su complicidad.

Las manos de La Sombra rechazaron las fotografías y permanecieron quietas un momento, como si el cerebro que las controlaba estuviera perplejo.

Luego, las manos sacaron un sobre de grandes dimensiones, lo abrieron y sacaron del mismo un paquete de recortes. Estos constituían un nuevo envío de Rutledge Mann.

Con dedos ligeros, La Sombra recorrió los recortes. Operaba con cierta decisión, como si esperara encontrar algo definido.

Finalmente, las manos permanecieron quietas. Un trozo de periódico cayó sobre la mesa y los ojos de La Sombra leyeron lo que decía.

El crimen había visitado a la tranquilidad población de Daltona, en Georgia.

Allí, según explicaba el diario, Perry Davenport, hijo desheredado de Cuthbert Davenport, había matado a su padre, a su hermana y a un criado. El único miembro sobreviviente de la familia Davenport era Tom Rodan, yerno de Cuthbert Davenport.

La noticia de los crímenes había sido dada a Rodan en el domicilio del sheriff Jorge Seaton. Se había trasladado al hogar de los Davenport, para ser falsamente acusado de atentado, por Perry Davenport.

El informe añadía que Perry Davenport, se encontraba bajo los efectos de la bebida al ocurrir tales hechos y que su inútil acusación había sido inmediatamente contrarrestada por valiosos testimonios, que aseguraban que Rodan se había encontrado constantemente en su compañía.

La risa de La Sombra resonó en las tinieblas del silencioso santuario. En aquel único informe, escogido con acierto, La Sombra había encontrado lo que buscaba. Sus manos se afanaron: escribió nombres en una hoja de papel, formando una columna:

Earl Northrup
Harold Thurber
Thomas Rodan

La mano de La Sombra se detuvo. Bajo la lista, añadió un interrogante, cuyo significado se echaba de ver. El símbolo indicaba que la pista no concluía allí y que otros podían muy bien verse mezclados en aquella extraña repetición de crímenes.

La mano dibujó luego unas líneas que partían de cada nombre, así como otra que salía del interrogante que figuraba debajo de la lista. Aquellas líneas convergían a la derecha de la lista, formando un círculo en el centro del cual La Sombra escribió otro interrogante.

Con gran intuición, La Sombra había encontrado el procedimiento probable empleado, para realizar las operaciones de aquellos hombres. Earl Northrup, Farol Thurber y Tomás Rodan eran comparsas que vivían permanentemente, cada cual en una pequeña localidad. El interrogante añadido debajo de sus nombres, indicaba que tal vez hubiera alguien más que esos tres.

Pero ¿cómo se realizaban los crímenes? El interrogante de la derecha era la respuesta a tal pregunta. Indicaba la posibilidad de que hubiera otro criminal, un bandido que hiciera una gira de saqueo y crimen.

Northrup y Thurber tenían idénticas facciones. ¿Y Rodan?

Era preciso averiguarlo. Si las sospechas de La Sombra resultaban correctas, Tomás Rodan de Daltona en el estado de Georgia, sería el tercer nombre de una lista de hombres idénticos.

La letra había desaparecido de la hoja de papel. Un largo silencio siguió, durante el cual las manos de La Sombra descansaban. Luego una risa brotó mientras las manos se retiraban en las tinieblas y la luz se apagó.

La risa solemne de La Sombra barrió el santuario, presagiando su salida. El silencio del vacío siguió a la misma. La Sombra se había ido.

Horas después, un monoplano salía de un aeródromo de Nueva Jersey.

Zumbando al alejarse hacia el Sur, el enorme pájaro de acero cruzaba rápidamente la campiña plateada por la luz de la luna. Al volar bajo, las alas del aeroplano proyectaban una sombra que se movía a gran velocidad por el suelo.

Aquella sombra era el símbolo de la identidad del piloto. ¡La Sombra se dirigía a Daltona!

CAPÍTULO X
LA PISTA FORZADA

A la mañana siguiente, un caballero penetró en el vestíbulo del Southern Hotel de Daltona y se acercó al escritorio con el fin de hacerse inscribir. El empleado se fijó en su nombre. Era el de Lamont Cranston de Nueva York.

Después de llamar a un botones para que subiera el equipaje del huésped a su habitación, el empleado levantó casualmente los ojos y por primera vez se fijó en el aspecto del hombre que acababa de llegar.

Lamont Cranston tenía un rostro de rasgos finos, impasibles, en medio de los cuales dos ojos brillantes con singular fuego. Al fijarse esos ojos en el empleado, parecieron suavizar su mirada pero a pesar de ello, el muchacho experimentó una sensación magnética y extraña

que le hizo el efecto de adueñarse de su voluntad. Era como si un poder misterioso se hubiera apoderado de él, siendo adrede aflojada la tensión por el hombre que lo controlaba.

Parpadeando, el empleado miró a Cranston atravesar el vestíbulo. Le intrigaba el porte del misterioso huésped. Alto y caminando con soltura como si no hiciera el menor movimiento, Cranston resultaba una figura extraña al encaminarse al ascensor.

Cuando hubo entrado en el estrecho recinto, el empleado le lanzó una nueva mirada; luego, de pronto, el muchacho fijo los ojos en el suelo. Allí, proyectada desde la puerta del ascensor había una sombra singular, una mancha larga, grotesca y negra, de aspecto misterioso.

Mirando más arriba, el empleado volvió a encontrarse con los ojos brillantes de Cranston; luego la puerta se cerró y el ascensor se puso en movimiento.

El asombro del observador dependiente del Southern Hotel no carecía de fundamento... Al ver al hombre que se hacía llamar Lamont Cranston, había encontrado la personalidad de otro personaje...

¡Había visto los ojos de La Sombra!

Solo en su habitación del hotel, Lamont Cranston se acercó a la ventana y miró a la ciudad de Daltona. Había venido a la misma con una misión definida..., la de encontrar a Tomás Rodan. Hasta la fecha no había relación alguna concluyente entre Rodan, Earl Northrup y Harold Thurber; sin embargo, Lamont Cranston, o mejor dicho, La Sombra, había venido para comprobar lo que había de cierto en su intuición.

Su primer acto fue consultar el listín de teléfonos. Encontró el nombre de Tomás Rodan entre los de los abonados. Cranston rió entre dientes al llamar al número de la oficina de Rodan.

La muchacha que contestó le informó que el señor Rodan no había llegado todavía a la oficina; pero que le esperaban antes de mediodía. Cranston se nombró y anunció que tenía negocios importantes que discutir con Rodan.

Su declaración de que acababa de llegar de Nueva York, causó cierta impresión sobre el ánimo de la chica.

-El señor Rodan me encontrará en el Sothern Hotel -acabó diciendo Cranston-. Estaré en el vestíbulo.

Poco después de las doce, Tom Rodan entró con paso rápido en el hotel y se acercó al escritorio, preguntando por el señor Cranston. El empleado le señaló a un caballero sentado ante la ventana, con el rostro vuelto hacia la calle, Rodan, intrigado y deseoso de conocer la identidad del forastero, se le acercó.

-¿El señor Cranston? -preguntó.

El hombre se volvió y se levantó. Rodan se estremeció al encontrar su mirada brillante, pero su valor renació al suavizarse ésta casi instantáneamente. Lamont Cranston alargó la mano:

-Soy el señor Cranston -dijo con voz clara y concisa-. ¿Supongo que es usted el señor Rodan?

Rodan asintió y Cranston continuó:

-¿Le parece bien que almorcemos juntos, señor Rodan? Tengo que discutir unos asuntos importantes con usted... relativos a la compra de terrenos.

Rodan sintió un momento la tentación de contestar que tenía otra cita; pero algo en la actitud de Cranston retuvo las palabras en sus labios.

Nunca en su vida, había encontrado Rodan a un hombre que le impresionara como Cranston. Sus palabras persuasivas, su rostro enérgico y, sobre todo, sus ojos extraños de mirada hipnótica, no consentían una negativa a su invitación.

Tom Rodan no se encontraba a sus anchas y esta sensación acrecentaba su deseo de saber más respecto a aquel misterioso extranjero. ¿Quién era aquel hombre que llegaba de Nueva York para discutir negocios de importancia?

Entraron en el comedor del hotel. Rodan se sentó frente a Cranston a una mesita. Los rostros de ambos hombres eran impasibles y desprovistos de expresión, pero mientras Rodan estaba hecho un mar de confusiones, Cranston sabía ya lo que quería, pues en las extrañas facciones de Tomás Rodan, Lamont Cranston descubría las mismas características que en los de Earl Northrup y de Harold Thurber.

Ahí, delante de él, tenía al tercer hombre del grupo de los que se parecían tan extrañamente y cuyas recientes historias ofrecían circunstancias similares.

Por fantástica que fuera la situación, Lamont Cranston no tradujo ninguno de los pensamientos que ocupaban su mente y en cambio encauzó tranquilamente la conversación hacia la probable compra de terrenos en la vecindad de Daltona. Tom Rodan le escuchaba con suma atención.

Resultó que Lamont Cranston era hombre adinerado que había decidido invertir su capital en terrenos y que alguien, -Cranston no recordaba exactamente en qué circunstancias- le había aconsejado consultar a Tom Rodan.

En toda esta discusión, Lamont Cranston no demostró tener el menor conocimiento de los desgraciados sucesos ocurridos recientemente en la vida de Rodan. Llegando de Nueva York y siendo forastero en Daltona, era natural que no estuviese enterado de los asesinatos cometidos en casa de los Davenport.

El hecho de que las muertes de su esposa y de su suegro eran importantes en la mente de Rodan quedó manifestado por él mismo. Siendo astuto, Rodan sospechó alguna relación entre la presencia de Cranston y esas muertes. Quiso poner a Cranston a prueba y escogió el momento.

Cranston acababa de expresar su voluntad de comprar propiedades en las afueras de Daltona. Rodan aprovechó la circunstancia.

-Me gustaría trabajar con usted, señor Cranston –dijo-. Sin embargo, estoy muy preocupado estos tiempos. He tenido la desgracia de perder a mi esposa y a mi suegro en un accidente lamentable. Sus muertes me han transformado en grado sumo.

Rodan miraba fijamente a Cranston al hablar. Sus palabras estaban bien escogidas y pronunciadas de un modo adecuado. Sin embargo, no vió cambio alguno en la mirada de Cranston, aunque éste contestó con las siguientes palabras, que tal vez contenían un sentido oculto:

-Mi simpatía se extiende siempre a los que sufren la pérdida de los seres que les son queridos...

El tono era sincero, pero la fraseología impersonal de la frase le contrarrestaba. Podía interpretarse de manera que no contestaban a Rodan y dejaron a éste más perplejo que antes.

De tal modo, con su actitud, Cranston no había hecho nada que pudiera despertar las sospechas de Rodan, mientras con sus palabras había obtenido exactamente el efecto contrario.

En consecuencia, Rodan tomó una nueva decisión. Había acariciado la idea de demorar cualquier asunto de negocios que Cranston pudiese ofrecerle; ahora, en cambio, deseaba continuar aquella batalla de ingenios.

-¿Y si le llevase a dar una vuelta? -sugirió Rodan-. Podemos visitar algunas propiedades interesantes, fuera del radio de la ciudad. Francamente, señor Cranston, de momento he dejado mi negocio a un lado; pero puesto que usted ha venido de Nueva York, es muy justo y natural que le atienda.

Cranston pidió la nota y, sacando su cartera, buscó en el interior hasta descubrir un billete de diez dólares. Rodan, que le miraba, se fijó en que la mayoría de los billetes eran de quinientos y mil dólares.

Salieron del hotel y Rodan invitó a Cranston a subir a su coche. Visitaron juntos las afueras de Daltona. Cranston demostró un vivo interés por los lugares más interesantes.

Reiteradamente, Rodan encauzó hábilmente la conversación hacia asuntos que le concernían particularmente; pero Cranston evitó invariablemente esos tópicos. La tarde era bastante avanzada cuando regresaron al hotel.

-Daltona me interesa sinceramente, señor Rodan -dijo Cranston al apearse del coche-. Sé ahora muchas cosas que deseaba conocer. Pienso regresar a Nueva York esta noche... saldré antes de las ocho, pero tendrá usted noticias mías más adelante y tal vez inesperadamente.

Cranston alargó la mano y miró fijamente a Rodan. Fue entonces cuando Rodan vió nuevamente la luz peculiar de los ojos de Cranston, aquel brillo hipnótico que no le permitió apartar la mirada hasta que Cranston se volvió y dio un paso a un lado. Rodan cogió con fuerza el volante de su coche y siguió calle adelante, hacia su casa.

Al acercarse al hogar de los Davenport, se echó a reír nerviosamente.

Comprendió de pronto que había sufrido una tensión nerviosa y sintió una impresión de intenso alivio, pero cuando ésta se desvaneció, fue reemplazada por preocupación.

Rodan comprendió que había medido su cerebro con el de un hombre astuto.

Cranston no había dado un solo paso en falso; pero había traicionado un sutil antagonismo que Rodan percibió claramente y la pregunta nació en el pensamiento de Rodan:

¿Quién era Lamont Cranston?

Decía que era millonario y el dinero que tan discretamente había exhibido era quizá la prueba de esta declaración.

Unos meses antes, Rodan se hubiera alegrado en sumo grado de encontrar un cliente probable de la importancia de Cranston, pero en la actualidad, con el asunto del arreglo de la herencia de los Davenport pendiente de resolución, Rodan consideraba a Cranston más bien como una amenaza.

Nadie en Daltona sospechaba de Rodan; en todas partes encontraba una sincera simpatía. Tuvo que ser un forastero, llegado de Nueva York el que despertó sus recelos.

Desde el día del asesinato, Rodan vivía muy retirado. Contrató los servicios de un ama de llaves y cenaba siempre solo. Aquella noche, en el gran comedor vacío, Rodan se sorprendió en el acto de pensar constantemente en Lamont Cranston.

Alguna influencia peculiar controlaba su cerebro. Todos sus pensamientos volvían a los ojos que le habían mirado aquel día. A veces, una sonrisa torcida se dibujaba en los labios de Rodan, reveladora de cierta satisfacción por haber sido lo suficiente listo, para sospechar de Cranston como de un hombre que le había visitado con un propósito secreto.

Sin embargo, la sonrisa se borraba rápidamente, al comprender Rodan que sus sospechas no le llevaban a ninguna parte.

¿Quién era Cranston? ¿Un detective?

La idea era ridícula. ¿Por qué se dedicaría un extraño a investigar un caso que había quedado revelado como infundado?

No..., era casi seguro por las apariencias que Cranston era lo que decía... un hombre deseoso de adquirir bienes raíces.

Rodan no podía pensar en otra cosa y acabó por preguntarse si Cranston no había sido un ser nacido en su propia imaginación. Cuando hubo cenado, al salir del comedor, Rodan sintió de pronto un temor extraño y completamente inmotivado. Empezó a sospechar que sus nervios estaban enfermos.

Al entrar en el salón, Rodan se detuvo, pues le pareció oír un ruido procedente de la puerta de entrada. Se volvió rápidamente, esperando ver a alguien, pero la puerta estaba cerrada.

Miró el vestíbulo que estaba en la oscuridad y estuvo a punto de recorrer sus menores rincones; sin embargo se echó a reír y volvió a entrar en el salón.

Apenas había vuelto la espalda cuando algo se movió en las tinieblas del vestíbulo. Una figura alta, tomó consistencia y resultó ser la de un hombre embozado en un gran abrigo negro y tocado con sombrero, negro también, de anchas alas.

Un par de ojos brillantes quedó revelado cuando el misterioso desconocido cruzó silenciosamente el vestíbulo, colocándose en el umbral del salón.

Tom Rodan se sentó en una silla. Estaba nervioso, pero su sonrisa diabólica no tardó en aparecer. Creía ser un hombre de nervios de acero. ¿Por qué dejarse perturbar por locas preocupaciones?

Estaba dispuesto a olvidar a Lamont Cranston y a decidir que el hombre sólo había hecho una visita casual a Daltona, cuando algo ocurrió que le hizo cogerse fuertemente a los brazos de la silla y mirar en torno suyo con terror.

-¡Asesino!

La palabra fue pronunciada en un susurro misterioso, parecido a la voz de una conciencia.

Rodan estaba seguro de haber oído la acusación, pero no veía a nadie en la habitación. Levantándose, salió rápidamente el vestíbulo y llegó hasta la puerta de la casa.

Allí se detuvo y mientras esperaba, tenía la espalda vuelta de tal forma que no vió a la figura alta, que se destacó como un inmenso murciélago de la pared que daba al salón.

Cuando Rodan volvió a entrar en la habitación de la que había salido, la figura misteriosa había penetrado allí antes que él.

Rodan empezó a pasearse de arriba abajo. Se detenía a ratos, figurándose oír un eco de la voz misteriosa.

¡Una sola palabra de labios invisibles! ¿Qué podía ser?

Rodan sacudió la cabeza y cerró los ojos. Mentalmente, vió el rostro de Cranston; luego, a sus oídos llegó una repetición del sonido que había oído antes.

-¡Asesino!

Rodan se levantó, enloquecido, lanzando un gruñido. Nunca antes su imaginación le había jugado tan mala pasada. Procuró serenarse y echarse a reír.

¿Por qué temer aquella voz? ¡El no era un asesino! Se rió con malicia al mirar el suelo donde pocas noches antes vió tendidos tres cuerpos.

Era otro el asesino, pero Rodan poseía su secreto. Esto era la causa de sus preocupaciones, de eso estaba seguro. El secreto era el factor que le debilitaba. La presencia de un desconocido, Lamont Cranston, había desencadenado una serie de pensamientos perturbadores.

Pero había remedio para semejante situación y Rodan pensó de pronto en ella. Levantándose, fue al teléfono y llamó al Southern Hotel, pidiendo por Lamont Cranston. Se le contestó que ya no se hospedaba allí.

Rodan se preguntó entonces si habría regresado a Nueva York o si seguiría en Daltona. Fuese como fuese, sólo le quedaba una cosa por hacer en la presente situación.... Había alguien a quien debía informar de lo que ocurría.

Acercándose a la mesa de escribir, Rodan cogió pluma, tinta y papel.

Reflexionó unos instantes, olvidándose del cuarto, a sus espaldas.

Algo se movía en la sombra, algo que Rodan no veía.

De la oscuridad de la pared, una silueta alta se destacó.

Silenciosamente, deslizándose con agilidad, La Sombra se colocó inmediatamente detrás del hombre que estaba sentado. Semejante a un fantasma vengador, se acercó hasta no distar más de unos pies de él y permaneció allí con los ojos brillantes fijos en Rodan; luego, de sus labios brotó esta palabra:-¡Guárdate!

Se oyó apenas, pero llegó a los oídos de Rodan. Este no se movió. Los ojos le salían de las órbitas y miraba la mesa..., delante de él. La Sombra se deslizó hacia un rincón oscuro formado por una pequeña alcoba.

Rodan se volvió rápidamente y miró hacia el vestíbulo, creyendo sin duda que de allí había partido el sonido. Luego, con una risa forzada, recobró su posición primitiva y, cogiendo la hoja de papel, escribió en la misma un símbolo misterioso que consistía en un círculo, atravesado por dos rayas en el centro. Encima, Rodan dibujó media luna con las puntas vueltas hacia debajo, repitió el mismo símbolo, en el mismo sentido.

Hecho esto, Rodan escribió unas señas en un sobre. El nombre que apuntó era el de la Eastern Specialty Company y las señas de una calle y un número de la ciudad de Nueva York.

Mientras Rodan estaba así ocupado, La Sombra salió de su escondite. Su alta figura se deslizó hacia adelante y sus ojos brillantes miraron por encima del hombro de Rodan, viendo cuanto el hombre había escrito.

Rodan miró de pronto el sobre y se restregó los ojos. Una mancha negra cubría la mesa de escribir y una extraña sombra se proyectaba sobre su mensaje. De pronto, desapareció.

Rodan cogió el sobre, dobló el papel y lo metió en el interior. Con la carta en la mano, se volvió nuevamente y miró en torno suyo.

No viendo nada, se echó a reír nerviosamente y se metió el sobre en el bolsillo, acercándose al teléfono y llamando al sheriff Jorge Seaton.

-¡Hola, Jorge! –dijo-. ¿Tienes trabajo esta noche...? ¿No? ¡Bien...! Voy a dejarme caer por tu casa para charlar un rato.

Rodan se sintió aliviado al salir de la casa y dejar la carta franqueada por avión en el buzón de la esquina. Su coche le esperaba delante de la casa.

Subió al volante y se alejó.

Una risa baja que surgía de las negruras del camino, saludó la partida de Rodan. Una forma alta y silenciosa se acercó, pero se desvaneció bien pronto en la oscuridad.

La Sombra había ganado la partida y encontrado la manera de luchar ventajosamente con el bandido desconocido de quien Northrup, Thurber y Rodan eran cómplices.

La Sombra sabía que habían cometido tres crímenes, comunicando un secreto con su jefe. Ultimados los atentados, los malhechores de Tilson, Barmouth y Daltona no necesitaban ya comunicarse con su jefe, pero La Sombra adivinó que éste habría tomado sus medidas para enterarse si más tarde cualquiera de sus secuaces sospechaba la presencia de algún peligro.

Bajo el aspecto de Lamont Cranston, La Sombra despertó deliberadamente las sospechas de Tomás Rodan; luego, fantasma en las tinieblas, La Sombra estimuló sus temores.

El resultado fue un mensaje secreto, enviado a un lugar de contacto en Nueva York.

La Sombra había acabado con Rodan de momento. Buscaba algo más importante..., el rastro de jefe de la organización.

Se habían cometido ya tres crímenes. ¿Ocurriría un cuarto, un quinto o más?

Este era el problema con el cual La Sombra se enfrentaba. Tomaba sus medidas para estudiarlo y quería descubrir al principal culpable.

Un aeroplano rápido corría en dirección al Norte a través de la noche, llevando a bordo a La Sombra. Una carta había sido enviada y La Sombra conocía su lugar de destino. Estaría allí para reemplazar al hombre que había de recibirla.

El símbolo enviado para avisar al jefe de la banda, era la pista que La Sombra había sabido arrancar de Tomás Rodan. Con este indicio La Sombra prepararía la campaña que frustraría los planes de unos hombres perversos.

CAPÍTULO XI
LA ENTREGA DEL MENSAJE

Temprano, la noche siguiente un hombre caminaba por una calle sórdida de Manhattan. Iba encorvado y había algo furtivo en su andar. Se detenía a trechos como si sospechase que alguien le espiaba.

Uno de esos paros lo realizó cerca de la desembocadura de un callejón, quedando su rostro alumbrado por un farol. Era un rostro arrugado, descolorido, de cuyos labios colgaba un cigarrillo. El hombre se quitó el pitillo de la boca y, viendo que estaba apagado, sacó un fósforo del bolsillo.

Mientras volvía a encender la colilla, el hombre lanzó una mirada rápida a sus espaldas, por la calle que había recorrido. No viendo a nadie, tiró el fósforo, dio media vuelta y penetró en el callejón. Su acción fue tan rápida y diestra que únicamente alguien muy observador la habría notado. El silencio reinó en la calle; pero unos segundos después de la desaparición del fumador, un nuevo personaje llegó bajo el haz de luz del farol. Una figura alta y siniestra quedó revelada momentáneamente y ella también, se desvaneció en la oscuridad del callejón.

La Sombra seguía su presa. Allí, en los bajos fondos de Nueva York, seguía la pista de un gangster de menor cuantía. A pesar del cuidado que el hombre encorvado había aportado a sus actos, La Sombra le había seguido, completamente ignorada de él.

Una puerta se abrió en el callejón y se vió una luz débil al entrar el gangster.

La puerta volvió a cerrarse y el hombre de rostro descolorido se encontró en un vestíbulo alumbrado por un mechero de gas a medio encender. Delante de él se encontraba una escalera desvencijada.

El gangster la subió, seguro de no haber sido espiado. No vió que la puerta de la calle se abría lentamente, antes de que hubiera alcanzado lo alto de la escalera.

El pequeño gangster llamó a una puerta del primer piso, diciendo después de darle en la puerta con los nudillos.

-¡Soy "Pasty"!

-Entra -fue la respuesta.

"Pasty" entró y se encontró con un hombretón fornido, sentado ante la ventana del cuarto alumbrado a gas. La cortina estaba echada y el hombretón se encontraba solo. "Pasty", cuyo rostro del color de la harina, revelaba el origen de su apodo inició una sonrisa al alargarle un sobre y una postal.

-¡Ahí va eso, "Boots"! –dijo-. Lo he recogido en la oficina tal como me has dicho.

"Boots" examinó la postal. A un lado llevaba las señas de la Eastern Specialty Company, pero no había nada más escrito. El dorso representaba la fachada de un hotel de Nueva Orleáns.

"Botts" no hizo comentario alguno. Tiró la postal sobre la mesa, a su lado y examinó el sobre. También iba dirigido a la misma compañía y llevaba el matasellos de Daltona, en Georgia. "Boots" dejó caer el sobre al lado de la postal.

-Gracias, "Pasty" –dijo-. Esto no significa nada; de todos modos he pensado que valía más que fueses a buscarlo y me lo trajeras a este escondite. ¿Supongo que nadie te ha visto meterte por aquí?

"Pasty" denegó con la cabeza.

-Nadie me ha visto... –contestó-, pero no estoy seguro que nadie me haya vigilado por el camino. Ya sabes cómo soy, "Boots". Huelo cuando las cosas van mal, antes de empezar el baile. Me ha parecido ver a alguien dando vueltas cerca de aquella oficina a la que me has mandado. ¿No crees que alguien pueda meter su nariz en eso?

-¿Dónde, allí? -replicó "Boots"-. ¡No, hombre! Quítate eso de la cabeza. Eres el único sujeto a quien he enviado allí. Aquel lugar no tiene nada que ver con el negocio. Únicamente te he enviado para no tener que salir yo mismo. Mientras nadie te haya visto entrar aquí, todo va bien.

-Bien -dijo "Pasty"-. Hay unos cuantos tipos que buscan a "Boots" Marcus. Haces bien de tener cuidado.

-¿Y qué? -gruñó "Boots-. Me escondo ¿no? ¿No te creerás que estoy asustado? Lo que soy es precavido. Quedarme aquí me ahorra un sinfín de disgustos... Por eso me haces de recadero... Eres un buen mensajero, "Pasty". Cuando hay algo interesante que hacer, salgo con los muchachos. Créeme, "Pasty", son muchos los tipos que no estarían comiendo plantas por las raíces si hubiesen sido tan cuerdos como yo.

-¡Es cierto! -asintió "Pasty".

-¡O.K.!, Pues -prosiguió "Boots"-. ¡Ahora, ahueca! Ve a reunirte con los muchachos y ven a avisarme cuando hayan de salir. Recuérdame entonces que tendré que enviar una carta por correo.

-¡Eres grande, "Boots"! -comentó "Pasty"-. ¡Pensar que los chicos se reúnen a cuatro pasos de tu escondite y que no tienen la menor idea de dónde te has metido! A veces me dan ganas de reírme...

-¡Cierra el pico! -repuso "Boots" con un gruñido-. Lo que has de hacer es lo que te digo y dejarte de reflexiones. ¡Vete ahora... ahueca!

"Pasty" hizo una mueca y abrió la puerta del cuarto. Movió una mano huesuda en señal de despedida y cerró la puerta.

"Boots" Marcus recogió entonces la postal y el sobre.

En el mundo del hampa, "Boots" Marcus era conocido como el jefe endurecido de una cuadrilla de malhechores. Su negocio y el de sus compinches consistía en echar a perder los planes de los individuos que intentaban dar golpes atrevidos.

De resultas de eso, "Boots", aunque desconocedor del miedo cuando se encontraba a la cabeza de sus satélites, consideraba indicado y discreto permanecer alejado de los puntos estratégicos de los barrios bajos.

"Pasty", que tenía escasa importancia en el mundo del hampa, era el mensajero del jefe de la cuadrilla, el lazo entre éste y sus muchachos.

Últimamente, "Boots", que vivía más retraído que nunca, había encargado a "Pasty" un nuevo deber. Este consistía en visitar una modesta oficina, desierta y situada en una calle de la parte alta de la ciudad, recoger y traerle el correo que podía encontrarse allí esperándole.

Las comunicaciones con la Eastern Specialty Company eran relativamente escasas. Casi todas eran postales ilustradas, como la que a la sazón "Boots" tenía en la mano. En otras ocasiones, "Boots" había recibido sobres que reexpedía en vez de conservarlos.

Aquella noche, de acuerdo con su método, "Boots" Marcus sacó un sobre de mayor tamaño que el que había recibido por correo y escribió en el mismo el nombre de Craig Kimble.

Miró la postal y puso el nombre del hotel de Nueva Orleáns, como seña, en el sobre que estaba escribiendo. Hecho esto, metió en el interior la carta traída por "Pasty" y selló el sobre exterior.

Al terminar la tarea, "Boots" Marcus se encogió de hombros y, abriendo un cajón de la mesa, echó la postal dentro.

Después de guardar el sobre en su bolsillo, "Boots" se levantó y se acercó a la ventana. De pronto, volvió los ojos de un modo distraído y se quedó pasmado.

Delante de él, en el umbral de la puerta, "Boots" Marcus veía a un hombre vestido de negro, alto, imponente, que bien pudiera haber brotado del suelo, tan silenciosa fue su entrada. Una larga capa negra colgaba de sus hombros y un sombrero blando de anchas alas oscurecía sus facciones. Únicamente sus ojos eran visibles y brillaban como ascuas.

Sin embargo, no eran únicamente sus ojos lo que impresionó a "Boots" Marcus. En la mano enguantada y alargada, el forastero sostenía una enorme pistola automática, cuyo cañón se le antojó al asustado "Boots" la boca de un negro túnel.

El gangster no se movió un ápice al verse encañonado de tal forma. El único cambio que sufrió fue la palidez cadavérica que cubrió repentinamente su rostro, pues "Boots" Marcus, hombre del hampa, sabía que se encontraba en poder de La Sombra.

Era cosa sabida en los bajos fondos que semejante encuentro era presagio de muerte. "Boots" Marcus, que sólo había sostenido batallas de verdaderos lobos, con otros individuos de su calaña, se había creído hasta entonces al abrigo de las iras de La Sombra.

Pero también era sabido que los métodos de La Sombra eran misteriosos y que rara vez daba sus motivos cuando pegaba. De ahí que "Boots" Marcus, petrificado por el terror, sintiera la muerte acercársele.

Una risa suave brotó de los labios de La Sombra. Cualquier duda que "Boots" hubiese abrigado respecto a su identidad, quedó entonces desvanecida. Aquella risa tenía un eco extraño, que no parecía propio de esta tierra.

"Boots" había oído hablar de la risa de La Sombra. Ahora oía sus acentos pavorosos y se estremeció.

-¡Vuelve a donde estabas! -dijo la voz de La Sombra, baja pero distinta-. Siéntate cerca de la ventana. Tengo que preguntarte algunas cosas.

"Boots" Marcus obedeció maquinalmente. Por primera vez desde que vió a La Sombra, experimentó una sensación de alivio. Aquél susurro era espantoso; pero las palabras pronunciadas le ofrecían una probabilidad de parlamentar.

-No he hecho nada contra usted -empezó "Boots", con voz ahogada-. ¿Qué tiene que reprocharme? ¡Nunca he intentado algo contra La Sombra...!

Una repetición de la risa le hizo enmudecer. Su tono era sincero esta vez y dio a comprender a "Boots" que más valía callarse.

-¡Me has conocido!

La voz de La Sombra era monótona y extraña.

-Mejor -dijo; -eso nos permitirá acabar más deprisa.

La Sombra iba acercándose al gangster y la automática se encontraba ante los ojos de "Boots" Marcus. El endurecido bandido se encogió miedoso; la mano libre de La Sombra se alargó.

-Dame el sobre que tienes en el bolsillo -dijo.

"Boots" rebuscó nervioso y se lo alargó. La Sombra lo cogió y el sobre desapareció debajo de los pliegues del abrigo negro.

-¡Ahora, vengan esas postales! -añadió La Sombra-. Las que están con la que has recibido esta noche.

"Boots" respiró hondamente al comprender que La Sombra debió entrar inmediatamente después de la salida de "Pasty" y debió verle colocar la postal en el cajón con las demás.

Siempre temblando, "Boots" sacó las postales y las alargó a La Sombra.

Cogiéndolas con la mano izquierda, La Sombra la abrió en forma de abanico con un solo gesto diestro. Sin dejar de vigilar a "Boots" Marcus, levantó la mano, con el fin de poderlas mirar.

Notó en seguida que las señas eran idénticas en todas. Volviendo la mano, comprobó que todas las postales llevaban la fotografía de hoteles de distintas poblaciones.

Con una nueva risa, La Sombra deslizó las postales debajo de su abrigo. La automática siguió el mismo camino y con los brazos cruzados, La Sombra se enfrentó con "Boots" Marcus.

El jefe de los gangsters lanzó un suspiro de puro asombro. La Sombra se había guardado deliberadamente el arma. ¿Podía aquello interpretarse como un gesto amistoso? ¡Parecía increíble!

"Boots" llevaba un revólver en el bolsillo y comprendió que ahora le sería posible sacarlo, pero en el fondo de su cerebro embotado, el bandido se daba cuenta que nunca lograría hacerlo más deprisa que La Sombra. Su único alivio provenía del hecho que de momento, cuando menos, La Sombra le concedía una tregua.

-¿Quién es Craig Kimble? -preguntó La Sombra.

"Boots" Marcus vaciló y miró a su adversario un momento, antes de contestar.

-¡No sé!

La Sombra se echó a reír y su mano derecha se deslizó bajo la capa. "Boots" adivinó la amenaza de la automática y se chupó los labios nerviosamente.

-¡Conozco el juego, Marcus! -declaró La Sombra fríamente-. He entrado en la oficina antes de la llegada del correo y no es cosa difícil adivinar lo que esas postales significan. Te ofrezco una oportunidad de decir lo que sabes. Si no hablas...

Terminó la frase con una risa y su mano volvió a salir al aire, apretando el cañón de la pistola en la frente de "Boots".

-¡Ha... hablaré! -gimoteó el asustado gangster-. No le engañaré; pero si charlo, ¿se dará usted por satisfecho?

-No te haré sino una promesa -anunció La Sombra con su voz glacial y mesurada-. ¡Si no me dices cuento sabes, morirás! ¡Habla pues... a menos que prefieras morir...!

Marcus se encogió, tembloroso, y afirmó con la cabeza al sentir que se aflojaba la presión de la automática. La pistola desapareció y La Sombra volvió a cruzarse de brazos. Sin embargo, la amenaza flotaba en el ambiente.

"Boots" le miraba parpadeando y pasándose la lengua por los labios.

-¡A mí me da igual! -empezó diciendo-. No voy a reñir con usted. Si Charley me hubiese dicho que usted estaba de por medio, no me habría enredado con él. No creo que de ningún modo lo habría hecho, a no ser porque Charley me engañó...

"Boots" hizo una pausa como haciendo un último esfuerzo para callar lo que sabía; pero creyó ver un gesto repentino de la mano derecha de La Sombra y el terror se apoderó nuevamente de él. Si la pistola volvía a salir, podría significar que la paciencia de La Sombra había terminado.

-¡Déjeme tiempo! -suplicó "Boots"-. ¡No sé mucho, pero le diré lo que pueda! Charley tiene la culpa; yo no... ¡Charley Kistelle! Yo trabajaba con él antes de que tuviera que huir... hará unos dos años. No sé tampoco por qué tuvo que hacerlo.

-Charley Kistelle huyó... -declaró fríamente La Sombra-, porque me temía.

"Boots" asintió inconscientemente. Comprendía que al traicionar a Kistelle, tal vez salvara el pellejo. Era Kistelle a quien La Sombra buscaba.

-Le... le diré todo lo que sé de él -repitió "Boots"-. Creía que Charley... en fin, no sabía que Charley se había enemistado con La Sombra. Sé que usted es La Sombra... y me tiene en su poder... no puedo hacer nada. Si tuviera mis muchachos conmigo, intentaría luchar; pero no es probable que nadie venga aquí a ayudarme y por eso voy a hablar. Si los muchachos supieran lo que ocurre, vendrían en mi socorro; pero es inútil pensarlo...

"Boots" Marcus miraba a La Sombra a los ojos y se encogía ante su brillante mirada; pero en el fondo del corazón sentía una alegría inmensa.

Mientras hablaba había visto la puerta del cuarto abrirse lentamente, comprendiendo que "Pasty" había regresado. Sus últimas palabras habían sido un mensaje secreto al pequeño gangster. "Pasty", astuto y mañoso, le había comprendido. La puerta ya no se movía.

-¡Continua!

Esta sola palabra que salió de los labios de La Sombra equivalía a un discurso. Su tono daba a comprender que no toleraría más dilaciones y "Boots" Marcus se dio cuenta que sufriría sensibles consecuencias si abusaba de la paciencia de La Sombra.

-¡Ahí va! –dijo-, sabrá usted que...

Con los ojos semi cerrados, "Boots" empezó su relato de traidor. Estaba vendiendo al hombre a quien había llamado amigo suyo, a Charles Kistelle; pero "Boots" lo hacía adrede. Hacía algo más que intentar salvar el pellejo.

¡Estaba entreteniendo a La Sombra hasta la llegada de su cuadrilla¡

CAPÍTULO XII
REVOLVERES EN LA OSCURIDAD

-Creía que Charles Kistelle había muerto -explicó "Boots" Marcus a La Sombra-. Pero un buen día me llamó, hará pronto un año. Conozco su voz cuando la oigo. Me dijo que quería verme. Yo vivía aquí y le dije que viniera a visitarme. Cuándo llegó, llamó a la puerta y dijo "¡Hola!" Nuevamente conocí su voz, ¿comprende? Pero cuando entró, no era Charley Kistelle o por lo menos no me pareció que lo era. Antes de que se fuera, había visto a Charley y era un guapo muchacho; pero el individuo que volvía no era el Charley que yo había tratado antes. Tenía una cara rara y reía como un mono. Cuando le pregunté lo que le había sucedido, continuó riéndose y dijo que se había puesto así para que nadie le conociera. También dijo que iba a ajustar cuentas con unos sujetos que no eran de su agrado. Quería que yo le ayudara y entonces me habló de la oficina y me dio una llave. Lo único que tenía que hacer era ir allí y recoger el correo.

"Boots" Marcus se detuvo para mirar fijamente a La Sombra. El jefe de los gangsters hacía cuanto estaba en su poder, para convencer a su interlocutor de que le decía la pura verdad.

-Charley no me dijo que usted le seguía el rastro -prosiguió "Boots"-. Tan sólo me pidió que le ayudara enviándole las cartas que llegaban. Me dijo de emplear el nombre de Craig Kimble, que se parecía bastante al suyo para que lo recordara fácilmente sin correr el riesgo de que le conocieran. No escribe nunca nada... únicamente envía postales que representan el hotel donde se hospeda de momento. Usted ha visto la última. No hay nada más...

-Excepto las cartas -declaró La Sombra.

-Sí -dijo rápidamente el gangster-. Había algunas cartas como la que ha llegado aquí. Nunca las he abierto. Las ponía en sobres nuevos y las enviaba a Charley. No sé por qué las querría.

-¿Cuántas cartas has vuelto a mandar a Kistelle? -inquirió La Sombra.

-Una cuantas -empezó "Boots", añadiendo, al ver la mirada brillante de La Sombra-. Déjeme pensar. Hubo una, dos, tres; ésta era la cuarta desde que Charley se fue. Verá usted, estuvo bastante tiempo por aquí. Hará unas tres semanas que se fue por última vez. Antes de eso, se iba de cuando en cuando y me enviaba postales. No hubo cartas antes de que éstas empezaran a llegar.

-¿De dónde procedían las cartas?

"Boots" no pareció tener ganas de contestar a la pregunta. El gangster notaba la dominación que se ejercía sobre él y estuvo a punto de declarar que no recordaba nada más respecto a las cartas; sin embargo, cambió pronto de idea.

-Me parece que una de ellas venía de algún sitio de Illinois -dijo pensativamente-. Luego, hubo una de una población de Maryland. Estas últimas dos, la que usted ha tomado y la que he enviado a Charley Kistelle, venían de algún lugarejo de Georgia. Ni siquiera iba yo a la oficina... -Ahora que había hablado, "Boots" intentaba justificarse... -porque me escondía aquí. Enviaba otro sujeto en busca del correo. A mí no me interesaba...

La Sombra miraba fríamente al jefe de los gangsters. Sabía que "Boots" Marcus era uno de los bandidos más cobardes del mundo del hampa.

Comprendiendo vagamente lo que pasaba por la mente de La Sombra, el gangster se echó para atrás en su silla. Evitando la mirada directa de La sombra, miró la puerta. A menos de que sus muchachos tuvieran un miedo excesivo a La Sombra, no tardarían en llegar. Preparados para un ataque por sorpresa, esperarían una señal por parte de su jefe. El momento había llegado de darla.

"Boots" sabía que su vida se encontraba en manos de La Sombra, comprendiendo que de ahora en adelante, ya no le serviría de nada. En realidad, habiendo traicionado a Charley Kistelle, "Boots" Marcus estaría mejor muerto que vivo en lo que a La Sombra se refería.

Viviendo, "Boots" podría traicionar a su vez a La Sombra, comunicando con Charley Kistelle. Muerto, no podría hacer nada para desbaratar los planes de La Sombra.

No había tiempo que perder. "Boots" debía dar la señal a su cuadrilla o, mejor aún, fiarse de la seguridad que sus hombres se encontraban fuera, dispuestos a ayudarle. Con gran astucia, el gangster intentó dar la señal, sin que La Sombra se diera cuenta.

-Le he dicho todo lo que sabía –gimoteó-. No le he callado nada. Usted me ha cogido sin mis muchachos. Si ellos estuvieran aquí, me ayudarían. Quisiera que vinieran, ahora mismo...

La puerta se abrió lentamente. "Boots" Marcus se dio cuenta al mirarla por encima del hombro de La Sombra. Este estaba mirando al gangster a los ojos.

Se echó a reír sardónicamente.

En su ansiedad, "Boots" Marcus se había traicionado. El hombre vestido de negro se volvió bruscamente hacía la puerta en el acto de abrirse éste. Un hombre, al lanzar una mirada adentro, había visto la espalda de La Sombra y hecho seña a los demás de acercarse.

El ataque llegó un segundo más tarde. Las manos de La Sombra surgieron mientras se volvía. Sus pistolas automáticas brillaron, una en cada mano y dos tiros simultáneos sonaron.

Dos gangsters cayeron de bruces y sus revólveres hicieron un ruido metálico al dar en el suelo. La Sombra hacía frente al ataque por sorpresa.

Volviéndose, La Sombra se enfrentó con "Boots" Marcus. Levantándose de su silla, el jefe de los pistoleros había sacado su revólver. La Sombra fue más rápido que él y su automática habló nuevamente.

Al igual que sus compinches, "Boots" Marcus era demasiado lento para luchar eficazmente con semejante tirador.

La victoria de La Sombra había sido rápida; pero la lucha no hacía más que empezar. De los labios escondidos tras el ala del sombrero negro, brotó una risa provocadora. Era la risa de La Sombra que retaba a las fuerzas del mundo del hampa.

Con un gesto rápido, La Sombra apagó la luz. Un segundo después, se encontraba en el pasillo donde sus automáticas volvieron a ladrar, trazando surcos de plomo por las paredes. La luz de los disparos reveló las siluetas de gangsters emboscados en aquel lugar. Algunos cayeron bajo las balas; otros se echaron al suelo para escapar a aquel fuego mortífero.

A favor de la oscuridad, La Sombra volvió a entrar en el curto. Llegó a la ventana y la abrió rápidamente. Debajo se extendía un patio oscuro donde unos hombres esperaban,

dispuestos a cortarle la retirada. Unos gritos salieron del pasillo y del pie de la escalera, dando a entender que otros individuos cerraban la salida normal de aquel lugar.

La Sombra no vacilaba nunca. Su alta silueta era totalmente invisible, mientras estaba de pie ante el marco de la ventana abierta. Salió de ésta, apretándose contra la pared del edificio; luego, cogiéndose como un enorme murciélago del antepecho de la ventana, La Sombra se deslizó al exterior.

Una lámpara de bolsillo brilló abajo y su haz de luz reveló la forma vestida de negro. Unos gritos salvajes se elevaron; luego se oyeron tiros. La forma negra cayó al patio...

Una vez más, La Sombra había obrado a tiempo, sin que le sobrara un segundo. Era la luz y no los tiros lo que le había hecho saltar al estrecho patio.

Las balas llegaron cuando ya se había soltado y se aplastaron contra la pared de ladrillos. Ni una sola fue disparada a tiempo para alojarse en el cuerpo de La Sombra.

La luz de la lámpara eléctrica bajó rápidamente, pero antes de que alcanzara el sitio donde La Sombra se había dejado caer, una pistola automática habló en la noche. El hombre que llevaba la lámpara se tambaleó. Otro tiro dobló al pistolero que estaba a su lado. Rápidamente, los demás se apartaron. La Sombra continuaba trabajando activamente.

De pronto, una luz brilló encima de ellos. Uno de los gangsters había penetrado en el cuarto del que La Sombra se había evadido. Asomándose a la ventana, alumbró el patio con su lámpara eléctrica, con la esperanza de revelar la posición de La Sombra a sus amigos; pero en vez de eso, se reveló a sí mismo.

Un tiro sonó cerca de la entrada del patio. Moviéndose con rapidez, La Sombra había ido al encuentro de sus enemigos y contestó al reto de la luz. La prueba de su puntería quedó establecida, cuando el hombre de la lámpara cayó por la ventana al patio. La lámpara se rompió al dar en las baldosas.

A esto siguió una lucha desesperada en la entrada del patio. Los pistoleros se habían agrupado allí y se echaron adelante para evitar la fuga del hombre a quien no veían. Si La Sombra hubiese disparado sobre alguno de ellos, habría revelado su posición. En vez de eso, trabajó en silencio. Invisibles en la oscuridad reinante, dos brazos poderosos se levantaron y cayeron.

Manos invisibles empuñaron pesadas automáticas con fuerza titánica.

Cogidos en lugar estrecho, los asombrados gangsters cayeron ante la furia de La Sombra. En el callejón mal alumbrado que se extendía más allá del patio, una silueta alta y negra se libró fácilmente de las inútiles tentativas hechas para detenerla.

Entonces fue cuando La Sombra se volvió hacia un objeto inesperado... la puerta de entrada de la casa donde se había desarrollado la lucha. Allí estaban estacionados media docena de gangsters que al principio habían subido la escalera, pero en aquel momento volvían a bajar.

De haber huido La Sombra, le habrían perseguido de cerca. Este no era el sistema de La Sombra. Conquistaba el peligro yendo a su encuentro.

Al llegar a la puerta este grupo de bandidos, La Sombra les hizo frente y sus automáticas empezaron a vomitar todo el plomo que todavía contenían. Los hombres cayeron uno tras otro; El último dio un salto formidable y se desplomó retorciéndose, a los pies de La Sombra.

Una risa prolongada y burlona resonó en la oscuridad, antojándoseles la voz del destino de los moribundos gangsters. Ni un solo tiro le contestó. Sola, La Sombra, había hecho callar a las pistolas de los secuaces de "Boots" Marcus.

La alta silueta negra volvió a aparecer en el callejón. Las manos de La Sombra metieron las automáticas descargadas debajo del abrigo negro y salieron armadas con dos más.

-¡La Sombra!

El grito venía de cerca, unas treinta yardas apenas. El hombre que lo profirió era el único miembro de la cuadrilla de Marcus que había escapado. "Pasty", el gangster que había traído a la banda diezmada, había huido durante la batalla, yendo en busca de nueva ayuda. Logró reunir media docena de bribones.

Para ellos, la noticia de que la banda de Marcus estaba apurada, no les sirvió de acicate para ir en su socorro, pero al saber que La Sombra andaba por ahí, era suficiente para poner en marcha a todos los asesinos del mundo del hampa.

Aquel nuevo grupo se acercaba por el callejón. Corrían todos, con "Pasty" a su cabeza. Al gritar el pequeño gangster, se echó a un lado en busca de un escondrijo. Sus ojos perspicaces habían visto a la figura negra de La Sombra debajo del farol.

Un tiro prematuro anunció la apertura de las hostilidades. Fue el único que precedió a la contestación de La Sombra... y falló.

Las automáticas de La Sombra rugieron su respuesta y los gangsters retrocedieron. Uno de ellos cayó al disparar un tiro inútil. Otro le imitó, dando patadas espasmódicas al pavimento de la calle. Los demás se esparcieron en una loca retirada.

"Pasty", acurrucado al pie de la pared, tenía un revólver en la mano que temblaba de nerviosismo. Apuntaba a La Sombra, esperando la oportunidad de disparar acertadamente. Luego, al ver a los demás ponerse al abrigo, el pequeño gangster perdió la serenidad. Disparó locamente; una, dos veces, con mano temblorosa. Apretó el gatillo una tercera vez; pero el tiro que se oyó no salió de su arma.

La Sombra le contestaba y su automática fue la que disparó al tiro final de aquella lucha. Una bala se alojó en el cuerpo de "Pasty", el cobarde gangster que intentó vencer a La Sombra. El último miembro de la cuadrilla de Marcus había caído.

Un silencio completo siguió a este último tiro. La silueta vestida de negro se alejó del haz de luz del farol. Una risa prolongada y triunfante despertó los ecos de la estrecha callejuela.

La Sombra desaparecía en la noche. Había borrado de la tierra a una de las peores cuadrillas de lobos humanos de Manhattan. La justicia había ganado la partida y sin embargo esta proeza no era sino el primer paso que La Sombra daba hacia el fin que se proponía.

Buscaba de reducir a unos criminales más perversos aún, de desbaratar los planes de hombres que trabajaban siguiendo métodos maestros. Aquella noche, La Sombra había hecho nuevos progresos, enterándose de la identidad del hombre que planeó crímenes perfectos.

"Boots" Marcus, el aliado del super-criminal había muerto, así como "Pasty", su subordinado que tal vez estaría enterado de sus relaciones con Kistelle.

¡Nadie se interpondría ahora en el camino de La Sombra!

CAPÍTULO XIII
LA INVESTIGACIÓN

La luz brillaba en el santuario de La Sombra, una débil luz azulada cuyo reflejo terminaba bruscamente al llegar a las paredes negras. El suelo también era negro y La Sombra, de pie en medio de aquella extraña habitación, parecía una prolongación de la oscuridad circundante.

Hacía menos de una hora que el hombre de la noche, había peleado con temibles ciudadanos del bajo mundo. Cual un fantasma, desapareció en las tinieblas, para seguir un camino desconocido. Ahora, en aquel lugar cuya existencia era el único en conocer, La Sombra se dedicaba a la tarea que se le presentaba.

Caminó por la estancia y con un gesto apartó unas cortinas negras, dejando al descubierto una hilera de gruesos volúmenes colocados en un estante empotrado en la pared.

Eran los archivos de La Sombra, los informes completos y detallados que relataban los menores acontecimientos de la eterna guerra de La Sombra contra el crimen, desde las meras escaramuzas a la batalla campal.

El hombre vestido de negro se inclinó para consultar uno de los pesados librotes. Se quitó el sombrero de ancha ala y su rostro quedó visible. En la paz de su santuario, nadie podría ver las facciones siempre ocultas de La Sombra.

Terminado su estudio, volvió a colocar el libro y apartó otra cortina, descubriendo un mueble de uno de cuyos cajones, sacó una carpeta que llevó a la mesa encima de la cual colgaba la luz que le servía para trabajar.

Apagó la del centro de la habitación que quedó en las tinieblas, exceptuando el rincón de la mesa donde colocó la carpeta. Una vez abierta ésta, La Sombra tuvo ante los ojos los hechos que se referían a la carrera del aventurero Charles Kistelle.

Entre los bandidos cuyos planes quedaron desbaratados por La Sombra, Charles Kistelle era algo único en su género. Su esfera de acción fue limitada y únicamente a causa de sus relaciones con otros criminales llegó a interponerse en el camino de La Sombra. Era un hombre que prefirió quedar en la sombra hasta que unas buenas oportunidades se le presentasen.

Cuando La Sombra encontró y destruyó a los asociados de Kistelle, aquel criminal emboscado vió la escritura fatídica en la pared y aunque por pura casualidad, pudo salvarse.

Figura de menor importancia de una empresa gigantesca que fracasó, Kistelle aprovechó la ocasión para huir, dejando el campo libre a La Sombra.

Otros habían hecho lo propio antes; pero invariablemente cometieron la equivocación de creer que La Sombra les olvidaría. Kistelle era demasiado listo para eso.

No se limitó a permanecer alejado de sus antiguos compinches, sino que evitó volver a Nueva York.

Haciendo un esfuerzo para desaparecer completamente, se alistó en el ejército de los Estados Unidos bajo un falso nombre.

Sin embargo, la mano de La Sombra que llegaba a todas partes, reunió informes que le pusieron al corriente de los actos de Kistelle. La información llegó tarde y el informe relataba que Charles Kistelle, alias Charles Kitchener, había desertado con otros hombres cuando se encontraba alojado cerca de la frontera mejicana.

Había una fotografía en la mesa de La Sombra. Era de Charles Kistelle y no se parecía en nada a los tres hombres que tenían las mismas facciones, es decir: Earl Northrup, Harold Thurber y Tomás Rodan.

De acuerdo con lo que "Boots" Marcus dijo, Charles Kistelle regresó a Nueva York completamente cambiado.

Puesto que Kistelle había cambiado, puesto que había adoptado el nuevo nombre de Craig Kimble, se podía deducir que los otros tres hombres eran, ellos también, hombres nuevos.

La risa de La Sombra puso de relieve que este hecho le intrigaba. De todas las locas orgías de crimen que encontró en el pasado, ninguna alcanzó el grado de fantasía de la presente.

¡Cuatro hombres absolutamente idénticos, cada uno de ellos con una fisonomía extraña pero muy marcada, que le hacía conspicuo a los que le conocían! La situación parecía increíble; pero La Sombra tan sólo le hizo pensar en otra posibilidad.

Dos, tres, cuatro hombres que poseían las mismas características faciales no excluían la posibilidad de que hubiera más. ¿Por qué no cinco o seis? ¿Por qué no una docena? Hasta obtener una respuesta a aquel enigma, La Sombra debía tenerlo por muy posible.

La mano de La Sombra empezó a escribir. Unas palabras breves surgieron en el papel y a medida que se borraban, otras las reemplazaban. Paso a paso, La Sombra desarrollaba el crimen que Charles Kistelle había ideado.

Kistelle era el verdadero culpable, pero contaba con la ayuda extraordinaria de hombres que se le parecían. En Tilson, en Barmouth, en Daltona... cometieron crímenes, protegidos por coartadas perfectas. Northrup, Thurber y Rodan eran meros instrumentos en manos del atrevido bandido.

En la actualidad, La Sombra conocía la identidad de Kistelle y sabía dónde encontrarle. Estaba en Nueva Orleáns, esperando un aviso de algún lugar desconocido y que la hora sonara de realizar un nuevo crimen.

"Boots" Marcus dijo que tres cartas habían llegado para Charles Kistelle a la oficina postiza. La Sombra comprendía la importancia de esas cartas. Cada una de ellas fue una llamada al jefe, diciéndole que todo estaba preparado para cometer un crimen perfecto.

¿Y la cuarta carta?

Salió de debajo del abrigo de La Sombra, bajo su sobre original, el mensaje que Rodan había preparado. Esta vez no se trataba de una llamada, sino de un aviso. De haber llegado a poder de Kistelle, le habría indicado la necesidad de andar ojo avizor.

Aquel mensaje no llegaría a su destino. En Daltona, los temores de Rodan se habrían probablemente desvanecido. Era factible que el hombre se reconviniera en la actualidad por haberse figurado que Lamont Cranston era una amenaza y no mandaría ningún otro aviso a Kistelle.

En Nueva Orleáns, Kistelle esperaba tranquilamente. Tal vez se trasladase a otra ciudad; pero de hacerlo se sabría y una postal ilustrada mandada a la oficina vacía de la Eastern Specialty revelaría hábilmente su itinerario.

Allí también iría a parar la carta anunciando el próximo crimen.

"Boots" Marcus había muerto. "Pasty" también... Todas las comunicaciones permanecerían sin destinatarios, a menos que...

La risa de La Sombra sonó suavemente en el santuario. ¡No... las cartas de Kistelle no carecerían de destinatario..., irían a parar a manos de La Sombra!

La mano de La Sombra escribió el nombre de una ciudad en una hoja de papel.

Nueva Orleáns.

La brillante tinta hablaba por sí sola, revelando el pensamiento de La Sombra.

Había un sistema sencillo de acabar con Charles Kistelle. Aquella noche, La Sombra iría en busca del bandido y el encuentro acabaría con la carrera de Kistelle; pero al borrarse el nombre de la ciudad, la mano de La Sombra escribió otra palabra:-No.

Este comentario negativo tenía él también un significado importante. Fue seguido de una lista de tres nombres:

Carl Walton.

Sherman Brooks.

Perry Davenport.

Aquellos hombres estaban en la cárcel acusados de crímenes que no habían cometido. Si La Sombra, en su papel de vengador, eliminaba a Kistelle, ¿qué ocurriría? Podría resultar beneficioso para el futuro, pero correría el grave peligro de borrar todas las huellas del pasado.

Tres hombres inocentes se encontraban indefensos y a menos que La Sombra les limpiara de toda sospecha, pagarían el precio de los crímenes cometidos por el super criminal y sus secuaces.

La risa de La Sombra era grave. Sabía que de momento no debía ocuparse de Kistelle. ¡Ya le alcanzaría cuando le necesitara!

¿Cuándo sería esto?

La mano reveló la respuesta:-El próximo crimen.

¡Ahí estaba la solución! Si Kistelle esperaba una nueva llamada, su llegada sería la oportunidad esperada por La Sombra. Entonces, y, dando su golpe desde la sombra, cogería a Kistelle y a uno de sus cómplices con las manos en la masa.

Pero al borrarse las palabras, La Sombra escribió un gran interrogante.

¿Cuándo tendría lugar el próximo crimen? ¿Qué prueba tenía de que existían más de cuatro hombres que se parecieran de tan asombrosa manera?

No había más que una contestación a esto. Para luchar con éxito, La Sombra tenía que saberlo todo. Si supiese la causa del extraño parecido de los bandidos, podría dar sus golpes con mayor seguridad.

Era preciso bucear en el pasado. Hasta la fecha había trabajado basándose en una teoría; ahora necesitaba hechos. ¿Dónde encontrarlos?

Las manos de La Sombra sostenían el informe de Kistelle. A un lado yacía la fotografía del hombre tal como era en otro tiempo. Durante el tiempo que duró su desaparición, la fisonomía de aquel hombre cambió. ¿Dónde había estado? ¿Dónde estuvo cuando ocurrió este cambio?

La Sombra se echó a reír. Ya lo sabía. Kistelle huyó a Méjico.

Era indudable que allí se le reunieron otros hombres. ¿Adónde fueron? ¿Qué les había ocurrido?

La Sombra abrió el sobre que Rodan dirigió a Nueva York; un papel doblado cayó del mismo. La Sombra lo abrió y estudió el jeroglífico.

Un círculo, con una cruz en el centro. Encima y debajo, medias lunas que tenían la punta vuelta hacia abajo... inscripción primitiva inventada por alguna raza antigua.

Las manos blancas de La Sombra volvieron el papel en distintas direcciones.

¿Dónde estaba la parte alta de la hoja? ¿Las medias lunas estaban vueltas hacia arriba o abajo?

La Sombra lo sabía porque había visto a Rodan escribir el símbolo y, al examinar de cerca la hoja, vió la marca.

La línea vertical de la cruz interior no llegaba hasta el círculo en la parte inferior. Este pequeño detalle era lo único que el símbolo necesitaba para indicar su significado.

La Sombra lo copió en una hoja de papel blanco. Luego, volvió el papel y repitió el dibujo, dejando incompleta en ambos la línea vertical de la cruz.

Tenía ahora dos símbolos uno de ellos con las medias lunas vueltas abajo y las otras hacia arriba.

La lógica era evidente. Puesto que Rodan había hecho el dibujo con cuidado de modo de enseñar que las medias lunas iban dirigidas hacia abajo, debía haber un sentido distinto cuando señalaban arriba. La Sombra se puso a reír y debajo del dibujo de Rodan, en la parte izquierda, escribió:

Quédate ahí.

Debajo de su propio dibujo, escribió:

Ven aquí.

No cabía duda que se trataba de jeroglíficos primitivos, de una escritura sencilla, en la cual el mismo signo podía interpretarse de dos maneras distintas, según su forma.

Los dos símbolos decían su historia silenciosa al brillar en el papel, con la traducción de La Sombra debajo:

Quédate ahí. Ven aquí.

Los dibujos empezaron a desvanecerse, desapareciendo el de la izquierda antes que el de la derecha.

Nuevamente se rió La Sombra. Sabía lo que tenía que esperar, si no se equivocaba en sus conjeturas. Un símbolo que significaba "Ven aquí" llegaría a poder de Charles Kistelle y llevaría al bandido a un nuevo escenario.

Kistelle recibiría el mensaje, pero no antes de que hubiera pasado por las manos de La Sombra. Al contestar a la llamada, Kistelle se encontraría con La Sombra, que le estaría esperando.

Esta táctica de espera ofrecía verdaderas ventajas, pero ¿y entre tanto? ¿Qué haría La Sombra? No acostumbraba a cruzarse de brazos. Las manos de La Sombra, jugueteaban con el papel que llevaba el misterioso mensaje de Tom Rodan...

Kistelle y sus hombres diabólicos no habían inventado su código. Era evidente que lo habían aprendido de otros hombres, a los que habían conocido. ¿Dónde? ¿En Méjico?

La Sombra se echó a reír. Sus manos desaparecieron y cuando volvieron a ser visibles llevaban un cuaderno de hojas cosidas muy flojamente, que dejaron encima de la mesa.

Aquellas hojas estaban cubiertas de fotografías y signos simbólicos de los aztecas, aquellos indios de Méjico que habían alcanzado cierto grado de civilización antes de la conquista española.

Allí, en poder de La sombra, se encontraba una detallada información respecto a los aztecas. Aquellos datos eran familiares a La Sombra, que los había leído y estudiado, pero al volver a hojearlos, no encontró símbolos como el que Rodan envió a Kistelle.

En el dorso de la última página, el dedo de La Sombra se posó sobre un párrafo que se refería a las tribus perdidas de origen azteca. Mencionaba el hecho de que algunas de ellas habían escapado a la conquista de los españoles, gracias al aislamiento en que vivían. Otros párrafos intentaban clasificar a esas tribus ocultas. Cada una de ellas tenía la reputación de poseer grandes riquezas... tesoros guardados en el transcurso de los siglos.

Cada párrafo hablaba de una tribu distinta, dando detalles sobre sus costumbres.

¡"Zeltapec"!

La palabra resaltó ante los ojos de La Sombra. Era el nombre de un lugar situado en las montañas del norte de Méjico. Algunos indios de las cercanías habían hablado de Zeltapec, sin que ninguno pudiera dar una idea exacta de su emplazamiento.

Únicamente sabían que estaba oculta en un valle inexplorado, entre altas cordilleras. Hasta la fecha los exploradores no habían logrado penetrar en aquella región.

El dedo de La Sombra se posó sobre otro párrafo que, hablando de las costumbres atribuidas a la tribu que vivía en Zeltapec, declaraba que eran adoradores de la luna.

¡Las medias lunas!

La Sombra se rió al guardar los papeles y reemplazarlos sobre la mesa por un mapa del norte de Méjico.

Durante largos instantes, los ojos de La Sombra estudiaron el mapa, mientras sus dedos marcaban algunos lugares de una región montañosa. Gradualmente, los dedos redujeron el círculo abarcado y, escogiendo la región más desierta, descansaron sobre este punto.

Una mano se alargó y cogió un teléfono. Una lucecilla brilló indicando que la comunicación telefónica quedaba establecida con alguien.

-¡Burbank al habla!

La voz tranquila que llegaba por el hilo era la de Burbank, un agente de La Sombra. Pasivo y eficiente, siempre estaba pronto a contestar a la menor llamada de La Sombra. Cuando ésta formaba planes y cuando sus campañas se encontraban en su punto culminante, Burbank estaba siempre disponible.

La voz de La Sombra susurró sus órdenes. Estas se referían a Harry Vincent.

Tanto Harry como Clyde Burke habían regresado a Nueva York y esperaban que se les diese trabajo.

La Sombra explicó claramente que Harry debería visitar la oficina postiza e interceptar el correo que fuese a parar a la misma.

La conversación tuvo fin y la lucecita dejó de brillar. Debajo de la luz azulada, las manos de La Sombra doblaron el mapa del norte de Méjico y tomaron un pedazo de papel. La mano izquierda lo sostuvo, mientras la derecha escribía esta sola palabra:-Zeltapec.

La letra fue desapareciendo y la luz se apagó. Una risa prolongada y fantástica estalló en la obscuridad. Sus ecos moribundos se repitieron de un modo convulsivo, como si una horda de vampiros se uniesen a ella con espeluznante burla.

Luego, el silencio reinó. La Sombra se había ido con sus planes hechos.

Charles Kistelle podía esperar, tranquilo e ignorante hasta que la próxima llamada llegara a Nueva York. Entre tanto, La Sombra se dedicaría a otra actividad que bien pudiera resultar la solución al problema con el que se enfrentaba.

La última palabra escrita por la mano misteriosa tenía un importante significado y hablaba del pensamiento que llenaba la mente de La Sombra.

Era preciso que encontrase un lugar determinado. Rápidamente, sin dilación, La Sombra se había puesto en camino y aquella misma noche un aeroplano rápido se encaminó al sur a una velocidad superior a doscientas millas por hora.

La Sombra se dirigía a un aeródromo del Estado de Texas. Allí, esperándole, se encontraba un aeroplano de tipo especial, reservado por cable por un millonario neoyorquino llamado Lamont Cranston.

¡Texas no era su lugar de destino final su verdadero objetivo se encontraba más lejos, pues La Sombra buscaba a la ciudad oculta de Zeltapec!

CAPÍTULO XIV
EL MENSAJERO DE LA LUNA

La luna en su fase cuarto creciente, subía en el espacio encima de la alta cumbre de una montaña. El cielo era todavía claro, con el resplandor del sol poniente; pero en el apartado valle de Zeltapec la obscuridad prematura anunciaba la llegada de la noche.

Extraño sobreviviente de días pasados, el pueblo de Zeltapec ostentaba vestigios sin mancha de la civilización azteca. Unos edificios de adobe se levantaban a ambos lados del valle y unos indios de rostros bronceados y austeros estaban agrupados delante de sus hogares.

Los aztecas fueron en otros tiempos guerreros feroces, pero los sobrevivientes de su raza eran de carácter más pacífico. Sus rostros revelaban todavía la severidad de la raza azteca; pero en su porte, los nativos de Zeltapec se mostraban quietos y de modales suaves. Protegidos por las altas montañas que les rodeaban, se habían alejado gradualmente de las costumbres guerreras.

Las notas sordas y monótonas de los "toms-toms" resonaban de un modo fantástico en la obscuridad. Era la llamada que los indios estaban esperando y, lentamente, los pequeños grupos se encaminaron al centro de su valle. Allí, en un claro ancho y plano, se encontraban los jefes de su tribu.

El espacio destinado a los misteriosos ritos de sus creencias, era una ancha mesa de roca que medía cincuenta pies de largo por otros tantos de ancho.

Los jefes estaban reunidos en la orilla de la piedra y en el centro había un círculo pintado de blanco, de unos treinta pies de diámetro. Este círculo contenía dos rayas en forma de cruz y fuera de su esfera se encontraban cuatro dibujos en forma de medias lunas.

Aquel lugar era sagrado para los aztecas de Zeltapec y hollarlo con el pie significaba exponerse a un castigo inmediato.

Los jefes, vestidos con lujosas túnicas, eran los únicos que se atrevían a subir a la mesa de roca, pero aun ellos lo hacían con reverencia y cautela, evitando cuidadosamente todo contacto con el círculo o las medias lunas.

Permanecían por regla general en la orilla de la piedra.

Al reunirse el pueblo en torno a la roca, los jefes, que al propio tiempo eran los sacerdotes de la tribu, procedieron a tomar posición, uno en cada ángulo de la piedra sagrada. Los cuatro hombres, altos, imponentes, se cruzaron de brazos, mirando fijamente la media luna dibujada ante ellos.

La ceremonia más impresionante de Zeltapec había empezado. Era la bienvenida a la luna nueva. El ruido de los "toms-toms" se confundió con las voces del pueblo y ambos sonidos subieron en el aire...

El pueblo de Zeltapec era adorador de la luna, no sin motivo. Para ellos, las distintas posiciones del sol no eran aparentes; pero la luna al subir muy por encima del valle, representaba a sus ojos el mundo que existía más allá..., era el carro en el que un dios viajaba para mirar con complacencia a su pueblo escogido.

La apariencia de la luna nueva era, pues, de suma importancia para los nativos de Zeltapec; era el signo de que el dios de la luna había vuelto.

Con fervor salvaje, los hombres que tocaban los "toms-toms" tradujeron su grito de bienvenida y el pueblo se les unió en un sonoro canto. Los cuatro jefes, siempre silenciosos, levantaron la cabeza y miraron al cielo.

Algún día -según la leyenda- el poder que controlaba al carro luminoso enviaría un mensajero al pueblo de Zeltapec. Durante siglos enteros, los indios habían persistido en esta creencia.

La historia decía que el mensajero vino en cierta ocasión y volvió a marchar.

Desde entonces, el pueblo esperaba su regreso, dispuesto a recibirlo con todos los honores.

Los cuatro jefes empezaron a cantar a su vez. Sus voces poderosas se elevaron encima de los gritos del pueblo y los "toms-toms" callaron. Los indios permanecieron quietos y únicamente los cuatro sacerdotes cantaron el himno de bienvenida a la luna, que brillaba en el cielo.

Los indios miraban a sus jefes y únicamente ellos tenían la vista vuelta hacia el cielo. De pronto, el pueblo se sobresaltó. Simultáneamente, los cuatro jefes callaron y miraron, mudos de asombro, por encima de la cumbre de la montaña.

Nunca antes interrumpieron la ceremonia en aquel momento.

Instintivamente, los indios levantaron la cabeza y miraron en la misma dirección que sus jefes. Un nuevo sonido se manifestó en el silencio del valle y este sonido provenía del cielo.

Un objeto surgía en el aire, encima de la cumbre de la montaña, cantando rítmicamente al acercarse. Los ojos asombrados de los asistentes, vieron una especie de rueda dar vueltas veloces encima del mismo.

Aquel objeto semejaba un molino de viento, colocado horizontalmente. Para aquellos indios, que todo lo ignoraban del mundo exterior, su aparición era increíble.

El extraño objeto permanecía constantemente a la vista, como si no se moviera en el aire. De pronto, unos gritos de exclamación surgieron de la multitud. Aquella criatura del aire descendía hacia el valle de Zeltapec...

¡Era la respuesta a los ritos de siglos y siglos!... ¡Era el mensajero de la luna!

El valle de Zeltapec no ofrecía ningún buen campo de aterrizaje, aun para el más hábil de los pilotos de un aeroplano de tipo ordinario; pero lo que los indios habían tomado en un

principio por un enorme pájaro, era un autogiro y el piloto, viendo la enorme roca con la esfera central pintada de blanco, la juzgó un sitio ideal para aterrizar.

Unos murmullos de ansiosa admiración brotaron de la muchedumbre cuando el autogiro, al descender, se hizo más visible. Girando su enorme hélice a velocidad vertiginosa, la nave aérea disminuyó la velocidad de su descenso, pero continuó éste en línea recta.

Su objetivo se echaba de ver. El autogiro iba a posarse en el mismísimo centro de la mesa rocosa sagrada.

El motor zumbaba con fuerza y su ruido desconocido aterrorizó a los aztecas. Largo tiempo esperaron aquella extraña visita, pero de pronto la temieron, presagiando posibles iras. Al posarse el autogiro en el círculo sagrado, los mismos jefes temblaron.

El aterrizaje fue perfecto; las ruedas del autogiro apenas giraron sobre la roca y el ruido del motor cesó bruscamente. El pueblo miró a sus cuatro jefes.

Aquellos hombres imponentes habían caído de bruces: aun ellos tenían la presencia del mensajero de la luna.

Una figura surgió del asiento del piloto y unos ojos de mirada penetrante contemplaron la multitud de indios atemorizados, viendo también a los cuatro jefes prosternados.

Entonces, de aquella figura brotó una risa larga y fantástica. Sus terribles ecos llegaron de las silenciosas laderas de las montañas. La figura salió del autogiro y se vió entonces que era la de un ser alto, vestido de negro y de rostro ensombrecido por el ala de un sombrero del mismo color.

La Sombra había descubierto al valle de Zeltapec. Intrépidamente, había volado en autogiro desde Texas, pasando por encima de las altas montañas del norte de Méjico. Acababa de descubrir el lugar ansiado y sin temor a lo que pudiese ocurrirle en tierra. La Sombra había bajado.

Sus manos enguantadas de negro se posaban, bajo los pliegues de su abrigo, sobre un par de automáticas. De pronto, salieron vacías. La Sombra comprendía el terror que su llegada había creado. Distinguió en la obscuridad las siluetas de los jefes y comprendió que era a esos hombres a quienes la multitud obedecería.

Alargando los brazos, La Sombra los dobló hacía su pecho. El sacerdote, que se encontraba más cerca de él, vió el gesto, se levantó y miró. Los otros siguieron su ejemplo y vieron cómo La Sombra, dando vueltas en el interior del círculo pintado, repetía el mismo ademán.

Los jefes dieron unos pasos adelante y se detuvieron en la orilla de la esfera, en el interior de la cual poner el pie era incurrir en una muerte segura. Sin embargo, La Sombra continuaba llamándoles... Uno de los indios se le acercó y los demás le imitaron.

Un murmullo de temor brotó de la muchedumbre. Sus jefes habían sido llamados al espacio que pertenecía al dios de la luna.

Con las cabezas bajas y los brazos en cruz, los jefes permanecían de pie ante La Sombra. Sus ojos perspicaces le miraban y La Sombra se echó a reír suavemente, abriendo los brazos y volviendo a cerrarlos.

Uno de los jefes le comprendió. Este era el mensajero de la luna. Había llegado y esperaba la bienvenida que merecía. El jefe se volvió y lanzó un grito ronco. Hubo un murmullo, confuso entre el pueblo y cuatro hombres de buena estatura se acercaron, llevando una rudimentaria silla de mano.

Se detuvieron miedosos al acercarse a la mesa rocosa.

La Sombra comprendió su intención y se encaminó a ellos, seguido de los cuatro jefes. Los hombres que llevaban la silla de manos temblaron al subir La Sombra al artefacto.

Cruzado de brazos, La Sombra se sentó en el asiento de hierbas tejidas, atado a dos largos palos. Los portadores esperaron a los jefes que se colocaron delante y detrás de la silla.

Uno de ellos dio un grito y los portadores se pusieron en marcha, iniciando la procesión. Al abrirse paso entre la multitud de indios, el murmullo de éstos se trocó en silencio.

La Sombra volvió la mirada de sus ojos penetrantes a los que se echaban atrás y unos suspiros de temor brotaron de las bocas de los aztecas que se encontraban cerca de él.

Una ola palabra gritaba el populacho de Zeltapec, y La Sombra la oía repetir una y otra vez.

-¡Chicquatil, Chicquatil!

No comprendía su sentido, pero aquella palabra parecía salir de todos los labios, fuera donde fuese que se volviese. La Sombra adivinó que se trataba de algo relacionado con su llegada a Zeltapec.

Levantando los ojos, La Sombra observó la luna y comprendió que su llegada había sido realizada en tiempo oportuno. Los indios de otras regiones habían dicho a unos exploradores, que en aquel valle inexplorado moraban aztecas en cuyo culto figuraba la luna en su cuarto creciente.

Frente a La Sombra se erguía una especie de templo, con la puerta abierta.

Al llegar con la silla de manos, los portadores depositaron su carga en el suelo y los jefes los reemplazaron, llevando en triunfo el mensajero de la luna.

Franquearon el pórtico, que fue cerrado desde fuera.

Los jefes atravesaron el templo hasta llegar a una puerta cerrada, en el otro extremo. Dejaron entonces la silla de manos en el suelo y dos de ellos permanecieron ante la puerta, mientras los otros, inclinándose, invitaron al mensajero de la luna a entrar.

Levantándose, La Sombra salió de la silla de manos y, cruzado de brazos, se encaminó directamente a la puerta de doble hoja, donde se encontraban dos jefes aztecas. Estos la abrieron y La Sombra penetró en la otra estancia.

Una luz verde iluminaba la capilla de los aztecas y la causa de aquel extraño fulgor yacía, resplandeciente, ante los ojos de La Sombra. Sobre un pedestal situado en el centro de la pequeña estancia descansaba una enorme esmeralda..., joya de belleza sin rival.

-¡Chicquatil!

Desde la puerta pronunciaron la palabra y La Sombra comprendió su significado. Este era el nombre que el pueblo había dado a la joya sin precio, que descansaba en el corazón de su templo. La Sombra se fijó en unas altas troneras practicadas en las paredes laterales de la estancia.

Por éstas, los rayos de la luna nueva se filtraban y eran recogidos y reflejados por la esmeralda. Esta era la explicación del resplandor que llenaba la habitación.

Delante de La Sombra había un trono vacante. Sin vacilar, se encaminó al mismo y se sentó en la alta silla de piedra. Los jefes aztecas murmuraron su aprobación, se acercaron y colocándose a su lado, dos a su derecha y dos a su izquierda.

Los ojos de La Sombra miraban fijamente la hermosa joya, pero al cabo de unos instantes se apartaron de ella y se posaron en un objeto que veían por primera vez. Una risa débil y siniestra brotó entonces de sus labios.

Acurrucada en el suelo, al otro lado de la esmeralda, había una estatua de metal del tamaño de un hombre. Representaba un ídolo horroroso, de manos y pies provistos de garras. Su cuerpo estaba retorcido, pero era su rostro en el que La Sombra se fijó.

Era de metal, pero La Sombra había visto sus facciones antes de entonces.

Eran una reproducción exacta y perfecta del rostro de Tomás Rodan, del rostro de todos los miembros de la banda diabólica, cuyos crímenes La Sombra había decidido frustrar.

CAPÍTULO XV
LOS AZTECAS HABLAN

Una hora había transcurrido desde que La Sombra penetró en el santuario interior del templo secreto de Zeltapec. Durante aquel tiempo, presenció una extraña ceremonia de cantos, que realizaron los cuatro sacerdotes que le habían llevado allí y que era el saludo de los jefes de los aztecas al mensajero de la luna.

Ahora que los cuatro permanecían en silencio delante del trono. La Sombra adivinó que esperaban sus órdenes. Con gran cuidado estudió los rostros de los jefes aztecas y, de pronto, haciendo una seña a uno de ellos, le mandó que se acercase.

Hasta aquel momento, La Sombra no había pronunciado una sola palabra desde su llegada a Zeltapec. Prestando oídos a la ceremonia que había tenido lugar en su honor, comprendió el significado de algunas frases.

Antes de embarcarse para Zeltapec, quedó evidente que La Sombra sabía mucho del lenguaje y de las costumbres de las antiguas tribus que habitaban el norte de Méjico. Poniendo en práctica sus conocimientos adquiridos, La Sombra hizo una pregunta que se parecía al dialecto del jefe de Zeltapec. El hombre le comprendió. El mensajero de la luna le preguntaba por qué la extraña estatua, descansaba en el interior del santuario.

Con voz temblorosa, el jefe de los aztecas empezó su explicación y La Sombra comprendió su sentido.

El jefe se refería a la imagen de metal diciendo que se llamaba Colpoc y que era un dios del mal. Con gestos fervientes dijo al mensajero de la luna que Colpoc había sido puesto allí como un aviso.

Apartándose del trono, el jefe señaló con el dedo la esmeralda.

-¡Chicquatil! -exclamó.

Hizo el ademán de levantar la joya y se echó atrás con gesto de horror. Una expresión diabólica cubrió sus facciones y señaló la estatua de Colpoc, mientras hablaba rápidamente en su idioma nativo.

Hizo una seña a uno de sus compañeros y el hombre se acercó al ídolo, recogiendo unos objetos que yacían a sus pies.

El segundo jefe trajo esos objetos delante del trono de La Sombra e, inclinándose, empezó a separar una pila de hojas de metal curvadas. Los ojos de La Sombra brillaron de pronto.

Allí, en el suelo, delante de él, se encontraban una hilera de máscaras de metal, todas reproducción fiel del rostro de Colpoc. El jefe levantó una de las máscaras: otro se apartó rápidamente, pero sus compañeros le sujetaron y, a pesar de sus protestas fingidas, le aplicaron la máscara en la cara.

Ataron unas tiras de metal en la parte posterior de la cabeza del azteca y con gestos fieros, demostraron lo estrechamente que la máscara se aplicaba.

Libertando a su prisionero, le quitaron la máscara y la trajeron a La Sombra.

Esta la recibió con sus manos enguantadas de negro y la examinó detenidamente. La máscara tenía agujeros para los ojos, la nariz y la boca; su peso y firmeza eran notables.

Aquí se encontraba la solución de un enigma. Aplicada a una faz humana y mantenida allí bajo presión, aquella máscara moldearía las facciones de la víctima hasta cambiarlas totalmente.

El interior de las máscaras contenía una substancia pegajosa que, sin duda alguna, aumentaba la eficacia del molde. Sosteniendo la máscara sobre sus rodillas, La Sombra levantó una mano y preguntó en el idioma azteca:

-¿Esto, lo habéis usado?

El jefe que había hablado hasta entonces se inclinó, asintiendo con la cabeza.

Empezó a relatar una historia, ilustrándola con ademanes. La Sombra le escuchó atentamente y los detalles que obtuvo confirmaron sus sospechas.

Nadie en Zeltapec, declaró el jefe, se atrevería a entrar en el templo y a tocar el chicquatil; pero siempre habían temido a los forasteros.

Las leyes de la tribu exigían que los extranjeros estuviesen bien acogidos.

Siglos antes, la creencia quedó establecida que el mensajero de la luna se presentaría tal vez bajo disfraz. De ahí que los forasteros -aunque rara vez se presentaban en el valle- se veían tratados con el mayor respeto.

Hacía pocas lunas, prosiguió el jefe, que unos hombres extraños penetraron en el valle por un estrecho desfiladero de las montañas y los indios les dispensaron buena acogida.

Aquellos hombres hicieron transacciones con los nativos, dándoles diversos objetos a cambio de artículos en oro, puesto que este metal se encontraba en abundancia entre el pueblo de Zeltapec.

Los forasteros traían con ellos unos animales extraños -el jefe dio aquí una descripción muy clara del caballo- y los cargaron con el oro que habían recibido; pero era evidente que habían oído hablar del santuario oculto en el cual descansaba la esmeralda llamada chicquatil.

Entraron en el templo gracias a su astucia; pero fueron sorprendidos en el acto de robar el chicquatil y se les aplicó el castigo previsto.

Aquellos hombres obraron como Colpoc, el dios del mal, y a Colpoc se parecerían en lo sucesivo. Se les aplicó la máscara que representaba el rostro del ídolo de los aztecas y, una vez castigados, se les permitió alejarse del valle de Zeltapec.

No les quitaron el oro que habían recibido, puesto que los indios no vuelven a tomar un regalo hecho. Les obligaron únicamente a partir con sus caballos.

Allí donde fueran se sabría que habían obrado como el dios del mal.

La sencillez de los aztecas era evidente. Creían que su dios del mal, Colpoc, era conocido en todas partes, sin darse cuenta que únicamente en aquel valle apartado, donde vivía todavía una tribu de aztecas, sobreviviente de una raza entera, sabían quién era el dios.

La Sombra sabía, pues, lo que había ocurrido a los hombres diabólicos.

Acababa de recibir la explicación del hecho de que cuatro hombres se pareciesen unos a otros, lo que les permitía cometer súper crímenes. Le quedaba por preguntar algo de suma importancia.

-Esos hombres, ¿cuántos eran?

El jefe levantó los cinco dedos de la mano izquierda así como el pulgar de la derecha.

La pregunta de La Sombra estaba contestada. ¡Charles Kistelle y sus cómplices eran seis!

La Sombra puso la mano delante de la cara del azteca e hizo el ademán de aplicar una máscara de metal.

-¿Cuántas lunas? -inquirió.

El jefe levantó los cinco dedos de la mano izquierda y tres de la derecha.

Habían sido precisos ocho meses para que los seis hombres recibieran su castigo.

El jefe gesticulaba y explicaba el tratamiento reservado a los prisioneros.

Demostraba cómo se les había alimentado por los agujeros de las máscaras y enseñaba el lugar donde se les había retenido, en el interior del templo, siempre bajo custodia.

Resultaba que todas las noches, se les había obligado a mirar durante dos horas a la brillante joya que quisieron robar.

Los demás jefes aztecas unieron sus explicaciones a las de su compañero.

Representaron el temor sentido por los prisioneros y cómo la vista de la joya acabó por serles insoportables, añadiendo que nunca más aquellos hombres que fueron echados del pacífico valle de Zeltapec, intentarían robar el chicquatil.

La Sombra se levantó del trono. Sus ojos brillaban con fiereza a la luz verde del apartado aposento. Los jefes se inclinaron con humildad al oír la voz de La Sombra.

Este les dijo que el santuario había sido profanado y que la imagen de Colpoc no estaba en su sitio. Los guardias nunca debieron permitir que unos ladrones forasteros penetrasen en el templo. Luego, levantando la mano, La Sombra señaló el cielo, dando a entender que quería volver al mismo.

Los jefes de la tribu se retiraron; pero al pasar al lado de la esmeralda, uno de ellos la señaló y rogó al mensajero de la luna que aceptase el chicquatil como presente del pueblo de Zeltapec.

La Sombra negó con un ademán, pero los jefes empezaron a suplicarle con palabras llenas de terror. Durante siglos la piedra había esperado en el mismo lugar que el dios de la luna enviara su mensajero.

Si los jefes fallaban en hacerle aceptar el presente, perderían la confianza del pueblo, que les llevaría a la cumbre de la montaña y les echaría a un precipicio.

La Sombra levantó la mano para indicar esta vez que aceptaba.

Adelantándose lentamente, levantó la esmeralda y la sostuvo en la mano derecha. Sin una palabra, se volvió y se encaminó a la puerta exterior.

Los jefes se abalanzaron para abrirle las puertas. La Sombra penetró en la silla de manos y fue llevado fuera del templo.

-¡Chicquatil, Chicquatil!

Un grito de alegría surgió de la muchedumbre de aztecas apretujada en torno al templo. El mensajero de la luna volvía al cielo, llevándose el regalo de los habitantes del Zeltapec.

La Sombra bajó la silla frente a la mesa rocosa y penetró solo en el círculo sagrado, con la mano derecha encima de la cabeza. La enorme esmeralda brillaba como un inmenso ojo verde a la luz de la luna, deslumbrando a cuantos la miraban.

La Sombra subió al autogiro y se puso la esmeralda debajo del abrigo. El motor de la nave roncó y la hélice empezó a dar vueltas a velocidad vertiginosa, desplazando el aire, como un inmenso ventilador.

El autogiro se puso en movimiento, avanzó un poco y subió, casi en línea vertical, tomando altura hasta no ser más que una manchita en el cielo. Subió hacia la luna, desapareciendo por encima de la cumbre de la montaña, en dirección a Texas.

La Sombra había encontrado la ciudad oculta de Zeltapec, enterándose del secreto de los seis hombres diabólicos. Ahora iba a entenderse con ellos, teniendo en su poder el chicquatil verde.

Seis hombres intentaron robar la joya, quedando defraudados y marcados con el rostro de Colpoc, el dios del mal. La Sombra, sola y sin ayuda de nadie, había ganado la magnífica esmeralda, a pesar de sus protestas.

La Sombra volvía, dispuesta a acabar con aquellos crímenes. Había seis hombres en la cuadrilla, de modo que la serie de ultrajes no había concluido.

Otros crímenes estarían en preparación, en aquel mismo momento en que La Sombra iniciaba su regreso.

CAPÍTULO XVI
EL CUARTO COMPLOT

El vestíbulo del Hotel Salina estaba casi desierto, cosa que no tenía nada de particular. El Hotel Salina era uno de los más antiguos y menos frecuentados de Fargo, en el Norte de Dakota. Había tan poco trabajo allí, que no tenía siquiera un empleado fijo en la entrada.

Los huéspedes acostumbraban a llamar con una campana colocada en la mesa y esperaban que alguien viniese a recibirles.

Aquella noche, en particular, el hombre que penetró en el vestíbulo notó con satisfacción que no había allí nadie que le observara. Pasó al lado de la mesa de escritorio, subió una escalera y anduvo por un pasillo más alumbrado hasta llegar a un cuarto que llevaba el número 206. Se detuvo y llamó débilmente en la puerta; inclinándose, susurró una contraseña.

-¡Chicquatil!

La puerta se abrió y el hombre penetró en una habitación obscura.

La puerta se cerró detrás de él y una luz se encendió, revelando el hecho de que la cortina estaba corrida ante la ventana.

El ocupante del cuarto y su visita tenían las mismas facciones. Sus rasgos fisonómicos consistían en narices achatadas, frentes y barbillas huidizas. Sin hablar, ambos hombres sonrieron y las siniestras curvas de sus labios formaron idénticas expresiones.

Más aún que eso, sus miradas grotescas produjeron otro efecto. ¡Cada uno de esos hombres tenía el aspecto de Colpoc, el dios del mal, cuya horrorosa estatua se encontraba en el templo azteca de Zeltapec!

Se sentaron e iniciaron una conversación importante, en voz baja, olvidándose totalmente de lo que les rodeaba.

-Nadie me ha visto entrar, Charley -declaró la visita-. Has escogido un lugar ideal. Hace tres días que recibí tu postal, pero no quería venir desde Sharport hasta que todo estuviera preparado.

-Has hecho bien, Horacio -contestó Charley-. Era preferible esperar unos días antes de reunirnos. Así es como lo hice con los demás. Nadie sospecha nada de un pequeño viaje fuera de la ciudad..., unos días antes del acontecimiento...

Ya no sonreían y sus expresiones eran solemnes e impasibles. Era curioso que dos hombres se pareciesen tanto. Horacio, la visita, pareció darse cuenta de ello al mirar pensativamente a Charley.

En cuanto a éste, se mostraba indiferente. Para él, aquello no era sino otra entrevista, como las que había celebrado en otras tres ocasiones con hombres que se le parecían como hermanos. El hecho le impresionó de pronto y lo mencionó a su interlocutor:

-Es extraño -declaró-, que me hables llamándome Charles Kistelle. No me parezco ya en nada a él. Eso de ser otro personaje es un juego estupendo. En Tilson, Illinois, era Earl Northrup; en Barmouth, Maryland, Harold Thurber; en Daltona, Georgia, Tom Rodan, y aquí voy a ser Horacio Fenwick.

"Sabrás, Horacio, que pensé tener noticias de Eddie antes que de ti. El se encuentra en una población llamada Riviére, cerca de Nueva Orleáns. Tu carta fue mandada allí desde Nueva York, de manera que di un salto hasta Fargo, que sólo está a unas veinte millas de Sharport, ¿no es eso?

-Veintidós -contestó el llamado Horacio Fenwick-. De manera que me he adelantado a Eddie, ¿no?

-Sí -contestó Charles Kistelle-. Él está bien instalado en la Louisiana. Se hace llamar Eduardo P. Montague... ¡Bonito nombre que se ha echado!... No creo que esté listo antes de otra semana.

Kistelle se detuvo, reflexionando y mirando a Fenwick.

Tenía la vista apartada de la ventana y a esta circunstancia se debió el que no se fijara en un extraño fenómeno que ocurría en aquel sitio.

La cortina se movía lentamente, como sí al abrirse la ventana el viento la empujase. En efecto, la ventana se abría ligeramente y por la abertura una forma negra penetraba en la habitación; luego, todo movimiento cesó.

Aunque ni Charley Kistelle, ni Horacio Fenwick se habían dado cuenta de ello, alguien estaba de pie detrás de la cortina, escuchando atentamente cuanto decían.

Ni un sonido revelaba su presencia y únicamente la sombra negra que proyectaba en el suelo, hubiera traicionado la presencia de La Sombra.

-Verás -decía Charley-. Todo ha ido como una seda. Tengo un hombre en Nueva York que se cuida de mandar la correspondencia. Tu caso va por buen camino, como los demás; pero ha sido más lento y no te esperaba todavía. Cuando estaba en Nueva Orleáns, envié una postal del hotel a Nueva York, de modo que cuando llegó, tu carta me fue reexpedida. Vine aquí en seguida y te envié una postal por correo aéreo a Fargo. Tan pronto como hayamos dado el golpe, me iré al Sur, probablemente a San Luis o a Kansas City. Desde allí mandaré otra postal a Nueva York.

-¿Y si el aviso de Eddie llega y lo mandan aquí? -preguntó Fenwick, ansiosamente.

-¿Y qué? -repuso Kistelle-. Dejaré mis señas a los dueños de este hotel y me lo mandarán. ¿Que si alguien ve la carta? ¡El signo de los aztecas no significará nada para el que no está iniciado! Lo único interesante es que vosotros me tengáis al corriente con bastante tiempo de anticipación. He contado con vosotros para que me preparéis bien el terreno.

Fenwick se echó a reír.

-Tengo una cosa estupenda –contestó-. Se puede hacer en cualquier momento, si no me descuido. ¡Oye lo que voy a decirte!

Miró ansiosamente en derredor. No viendo nada que despertase sus sospechas, bajó la voz, empezando una explicación que Charles Kistelle escuchó, asintiendo de cuando en cuando con la cabeza.

-Comprendo, Horacio –dijo-. El viejo Dagwood irá a la tienda del joyero cualquier noche que se lo sugieras. ¿No es así?

-¡Así es! -contestó Fenwick.

Kistelle se levantó, paseándose por la habitación y consultó su reloj, que marcaba las ocho y media.

-Óyeme, Horacio -dijo de pronto-. Hay un buen trecho de aquí a Nueva Orleáns. Estoy al corriente del asunto. ¿Por qué esperar? ¿Qué te parece esta misma noche?

-Creo que podemos hacerlo -replicó Fenwick-. Hoy es sábado. El joyero tendrá la tienda abierta hasta las diez. Dagwood está en casa, pero tendré que irme a Sharport sin perder tiempo. No quisiera llamarle desde Fargo.

-Vete en seguida, pues -ordenó Kistelle-. Tengo coche: lo compré ayer por teléfono y me espera en un garaje. Deja lo demás de mi cuenta. Cuando salgas de aquella tienda con Raimundo Dagwood, haz el signo azteca; yo estaré acechando. ¿Dices que se necesitan diez minutos para ir de la tienda del joyero a casa de Dagwood?

-Sí.

-Puedes ir a la tienda a las nueve y media -declaró Kistelle, pensativamente-. Luego, cuando hayas salido con Dagwood y el joyero, esperaré hasta que llegue la hora de cerrar, a las diez.

Fenwick asintió y Kistelle le señaló la puerta. Fenwick se levantó y vacilando, dobló el pulgar y los dedos de la mano derecha en forma de media luna. Poniéndolos con las puntas vueltas arriba, dijo:

-Todo va bien.

Luego, volviendo la mano de manera que las puntas de los dedos señalaran el suelo, añadió:-Espera.

Kistelle se rió y volvió a señalar la puerta. Fenwick se marchó.

Al cabo de unos minutos, Kistelle cogió su maleta y bajó al vestíbulo. El dependiente seguía ausente. Kistelle cogió una postal y escribió en caracteres de imprenta:

"Craig Kimble se ha marchado. Les enviará sus señas más adelante."

Kistelle reía para sus adentros al alejarse por la calle en dirección al garaje donde su coche le esperaba. Había pagado la factura del hotel por adelantado y nada le retenía ya en Fargo.

En el garaje Kistelle encontró al propietario. Volviendo el rostro como si buscara con la vista el coche que había comprado, Charley se presentó bajo el nombre de Enrique Adams y preguntó por su automóvil.

El dueño le llevó a la parte trasera del garaje, donde Kistelle vió un pequeño cupé. Puso su maleta en el interior del mismo y entregó al hombre doscientos dólares en billetes de a veinte.

A continuación, sacó el coche a la calle, deteniéndose un momento para que el dueño del garaje le llenara el depósito de gasolina. Hecho esto, Kistelle se alejó.

Al alejarse el cupé por la obscura callejuela donde estaba situado el garaje, un hombre surgió de pronto, destacándose de la fachada de un edificio desierto. Con la ligereza de un fantasma, dio un salto y, cogiéndose a la parte trasera del coche, se dejó caer sobre el soporte de la rueda de recambio.

Para quien le viese, aquel ser humano se transformó en el acto en un inmenso bulto negro, colocado en la parte trasera del cupé. Charles Kistelle no sospechaba lo que había ocurrido y no se dio cuenta, al tomar el camino de Sharport, que llevaba consigo a un misterioso pasajero.

Kistelle estaba tan absorto en sus agradables reflexiones, que no se fijaba en nada más que en el camino que se extendía delante de él. Hablaba, casi en voz alta, diciendo:

-Otra buena faena esta noche y nadie para estorbarnos. Nadie, ¡ni siquiera La Sombra!

Al mencionar aquel nombre, una sonrisa de desprecio plegó los labios de Charles Kistelle.

-¡La Sombra! –repitió-. ¡El tipo que perseguía a Charles Kistelle! ¡Bonita ocasión tendrá de descubrirme ahora! ¡Este es el último sitio donde le esperaría... sobre mis huellas!

La risita de Kistelle cubrió un momento el ruido del motor. El diabólico ladrón no sospechaba que no se encontraba solo y que, precisamente, el hombre de quien se mofaba estaba a cinco pies de él.

Charles Kistelle se ponía en camino para realizar un crimen perfecto. ¡La Sombra le acompañaba! ¡El cuarto atentado del grupo de malvados iba a tener consecuencias inesperadas!

CAPÍTULO XVII
EN LA NOCHE

La tienda de joyería de Sargon era la más lujosa y presuntuosa de Sharport, en el Norte de Dakota. Los sábados por la noche, cuando la calle mayor de Sharport estaba llena de transeúntes, la tienda permanecía abierta hasta las diez, pues en ocasiones realizaban buenas ventas precisamente alrededor de esa hora.

Aquella noche, Jaime Sargon, propietario del establecimiento, estaba sentado en el pequeño despacho instalado en la trastienda, cuando Mauricio Cotter, su joven socio, en quien tenía depositada toda su confianza, entró para decirle que Raimundo Dagwood y Horacio Fenwick estaban en la tienda.

-¡Hazles pasar! -exclamó Sargon, con voz complacida.

Los dos hombres entraron y Sargon se levantó para saludarles, frotándose las manos con entusiasmo. Les alargó una caja de excelentes cigarros y se sentó ante su mesa después de ofrecerles asiento. Cotter, el más joven de los dos joyeros, se quedó en el umbral de la puerta, desde donde veía a las visitas y vigilaba la tienda.

Jaime Sargon, el joyero, era un hombre de aspecto próspero, que hacía años realizaba excelentes negocios. Era ya de cierta edad y de modales obsequiosos. Su compañero, Mauricio Cotter, era un joven que en todo copiaba a su superior.

Ambos se mostraban sumamente atentos con Raimundo Dagwood, que tenía la reputación de ser el hombre más rico de Sharport.

Dagwood era un individuo corpulento y de aspecto imponente, muy convencido de su importancia. La mayoría de los habitantes de Sharport le tenían un respeto rayano al terror.

Horacio Fenwick, que se había establecido en Sharport hacía menos de un año, era uno de los pocos hombres que habían logrado entrar en estrecha relación con Raimundo Dagwood.

En consecuencia, Dagwood, como ocurre con tantas personas vanidosas de su tipo, había convertido a Fenwick en uno de sus verdaderos confidentes y los dos eran muy amigos. Dagwood exigía que los que él honraba con su amistad fuesen tratados con el mismo respeto que su propia persona.

-Buenas noches, Sargon -dijo Dagwood, con tono condescendiente-. El señor Fenwick estaba en casa esta noche y hemos empezado a hablar de los diamantes que pienso comprarle a usted. Me gustaría que Fenwick los viese.

-¡Desde luego, señor Dagwood! -dijo el joyero, inclinándose-. Se los enseñaré con sumo gusto. Es una colección maravillosa, señor Fenwick, ¡maravillosa!...

Se levantó y abrió una puerta situada en la parte trasera de la oficina. La puerta daba acceso a una especie de cámara acorazada en la cual las visitas penetraron, seguidas de Sargon. Mauricio Cotter volvió a la tienda.

Jaime Sargon abrió una gran caja de caudales, de la que sacó unas cajas que colocó sobre una mesa. Las abrió una a una, dejando al descubierto una colección de hermosos diamantes.

Tal como lo había dicho, las joyas eran todas de gran valor. Dagwood señaló algunas de entre ellas a Fenwick.

-Aquí tiene la lista -observó, tomando una hoja de papel de la caja.

Fenwick asintió con un movimiento de cabeza, examinó la lista y se la devolvió a Sargon. Terminó una breve inspección de los diamantes, haciendo ademanes de satisfacción.

-¿Qué piensa usted de ellos, señor Fenwick? -preguntó Sargon, al volver a poner las cajas en su sitio.

-Son muy buenos -contestó Fenwick-. Creo que valen lo que usted pide por ellos.

Sargon puso la lista en la caja, junto con los diamantes, y cerró la puerta, volviéndose luego a Fenwick para decirle, con tono convencido.

-¡Valen hasta el último céntimo de trescientos mil dólares! –declaró-. ¡Y no exagero, señor Fenwick! Usted sabe su historia... Proceden de la herencia de los Davis y los he obtenido esperando que el señor Dagwood me compraría por lo menos parte de ellos. Los retendré todavía algún tiempo, porque estoy seguro de que el señor Dagwood es comprador.

-No estoy decidido todavía -replicó bruscamente Dagwood-. Sin embargo, puede usted contar con una venta parcial, Sargon.

-¡Gracias, señor Dagwood! -dijo el joyero, inclinándose-. ¡Gracias! Los conservaré mientras espero su decisión. Los diamantes están seguros aquí... -añadió, mirando en torno suyo con aprobación,- porque he tomado mis medidas para que este cuarto esté a prueba de ladrones. Únicamente Cotter y yo podemos entrar aquí y no hemos ahorrado nada para asegurarnos la mejor protección.

-He mirado la colección actual del señor Dagwood -dijo de pronto Fenwick-. Me dice que nunca se ha interesado mucho por las joyas...

-Creo que mis alhajas se venderían por unos treinta mil dólares -interrumpió Dagwood-. ¡No se puede llamar una colección, Horacio!

-Tiene usted algunas piezas bonitas -prosiguió Fenwick, y volviéndose al joyero, añadió: -Es idea mía que el señor Dagwood haga valorar sus joyas antes de adquirir otras. ¿Y si usted les diese una mirada, Sargon?

-¡Con mucho gusto! ¡Encantado! -contestó el joyero-. Cuando usted quiera, señor Dagwood, tendré el placer de examinar sus joyas...

-Puesto que volvemos a su casa... -sugirió Fenwick, mirando a Dagwood, -pero claro está que el señor Sargon no puede dejar la tienda.

-Claro que sí -intervino Sargon, sin dejarle concluir la frase-. Falta poco para cerrar y Cotter se queda aquí...

-Es una buena idea -declaró Dagwood-. Vamos, pues, Sargon. Tengo el coche fuera y nos acompañará usted a casa. Le enseñaré mis joyas hoy mismo; es posible que venda algunas piezas antes de comprar sus diamantes.

Los tres hombres salieron de la cámara acorazada y Sargon cerró cuidadosamente la puerta detrás de ellos. Habló entonces con Mauricio Cotter y le explicó adónde iba. Los tres hombres salieron por una puerta lateral, que se cerró automáticamente cuando la hubieron franqueado. Al pasar debajo de un farol del alumbrado público, Horacio Fenwick levantó una mano e hizo un gesto leve con el pulgar y los dedos, formando una media luna. Sus dedos estaban vueltos hacia arriba.

Había un coche parado al otro lado de la calle, en un rincón oscuro. El hombre que empuñaba el volante no contestó, pero había visto la señal.

Charles Kistelle -puesto que de él se trataba- sonrió grotescamente en las tinieblas.

Al tiempo, una figura se destacó del lado del cupé de Kistelle. Moviéndose en silencio, alcanzó la acera y siguió a los tres hombres que caminaban por la calle, hacia el "limousine" de Raimundo Dagwood. Aquel fantasma se agarró a la parte trasera del enorme automóvil.

Cuando la limousine de Dagwood llegó a la mansión del ricachón, unos diez minutos después, se detuvo inmediatamente detrás del pequeño sedan de Horacio Fenwick. Raimundo Dagwood se apeó, seguido de Jaime Sargon y de Horacio Fenwick. El chófer metió el coche por la avenida, evitando el automóvil de Fenwick.

Dagwood, Sargon y Fenwick entraron en la casa sin que ninguno de los tres se volviera. Nadie vió a la forma negra que les seguía en silencio. Los tres hombres entraron en la casa, Dagwood habló al franquear la puerta.

-Subiremos inmediatamente –dijo-. Tengo las joyas en una caja que se encuentra en mi dormitorio. Puede usted examinarlas en el acto, Sargon.

Fenwick fue el último en entrar y se detuvo bruscamente. Le pareció haber oído pronunciar su nombre en la obscuridad, creyendo reconocer la voz de Charles Kistelle. Se quedó en el umbral.

-¡Chicquatil!

La palabra, susurrada, sobresaltó a Fenwick. Era la contraseña que dio a Kistelle horas antes, en Fargo. Decidió en el acto que algo iba mal y que Kistelle le habría seguido para hablarle.

-En seguida estoy con ustedes -dijo a Dagwood, que, junto con Sargon, se encontraba en medio del vestíbulo de la planta baja-. Quiero dar una mirada a mi coche. Me parece haber dejado la llave encima.

-¡Bien, bien, Horacio! -contestó Dagwood.

Fenwick salió y cerró la puerta de la casa. Se acercó en la obscuridad al sitio donde había oído murmurar la palabra y se detuvo con un grito de sorpresa en los labios torcidos.

Dos ojos brillantes le miraban en las tinieblas y el cañón de una automática le hería en las costillas. Se había dejado coger en una trampa.

-¡Venga!

La orden fue murmurada en voz baja y sepulcral, que hizo temblar a Fenwick. Ignoraba la identidad del que le hablaba en la obscuridad; Pero instintivamente recordó la noche en que cabalgaba cerca de la frontera de Méjico, hacía mucho tiempo.

-¡La Sombra!

Charles Kistelle había pronunciado aquel nombre la última noche y el extraño título hizo mella en la mente de Fenwick.

¡La Sombra!... El único hombre a quien Kistelle temía. ¿Sería él quien había tendido aquel lazo?

El hombre que se hacía llamar Horacio Fenwick lo ignoraba, y tan sólo comprendía que había encontrado su maestro y que caminaba maquinalmente por la avenida, obedeciendo al mandato de un ser invisible que había brotado de la nada para llenarle de un pánico loco.

Se acercaban al coche. La voz siniestra y dura ordenó a Fenwick empuñar el volante y el bandido obedeció. La automática seguía acariciándole el cuerpo.

Los ojos del desconocido brillaban como ascuas, pero Fenwick no los veía.

Miraba directamente delante de él, obedeciendo a las órdenes de La Sombra.

El murmullo dio unas señas. Fenwick asintió tembloroso y puso el coche en marcha. No le quedaba más remedio que obedecer, pues comprendía que un instante de vacilación le costaría la vida. Iban a regresar a la tienda del joyero, por orden de La Sombra.

Fenwick gruñó por lo bajo al seguir el camino que acababa de recorrer en sentido contrario. Un reloj dio las diez en la lejanía.

¡Iban a regresar, Horacio Fenwick y La Sombra, al lugar donde el super criminal estaría trabajando!

CAPÍTULO XVIII
LA SOMBRA PEGA

Eran las diez y Mauricio Cotter apagó las luces de la tienda, entrando en la oficina unos momentos. Volvió a salir para alejarse por la puerta lateral, dejándolo todo en perfecto orden.

El joven se detuvo de pronto, oyendo una llamada ligera en la ventanilla de la puerta lateral. Se inclinó y miró por la misma. Vió un rostro blanco apoyado en el cristal y, sacando una lamparita del bolsillo, Cotter la encendió para ver de quién se trataba. Lanzó un suspiro de alivio al reconocer las extrañas facciones de Horacio Fenwick.

Tranquilizado, Cotter abrió la puerta y franqueó la entrada al que esperaba.

Fenwick explicó en el acto su visita.

-He llegado a tiempo, Cotter –dijo-. Creí poder hacerlo antes de que se hubiera marchado usted. Sargon quiere aquella lista que describe los diamantes. Me parece que va a vender algo esta misma noche.

-¡Bien! -exclamó Cotter con entusiasmo-. ¡Entre, señor Fenwick, entre usted!

Cerró la puerta y llevó a la visita por la obscuridad hasta la oficina, encendiendo la luz y manipulando el mecanismo que abría la puerta de la cámara. Otra luz se encendió y Cotter entró en la cámara.

-Apreciamos su interés, señor Fenwick -declaró al abrir la caja-. La lista está aquí, con los diamantes, se la voy a dar en seguida. El señor Dagwood tiene oportunidad de hacer una

buena compra al adquirir estos diamantes; pero ha tardado en decidirse. Estoy verdaderamente satisfecho que llegue a una decisión esta noche. Aquí tiene la lista.

Cotter calló bruscamente y se quedó boquiabierto. Al darse vuelta se encontró mirando el cañón de un revólver sostenido por la mano de Horacio Fenwick. Una horrorosa sonrisa contraía el rostro que se encontraba delante del suyo.

-Entrégueme esos diamantes -ordenó Fenwick, con voz de mofa-. ¡Espere... póngase ahí! ¡Los cogeré yo mismo...!

Cotter, sorprendido, obedeció estúpidamente. Cubriéndole con una mano, el ladrón usó la otra para reunir las cajas que contenían las joyas. Terminada esta tarea, se volvió rápidamente a Cotter.

El joven joyero no acababa de apreciar la situación. Sabía que Horacio Fenwick era un amigo de confianza de Raimundo Dagwood y nunca soñó en que semejante acontecimiento pudiese ocurrir. Respirando entrecortadamente, levantó la voz para protestar:

-¡Esto lo va usted a pagar, Fenwick! -exclamó. -¡No puedo hacerlo! No le habría dejado entrar y... cuidaré que...

La sonrisa diabólica continuaba torciendo los labios de Fenwick. El atrevido ladrón miró fríamente al joven joyero; luego, con voz lenta y fría le dijo, aumentando su azoramiento:

-Usted es quien pagará por esto, Cotter. Usted ha abierto la caja y Sargon creerá que fue usted quien tomó los diamantes.

-Le diré la verdad -protestó Cotter-. Le nombraré a usted, Horacio Fenwick... Usted pagará...

-Fenwick no pagará -fue la contestación que obtuvo.

De pronto, Mauricio Cotter comprendió la verdad. El hombre a quien tenía delante de él..., el ladrón atrevido que se parecía a Horacio Fenwick... no era en realidad Fenwick. Había una leve diferencia en el tono de sus voces que Cotter no hubiese notado a no ser por las palabras que profirió.

Charles Kistelle continuaba sonriendo.

Había desempeñado el papel de Horacio Fenwick con el fin de entrar en la tienda y apoderarse de los diamantes. Hubiese sido cosa fácil herir a Mauricio Cotter y huir con las joyas, dejando al joven joyero explicar una historia increíble; pero había un motivo por el cual Kistelle planeó aquel crimen de distinto modo que los que ya había cometido.

Decidió que con Mauricio Cotter, la verdad sería el método más eficiente, pues Fenwick, en su conferencia con Kistelle, mencionó un factor importante.

-Yo no soy Horacio Fenwick -declaró Kistelle atrevidamente-. Horacio Fenwick se encuentra ahora con Raimundo Dagwood y Jaime Sargon. Así, pues, cuando usted explique que Horacio Fenwick vino aquí, nadie le creerá. Dagwood, el hombre más importante de la ciudad de Sargon, su propio jefe, declararán contra usted... Antes de venir aquí, Cotter, usted vivió en Chicago. Allí, hace años, tuvo líos con la policía...

-No hice nada malo -objetó Cotter-. Me detuvieron, es cierto, a consecuencia de unos robos ocurridos en la tienda donde trabajaba, pero me pusieron en libertad.

-Dejándole sin empleo -añadió Kistelle con una mueca-. Usted vino aquí y volvió a empezar de nuevo. Usted trabajó con Sargon que nunca se cuidó de su pasado; pero... Fenwick lo hizo.

Palideciendo, Cotter comprendió el juego. Había hablado en ocasiones con Horacio Fenwick, que era un cliente asiduo de la tienda, y le había dejado entrever su pasado. Fenwick amplió su información y preparó la maniobra.

Cotter comprendió que no saldría de aquel lío. El hombre que se encontraba delante de él era el doble de Fenwick. ¿Quién creería que hubiese semejante persona en Sharport? Cotter lanzó un gruñido y Kistelle sonrió.

-Toda la culpa recaerá sobre usted, Cotter -declaró con firmeza-. Diga usted lo que quiera, no le creerán. El pasado se sabrá y usted irá a la cárcel, a menos que... -aquí se detuvo -a menos que se marche antes de que descubran el robo.

Cotter comprendió que sólo le quedaba una alternativa... huir de Sharport. Si decidía quedarse, se le condenaría con tanta seguridad como si hubiese escapado.

Se dio cuenta que no podría nada contra la coartada de Horacio Fenwick. Lo único que podía hacer era decir que un hombre que se parecía a Fenwick le había engañado. ¿Quién creería en una historia tan estúpida?

-Es su única posibilidad de salvarse -declaró tranquilamente Kistelle-. ¿La aprovechará usted, o...?

-¡La aprovecharé! -suspiró Cotter.

Kistelle se rió. Lo demás era cosa fácil.

Alargó la mano para reunir las cajas que contenían los diamantes. Se marcharía, dejando a Cotter arreglándoselas como pudiese. Si Cotter huía, como Kistelle estaba convencido que haría, se le acusaría; si se quedaba, Fenwick usaría su perfecta coartada.

De pronto, Kistelle vió que Cotter miraba con asombro hacia la puerta de la oficina. ¡Instintivamente, Kistelle se volvió y con gran extrañeza, vió a Horacio Fenwick de pie en el umbral!

¿Qué era lo que Fenwick hacía allí? La sonrisa de Kistelle desapareció. El bandido estaba tan asombrado como Horacio Cotter. Kistelle contaba con una coartada perfecta y por un instante, pensó que Fenwick se había vuelto loco al regresar a la tienda.

Pero en seguida vino la explicación del misterio... una explicación que llenó a Kistelle de temor.

Una risa baja y siniestra resonó en la habitación. En la oscuridad de la otra estancia, más allá de Fenwick, surgió una extraña figura vestida de negro. Dos automáticas brillaban en sus manos enguantadas; una apuntando a Fenwick y la otra a Kistelle.

Aquella risa no toleraba resistencia; el revólver se escapó de los dedos temblorosos de Kistelle. El golpe había fallado...

Era La Sombra quien se enfrentaba con Charles Kistelle.

El hombre vestido de negro se colocó en medio de la habitación. Tres hombres le miraban mudos de asombro. El aturdimiento de Mauricio Cotter igualaba al de los dos hombres que habían buscado su pérdida con su falsa coartada. Las automáticas se movieron y, obedeciendo a la orden silenciosa, Kistelle y Fenwick retrocedieron hasta un rincón poniendo las manos en alto.

La Sombra dirigió su mirada a Mauricio Cotter y su voz susurrante le dijo:

-Entre en la oficina, Cotter y llame a Dagwood a su casa! Dígale que ha cogido a dos ladrones. ¡Luego, llame a la policía!

Cotter obedeció como en un sueño. Pasó a la oficina y telefoneó a casa de Dagwood. Solicitó hablar con Jaime Sargon y le dijo que había cogido a dos ladrones; luego colgó maquinalmente el auricular, lo volvió a descolgar y llamó a la policía local.

La voz de La Sombra le sacó de su aturdimiento. Obedeciendo a un nuevo mandato, penetró el cámara acorazada. La voz sepulcral de La Sombra le dijo lo que debía hacer. Cotter recogió el revólver de Kistelle y apuntó a los acobardados bribones.

Las automáticas de La Sombra desaparecieron y el hombre vestido de negro se encaminó silenciosamente a la puerta. Sus ojos perspicaces vieron que Cotter, vuelto en si, dominaba a los dos bandidos cuyos rostros, en los que se leía el terror que les embargaba, eran idénticos al del ídolo Colpoc.

-¡Sobre la mesa -susurró La Sombra al oído de Cotter-, se encuentra la información que hará condenar a estos hombres! Désela a la policía... pues hay más individuos como éstos.

Cotter asintió. La cabeza le daba vueltas y lo único que lograba hacer era mirar fijamente a aquellos dos rostros grotescamente iguales.

La Sombra se detuvo y se acercó rápidamente a la puerta de la cámara. Allí vió a Kistelle y a Fenwick deslizarse como si intentasen saltar sobre Cotter.

La Sombra se echó a reír y sacó a relucir las automáticas. Los ladrones, asustados, se acurrucaron nuevamente contra la pared.

La risa de La Sombra despertó ecos en aquel lugar y acabó con toda tentativa de resistencia contra su poder.

De pronto se oyó una sirena. La policía se acercaba. La Sombra pasó a la otra estancia y entró en la oscura tienda.

Había hombres en la puerta lateral; ésta estaba abierta puesto que así la dejó La Sombra cuando la abrió con una llave falsa al entrar con Fenwick.

Viendo la luz del cuarto interior, los policías entraron rápidamente en el mismo. Unos segundos después, Raimundo Dagwood y Jaime Sargon llegaron, siguiendo el mismo camino. La Sombra salió de detrás de un mostrador para ir a perderse en las tinieblas de las calles.

Charles Kistelle, maestro del crimen estaba en poder de la policía. La Sombra le había capturado con uno de sus subordinados, dejando pruebas de la culpabilidad de los demás.

Los planes de seis hombres diabólicos habían sido frustrados. El camino estaba abierto para quitarles su botín y sería posible rehabilitar a unos hombres inocentes.

La Sombra dejaba la venganza en manos de otros, únicamente porque al eliminar a los bandidos era preciso limpiar el buen nombre de los que se encontraban injustamente en la cárcel. La Sombra había llamado a la ley...; Pero continuaba esperando. ¡Por fuerte que fuese la ley, La Sombra la había visto fracasar a menudo!

CAPÍTULO XIX
LA SOMBRA VUELVE A PEGAR

Charles Kistelle y Horacio Fenwick eran prisioneros.

Lanzando miradas malévolas a los dos policías que les tenían encañonados, esperaban, indefensos, mientras Mauricio Cotter intentaba explicarse.

El joven joyero estaba medio aturdido por cuanto había ocurrido. Formuló su acusación contra los hombres cuyos rostros, por sí solos, resultaban una prueba. Tan sólo pudo explicar que algún misterioso desconocido le había ayudado; pero no pudo ofrecer más amplios detalles.

De pronto, Cotter recordó las palabras de La Sombra. ¡El papel sobre la mesa! Cuando Cotter habló del mismo. Jaime Sargon corrió a buscarlo y, regresando a la cámara, el joyero procedió a su lectura delante de Raimundo Dagwood y de los dos policías.

Al nombrar Sargon a los demás miembros de la cuadrilla, Northrup, Thurber, Rodan y Montague, una mirada de fiereza asomó a los ojos de Charley Kistelle. Sus crímenes quedaban descubiertos... ¡Aquel papel era una acusación de asesinato!

Movido por la desesperación, Kistelle dio un grito diabólico y asestó un golpe al policía que le tenía bajo la amenaza de su revólver.

El otro policía le encañonó inmediatamente, pero cuando estaba en el acto de apretar el gatillo, Horacio Fenwick, obrando con rapidez y precisión, dio un salto adelante y le dio un golpe en la muñeca, a tiempo para salvar a Kistelle.

La mayor confusión reinó entonces. Dos hombres desarmados habían iniciado el ataque; pero estaban enloquecidos por la desesperación.

Kistelle cogió el revólver del hombre con el que luchaba cuerpo a cuerpo y le pegó un tiro que le atravesó el corazón. Levantando el brazo, dejó sin sentido al segundo policía.

Kistelle y Fenwick se encontraban en el centro de un grupo de hombres que luchaban salvajemente. Los tiros se sucedían con rapidez. Algunos hombres se hicieron atrás. De aquella frenética batalla, el jefe de los bandidos salió ileso, cogió rápidamente las cajas de diamantes y huyó, seguido de Fenwick.

Dos tiros les persiguieron sin alcanzarlos.

Kistelle salió corriendo a la calle, tropezando con el chófer de Dagwood que estaba de pie al lado de la limousine. Kistelle levantó el puño y el hombre se desplomó.

Echando los diamantes en la parte posterior del coche, Kistelle se colocó de un salto ante el volante. El motor estaba en marcha. Sacando el freno y poniendo el auto en primera, Kistelle se alejó rápidamente.

Fenwick le acompañaba, saltando al coche en el momento en que éste se ponía en movimiento y señalando a su compañero el camino que había que seguir.

Aquella huida no fue sin persecución. Un coche de la policía estaba parado cerca de la esquina y su chófer lo puso rápidamente en marcha. En el mismo instante, dos policías salieron corriendo de la joyería y saltaron en el interior.

Simultáneamente, otro coche se puso en movimiento. Era el cupé en el que Kistelle había venido a Sharport. Una risa contenida y siniestra brotó de los labios del que lo guiaba.

¡La Sombra estaba al volante del coche de Kistelle!

La limousine estaba a cien metros de distancia. Pasando como una flecha ante una luz de tráfico, se dirigía a la carretera real de Sharport. Detrás de ella seguía el coche conducido por La Sombra y el coche de la policía venía el último.

Tres minutos después de empezar la persecución, los coches se encontraban en el campo. Volando por una carretera empedrada y llena de curvas, Charles Kistelle y Horacio Fenwick iban hacia la libertad con un botín valorado en trescientos mil dólares.

La limousine era un coche potente y era lógico que dejara atrás a sus perseguidores. El cupé en el que iba La Sombra era un coche viejo y el de la policía de Sharport no era de ningún modo rápido.

Sin embargo, al pasar las millas, Kistelle continuaba viendo las luces del cupé a unas doscientas yardas detrás de él.

Las revueltas de la carretera enloquecían a Kistelle y le impedían aumentar la velocidad de su automóvil. En cambio, el cupé iba guiado por un hombre que no conocía la palabra prudencia.

Cogiendo los virajes sobre dos ruedas y haciendo dar de sí al coche cuanto podía, La Sombra mantenía siempre igual la distancia que le separaba del coche perseguido.

Al emprender la limousine un trecho corto, Fenwick cogió bruscamente el brazo de Kistelle. Frente a ellos había un paso a nivel cuyas luces rojas señalaban peligro.

Kistelle lanzó un juramento. No necesitaba ni luces ni campanas y lanzó la limousine a toda velocidad por encima de los rieles, mientras Fenwick miraba espantado las luces brillantes de un tren de mercancías que se acercaba a un centenar de yardas apenas.

-Mira atrás -gruñó Kistelle-. Mira atrás y dime lo que ocurre. ¿Qué hace ese sujeto que nos persigue?

Fenwick obedeció, creyendo ver al cupé detenido. En vez de esto, le vió continuar su carrera. De pronto los faros de la locomotora lanzaron un haz de luz brillante sobre el paso a nivel. El cupé cruzó la vía, iluminado por aquella luz en el preciso instante en que la locomotora se le echaba encima.

Con un leve viraje, el cupé continuó adelante, mientras el tren de mercancías pasaba armando un ruido formidable, pero sin haber logrado ser una barrera entre los bandidos y su perseguidor. Fenwick lanzó una exclamación que acabó en gruñido de desesperación.

-¡Ha pasado! -dijo-. ¡Ha pasado sin que le sobre diez pulgadas!

La contestación de Kistelle fue una blasfemia y a duras penas evitó un desastre al tomar un viraje pronunciado.

La velocidad de la carrera agotaba las fuerzas del ladrón. Los virajes se sucedían y se multiplicaban y al apretar instintivamente los frenos, Kistelle oyó la voz de Fenwick que le anunciaba el hecho, de que el cupé iba ganando rápidamente terreno.

Media milla más de carrera trajo una nueva prueba de la presencia inmediata de La Sombra. Se oyó un disparo y la ventanilla de atrás de la limousine saltó hecha trizas. Kistelle iba enervándose.

¡No tenía dudas respecto a la identidad de su perseguidor!

¡La Sombra! Únicamente ella era capaz de llevar a cabo semejante carrera.

¡Únicamente La Sombra se hubiera atrevido a cruzar ante el tren!

Enfrente, se extendía una bajada larga y sinuosa, al final de la cual había un viraje muy pronunciado que terminaba en un puente. Kistelle apretó el acelerador. Las luces del cupé le deslumbraban, al reflejarse en el espejo que tenía encima del volante.

Una frenada rápida salvó a Kistelle de un desastre al tomar el viraje del puente. La limousine recorrió este último y alcanzó el otro viraje en el momento en que Fenwick vió al cupé, tomar el peligroso viraje a toda velocidad. Otro tiro llegó del cupé en el momento en que la limousine giraba a la izquierda.

Aquel disparo fue una obra maestra. Enviado por la mano certera de La Sombra, atravesó un neumático de atrás del coche. La limousine dio un respingo a un ángulo peligroso, atravesó la carretera y embistió una fuerte valla, astillando la madera como si fuese papel. Los faroles del coche iluminaban verticalmente un precipicio de unos cien pies de profundidad.

El volante fue arrancado de la mano de Kistelle por la fuerza del choque y el bandido abrió frenéticamente la portezuela. La puerta se abrió en el instante en que la limousine quedaba colgada en la orilla del precipicio.

El grito de Fenwick fue desgarrador. La limousine cayó, dando tumbos y llegó al fondo con las ruedas al aire. El hermoso automóvil ya no era más que una masa informe de hierro y cristales.

Unos segundos después, el cupé se detuvo ante la brecha de la valla. Unos ojos penetrantes escudriñaron el fondo del precipicio y una risa contenida y solemne brotó de unos labios invisibles. No había alegría en la risa de La Sombra, sino satisfacción nacida del conocimiento del castigo aplicado por el destino al mal.

La puerta del cupé se abrió suavemente. La Sombra se acercó a la valla que tan sólo quedaba vagamente iluminada por los faros del cochecito.

Se oyó el ruido de un motor. Dos pequeñas luces surgieron en lo alto de la colina, donde la carrera a la muerte había comenzado su última etapa.

Rápidamente, La Sombra volvió a subir al cupé y el cochecito salió disparado, desapareciendo su luz trasera antes de que el coche de la policía llegara a la mitad del puente.

El chófer del coche de la policía vió la valla rota y frenó. Se apeó junto con sus compañeros y con sus lámparas, alumbraron el fondo del precipicio.

Vieron al coche despeñado y comprendieron que nadie podía salir vivo del mismo.

Un camino tortuoso lleva al fondo de la barranca y los policías bajaron por el mismo con el fin de inspeccionar el lugar de la desgracia. Se alejaron por la carretera, y dieron la vuelta al lugar indicado. El silencio reinó en el sitio donde La Sombra había vuelto a pegar.

En medio de aquel silencio, una forma acurrucada se movió de pronto. Un hombre se arrastró fuera de un matorral que crecía cerca de la parte superior del precipicio y se acercó, tambaleándose, a la carretera.

Era Charles Kistelle. Milagrosamente, el bandido había escapado al destino que debió ser suyo.

Al abrirse la portezuela, cayó fuera del coche en el momento en que la limousine daba el salto por el precipicio. Agarrándose a unos fuertes arbustos, quedó tumbado en el borde del precipicio, escapando a la inspección de La Sombra, que ésta no pudo prolongar debido a la llegada de la policía.

Horacio Fenwick había muerto solo; pero el jefe de los bandidos quedaba y su único pensamiento era destruir la labor de La Sombra.

Charles Kistelle escapó; pero su plan perfecto estaba echado a perder.

Tendría que buscar otro lugar para llevar a cabo sus malvados designios, otro lugar donde La Sombra no le encontrara.

CAPÍTULO XX
FUERA DE LA LEY

En la frialdad de una niebla que se extendía sobre la ciudad en el atardecer, un hombre recorría una estrecha calle de la ciudad de San Francisco. Delante de él colgaban, visibles todavía a pesar de la niebla, una gran profusión de anuncios orientales. El hombre había llegado al barrio chino de San Francisco.

Parecía conocer su camino pero había algo furtivo en su andar. Iba rozando las paredes, como si quisiera evitar el contacto de la gente con la que se cruzaba.

Cuando alcanzó el extraño sector donde el Este y el Oeste se mezclaban, el hombre dejó la calle brillantemente alumbrada y buscó la oscuridad de uno de los misteriosos pasajes que son tan frecuentes en aquel barrio de San Francisco.

El hombre caminaba ya con mayor soltura y sus pasos se habían alargado notablemente; se detuvo de pronto ante una puerta oscura que parecía dar acceso a una tienda, la abrió y se quedó de pie en un estrecho recibimiento.

Llamó entonces a una puerta interior.

Un chino de rostro inexpresivo le contestó y le miró solemnemente como si quisiera adivinar el propósito que le llevaba allí. Hubo una breve pausa y, al ver que el hombre de la calle no hablaba, el chino le preguntó en inglés:

-¿A quién quiele usted ver?

-Hablas inglés, ¿eh? -repuso la visita con voz gruñona-. Bien, quiero ver a Tam Sook. Dile que Charley Kistelle está aquí fuera.

-Charley Kistelle -repitió el chino-. Muy bien, yo decílselo... Usted espelal aquí.

El chino desapareció, regresando unos tres minutos después. Hizo una seña y la visita le siguió. Subieron un tramo de escalera y el chino hizo penetrar al hombre en un cuarto alumbrado.

Allí, sentado ante una mesa, se encontraba un hombre vestido como cualquier americano, pero cuyo rostro revelaba el origen oriental. Era Tam Sook, una de las figuras más importantes del barrio chino.

Levantó la vista y sus ojos en forma de almendras se cerraron a medias al ver la cara de su visita.

-¡Usted no es Charley Kistelle! -declaró.

El hombre se echó a reír. Su rostro de nariz achatada permaneció impasible hasta que sus labios iniciaron una sonrisa.

Tam Sook miró con expresión de incredulidad la mueca diabólica de su interlocutor. Estaba más seguro que antes que no era Charley Kistelle, pero oyó unas palabras que le dejaron asombrado.

-No mires mi cara, Tammy -decía el hombre con tono amistoso-. Escucha mi voz, nada más... Oirás la voz de Charley Kistelle. No necesitas otra cosa ¿eh?

Tam Sook asintió. Había algo familiar en aquella voz y sin embargo no podía asociarla con el hombre. Tam Sook decidió que aquí ocurría algo extraordinario.

-Te conocí en Nueva York, Tammy -dijo el hombre, sentándose en una silla-. Allí hemos trabajado juntos y cuando viniste a San Francisco, hicimos un convenio. Si te necesitaba nuevamente, sabría dónde encontrarte..., por eso aquí me tienes. Muchas cosas han ocurrido desde que te vi la última vez, Tammy. ¿Ves esta cara mía? Pues bien, la adquirí entretanto. Da otro aspecto a Charley Kistelle ¿eh?

Tam Sook asintió.

-Usted es Charley Kistelle -dijo solemnemente-. Ahora lo sé. Dígame cómo es que tiene una cara nueva y lo que puedo hacer por usted.

-La cara la adquirí en Méjico -contestó Kistelle con una risita malvada-. Es una historia larga que te explicaré más tarde; pero en seguida voy a decirte cómo puedes ayudarme.

"Somos seis, Tammy -Kistelle se detuvo para corregirse-. Es decir, no; éramos seis, pero ahora somos cinco... Y todos somos iguales. Parece mentira ¿eh? Pues bien, es la pura verdad. Somos cinco... y tenemos la misma cara... De manera que trabajamos juntos y hemos dado unos golpes bonitos. Hemos tenido éxito en tres, Tammy, e íbamos a ultimar el cuarto. Entonces, tuvimos dificultades. -Los labios de Kistelle se contrajeron-. Y tuvimos que escapar. Te voy a decir lo que era, Tammy. Topamos con La Sombra.

-¡La Sombra!

La voz de Tammy estaba preñada de significado. Era evidente que el nombre de La Sombra hacía efecto sobre el chino. Kistelle vió su expresión y le contestó con un gruñido.

-Sí, La Sombra –dijo-. Otro muchacho y yo íbamos a escapar con el botín y él lo echó todo a rodar. Nos disparó un tiro, reventando un neumático de nuestro coche en una carretera de Dakota. Caímos a un precipicio... es decir, el coche con mi compañero... pero yo pude salir a tiempo.

-Estuvo usted afortunado -declaró Tam Sook.

-¡Claro que sí! -asintió Kistelle-. Pero no obstante eso me metió en un lío de mil demonios. Lo único que me salvó fue que La Sombra me creyó muerto a mí también. Compréndeme bien, Tammy. Tenía a cuatro amigos, uno en Illinois, otro en Maryland, otro en Georgia, otro en Louisiana. Todos tienen mi cara. Dimos nuestros golpes a base de coartadas con tres de ellos y el otro estaba esperando; Pero La Sombra vino y lo echó a perder todo. La policía está enterada del asunto y me encontré solo en medio del Estado de North Dakota. Bueno, pues, ahí es donde me despabilé. Hace un año, Tammy, cuando preparé este trabajo, preví que podría llegar un momento en que sería necesario ahuecar, de forma que les dije a los compañeros que un aviso urgente, por telegrama, sería la señal de tomar las de Villadiego. Pero, ¿adónde ir? Ahí es donde tuve la gran idea. Ordené a todos esconderse, y diez días después, reunirse en casa de Tam Sook en San Francisco.

"Nunca creí tener que hacerlo, pero ahora me alegro de haber tomado mis precauciones. Allí en Dakota, me fui a pie hasta la vía del ferrocarril y anduve una milla hasta llegar a una estación. Un tren estaba a punto de entrar en agujas, de manera que envié telegramas a mis amigos y tomé el tren hacia el Oeste.

-Tuvo usted suerte en poder escapar -observó Tam Sook.

-Fue un milagro -admitió Kistelle-. Pero has de recordar que todo el mundo me creía muerto, incluso La Sombra. Lo peor fue al mandar los telegramas. La policía tenía la lista de los nombres de mis compañeros, pero no enviaron aviso hasta la mañana siguiente, de manera que mis telegramas llegaron antes y los chicos tuvieron la posibilidad de escapar. Los espero aquí...

Kistelle contó con los dedos y se detuvo al octavo.

-Hoy es miércoles –declaró-.Llegarán el viernes por la noche.

-¿Y entonces?

-Queremos reunirnos. Hemos de repartirnos el botín y tú tendrás tu parte.

Tam Sook sonrió, satisfecho, asintiendo con la cabeza. Luego, señaló hacia abajo con el pulgar.

-Tengo el local -dijo.

-¿Salón de baile? -inquirió Kistelle.

-Lo era -le informó el chino.

-Estupendo -dijo Kistelle-. Nos reuniremos allí. A medida que los muchachos lleguen, envíales abajo. Formaremos nuestros planes allí.

Tam Sook saludó.

-Muy bien –dijo-. ¿Cómo se llaman esos hombres? ¿Cómo los conoceré?

Kistelle se puso bajo la luz.

-Mira bien esto -dijo riendo-. Es lo único que has de saber, Tammy. Todos los tipos con una cara como la mía pueden entrar y quedarse. Eso basta.

Tam Sook volvió a inclinarse.

-Otra cosa -añadió Kistelle, serenándose-. Estoy preocupado, Tammy, preocupado por La Sombra.

-¿Por qué?

-Sabe demasiadas cosa mías. Supongo que me tiene apuntado en su libro mayor. Me seguía el rastro cuando huí a Nueva York... antes de ir a Méjico. Si sabe lo que pienso, conoce tu existencia y, lo que es peor, sabe dónde me encuentro. Quizá me equivoque, pero La Sombra es muy lista.

Tam Sook asintió. Miraba a Kistelle y no se fijó en la puerta. En el suelo se extendía una mancha negra. Aquella mancha, de haberlo sabido Tam Sook, era la señal de La Sombra.

-De manera -resumió Kistelle-, que corremos algún riesgo. Una vez que estemos reunidos y hayamos repartido lo que hemos recogido, nos iremos a Méjico. Los chicos han escapado todos... eso lo sé; pero el juego ha terminado y somos hombres marcados. Los "polis" no nos buscarán en seguida en San Francisco. Tardarán en dar con nuestra pista y esto nos permitirá marcharnos tranquilamente.

-¡El viernes por la noche, pues! -declaró Tam Sook.

-El viernes por la noche -repitió Kistelle, -pero si La Sombra viniese aquí...

Tam Sook sonrió:

-¡Que venga! -dijo fríamente.

Kistelle sonrió diabólicamente.

-Sabes lo que has de hacer, Tammy –declaró-. No estás en el negocio del Tong en vano. Supongo que puedes hacer lo que quieras...

Tam Sook movió la mano:

-No se preocupe –dijo-. Todo el barrio chino me obedece. ¡Que La Sombra venga! Es lo único que pido... ¡Encontrará a Tam Sook preparado!

Charles Kistelle se volvió a la puerta y se detuvo al preguntarle Tam Sook:

-¿Está seguro que nadie vendrá antes del viernes por la noche?

-No -dijo Kistelle con convicción-. Tienen mis órdenes. A las diez de la décima noche después de recibir el aviso. Ellos obedecerán. Recuerda, Tammy, que se me parecen todos. Somos seis... quiero decir cinco... contándome a mí.

Tam Sook inclinó la cabeza y Charley Kistelle se rió, saliendo de la habitación. Tam Sook se reclinó en su silla y empezó a escribir en caracteres chinos sobre una hoja de papel blanco.

Diez minutos después la mancha negra que se veía cerca de la puerta había desaparecido. Kistelle se había marchado sin reparar en ella y Tam Sook no la había visto tampoco.

La Sombra se había ido. ¡Cómo Kistelle, como Tam Sook, esperaba la noche del viernes!

CAPÍTULO XXI
LA SOMBRA HABLA

Eran las ocho de la noche señalada. Tam Sook, el oriental de rostro inexpresivo, vestido a la europea, estaba sentado ante su mesa de trabajo.

Como en otra ocasión, escribía en caracteres chinos, pues Tam Sook, a pesar de su juventud, era una de las figuras más destacadas del barrio chino de San Francisco.

En aquel distrito donde las luchas de los Tong eran frecuentes, al santuario de Tam Sook era como un oasis en medio del desierto. Intermediario entre dos partidos rivales.

Tam Sook podía contar con ambos para que cumplieran sus mandatos.

Aquella habitación situada en el segundo piso tenía un aspecto inocente, pero en realidad era lugar peligroso. Tam Sook era hombre para quien la vida humana tenía poco valor.

Ni la suya propia tenía importancia a sus ojos. Este hecho era lo que le había permitido alcanzar su importante posición entre los chinos.

Aquella noche, Tam Sook había tomado sus disposiciones para la reunión de Charles Kistelle y sus subordinados. Esto era a los ojos de Tam Sook un sencillo favor que prestaba a un hombre con quien le unía cierta amistad.

Tam Sook debía poca cosa a Charles Kistelle y tan sólo la oportunidad de ganar algún provecho, le había impulsado a dar su consentimiento a la petición de Kistelle de emplear su casa como lugar de cita.

En su escondrijo de San Francisco, Tam Sook vivía su vida, importante a su manera y desdeñaba a los forasteros. Al pensar en Charles Kistelle, Tam Sook se sonrió de pronto.

Kistelle, Tam Sook se sonrió de pronto. Kistelle había ido a verle como a un amigo. De ser enemigo, hubiera encontrado las cosas muy distintas.

Al pensar en Kistelle, Tam Sook recordó de pronto a La Sombra. Había oído hablar a menudo de ella y rememorando hechos pasados, Tam Sook recordó también que La Sombra había realizado algunas de sus proezas en los barrios chinos de Nueva York y de San Francisco.

Charles Kistelle le tenía miedo a La Sombra. Tam Sook recordó sus propias palabras. Había dicho a Kistelle:

-¡Que venga La Sombra!

Sonrió levemente al surgir este pensamiento en su memoria. Tenía hombres de guardia en el piso inferior, colocados allí adrede para la noche del viernes.

¡Que La Sombra intentase burlar su vigilancia! ¿Y si pasara? Pues bien, se encontraría con Tam Sook en persona, Tam Sook, que no temía a la muerte y estaba siempre dispuesto a sembrarla. Debió haber algo de telepatía en los pensamientos de Tam Sook, pues en el preciso instante en que consideraba la cuestión de La Sombra, una forma vestida de negro penetraba en la antesala del pie de la escalera.

La Sombra llegaba antes que Kistelle y sus compinches. Andando con sigilo, La Sombra se acercó a la puerta interior en que el rostro de un chino surgió del interior no viendo a nadie, el chino dio un paso por la entrada.

En el mismo momento, unas manos poderosas le atacaron. El chino cayó como una masa bajo el ataque de La Sombra. Las manos enguantadas de ésta trabajaron rápidamente y en pocos segundos el chino estuvo atado y maniatado, incapaz de moverse.

Mientras La Sombra continuaba inclinada sobre su víctima, la puerta volvió a abrirse. El ligero chirrido de sus goznes se oyó claramente y La Sombra se lanzó adelante al aparecer el segundo guardia chino.

El resultado fue igual que antes. La Sombra cogió al chino por la cintura y le tiró al suelo donde quedó estirado, aturdido, mientras una risa contenida brotaba de los labios de La Sombra. Un minuto más y el segundo chino quedaba atado como su compañero.

Arriba, Tam Sook estaba escribiendo. Acabó su trabajo y miró la hoja, constatando con asombro que el papel se había oscurecido levemente.

Levantó los ojos y quedó petrificado.

Delante de la mesa de Tam Sook estaba de pie un extraño ser, enteramente vestido de negro. Alto, misterioso e inesperado, parecía brotar de la nada.

Tam Sook no podía verle la cara; tan sólo se dió cuenta de dos ojos brillantes y penetrantes que le miraban al amparo del ancha ala de un sombrero flojo.

Tam Sook se inclinó.

-¡Usted es La Sombra! -dijo.

Una risa débil brotó de los labios del fantasma. Aun a Tam Sook, el hombre que declaró no tenerle miedo a La Sombra, aquella risa le heló de espanto; pero al extingirse, el chino reasumió su actitud impasible.

Notó que La Sombra no llevaba arma y eso le sorprendió. Habiendo pasado por la entrada del piso inferior, La Sombra debió anticipar el peligro. Sin embargo, parecía indefenso.

En el fondo de su pensamiento, Tam Sook calificó a La Sombra de cuerdo.

De haber venido con sendas pistolas en las manos, Tam Sook hubiera obrado rápidamente contra ella. Tal como estaban las cosas, consideró indicado esperar.

-Esta noche -dijo La Sombra-, unos hombres vendrán a este lugar. Son hombres a los que estoy buscando.

-No los encontrará usted -contestó Tam Sook con calma.

-¿Por qué? -inquirió La Sombra en un susurro.

-Porque no estará usted aquí cuando lleguen.

Los ojos de La Sombra miraron fijamente el rostro del chino quien se movió, intranquilo. Comprendió la amenaza, aunque se sabía preparado.

-No tengo motivo de querella contra usted -declaró Tam Sook-. De ahí que no tenía derecho a subir aquí. ¿Qué ha hecho de mis hombres que estaban abajo? ¿Los ha matado?

-Viven -contestó La Sombra.

-Eso es bueno -hizo notar el chino-. Sí estuviesen muertos, la muerte le esperaría a usted también. Puesto que viven, le doy la oportunidad de vivir. Vayase, mientras pueda...

La Sombra se rió suavemente. Su repentina alegría hizo estremecer a Tam Sook. El chino no estaba a sus anchas. Con gesto rápido, apretó la mano contra el tablón lateral de la mesa y, con una sonrisa, se recostó en su silla.

-No puede escapar ahora. Si intentara dejar esta habitación, la muerte le alcanzaría. Un solo paso en falso hacia la puerta o la ventana provocará una explosión que derrumbará la casa. Además -continuó Tam Sook lentamente, como si estuviese orgulloso de su inglés perfecto-, todo esto ocurrirá dentro de cinco minutos si no estoy vivo para evitarlo. Máteme si quiere. No me asusta la muerte.

Tam Sook hablaba con decisión. En otras ocasiones, empleó esta medida contra enemigos que en todos los casos se dieron por vencidos. Tam Sook sentía interés por ver lo que La Sombra haría. La oyó reír nuevamente.

-Su vida por la mía -dijo La Sombra con ironía-, sería un excelente cambio. Hay sin embargo un modo de evitarlo y voy a enseñárselo.

Había como un leve dejo de pesar en el tono de La Sombra. Parecía implicar que le hubiera gustado acabar con la vida de Tam Sook, desafiándole a cumplir su promesa. En vez de eso, era obvio que La Sombra pretendía tomar una medida más sencilla, aunque inesperada.

Con su mano derecha, La Sombra se quitó el guante de la izquierda. Enseñó la mano desnuda a Tam Sook y el chino vió la deslumbrante joya que brillaba en el tercer dedo de la fina y larga mano. La maravillosa esmeralda estaba ante los ojos de Tam Sook.

-¡Mire!

Al hablar, La Sombra hizo un gesto con la mano. La esmeralda se movió, como por medio de un resorte y un hueco quedó al descubierto debajo de la piedra preciosa.

Dentro de aquel hueco se veía una inscripción diminuta y de extraño aspecto.

Los ojos de Tam Sook parecieron saltarle de las órbitas cuando la vió y exclamó:

-¡El signo de Chow Lee! ¡El signo del poderoso maestro!

-Sí -le contestó la voz de La Sombra en un susurro-. ¡Es el presente de los de Chow Lee -de los que son más poderosos aun que usted! ¡Únicamente otro hombre tiene este símbolo sagrado, aparte de los suyos, y ese hombre soy yo!

Tam Sook continuaba con la vista fija en el símbolo. Para él como para todos los chinos importantes de América, el signo del gran maestro era un símbolo de fe y lealtad. Fuesen cuales fuesen los odios o amistades contraídos, quedaban nulos ante aquel símbolo místico. Todos los jefes del barrio chino respetaban a sus portadores.

Tam Sook estaba como aturdido pero la voz de La Sombra le hizo volver en sí.

-Cuatro minutos han transcurrido -declaró La Sombra-. Le aconsejo que apriete el botón del otro lado de la mesa.

Tam Sook obedeció, presa de asombro y comprendiendo que La Sombra había adivinado el modus operandi de su trampa. En efecto, a un lado había un botón que daba el contacto con los explosivos que impedían todo escape, mientras al otro se encontraba el que lo quitaba.

Todo aquel tiempo, La Sombra había tenido a Tam Sook en su poder, merced a su fina intuición. Pudo matar al chino y escapar con toda facilidad.

Este era el pensamiento que llenaba la mente del oriental, y La Sombra se dio cuenta de ello. Con tranquila precisión, contestó a la pregunta inexpresada de Tam Sook.

-Le necesito a usted –declaró-. Le necesito así como a sus guardias del piso inferior. Tengo formado mi plan para esta noche y no quiero evitar la reunión organizada por Charles Kistelle.

Tam Sook estaba completamente desconcertado. ¿Cómo estaría enterada La Sombra de que semejante reunión iba a tener lugar? El chino le miró, incrédulo.

La Sombra lo sabía todo. ¿Y por qué no? ¡La Sombra poseía el símbolo del gran Maestro!

Tam Sook miró una vez más la esmeralda, se levantó y volvió a inclinarse, señalando una silla al lado de la mesa. La Sombra tomó asiento mientras Tam Sook permanecía de pie, con actitud respetuosa.

-¡Estoy aquí para obedecerle! -dijo el chino-. ¡Diga lo que desea y lo haré!

CAPÍTULO XXII
CINCO DE LOS SEIS

Eran más de las diez cuando Charles Kistelle llegó a la entrada del pie de la escalera, que llevaba a la vivienda de Tam Sook. El chino, que le salió al encuentro, no le preguntó siquiera su nombre y le señaló la escalera con rostro inexpresivo.

Kistelle sonrió levemente. Aquello era prueba de que los demás, o por lo menos unos de ellos, habían llegado ya. Era evidente que el guardia tenía orden de dejar pasar a todos, los que poseían las mismas facciones que el primer llegado.

Al llegar al santuario de Tam Sook, Kistelle encontró al chino sentado a su mesa. Al hablar Kistelle, Tam Sook levantó la vista.

-Es usted, Charley -dijo en tono suave-. Los otros ya están aquí. Son cuatro, como me dijo usted, todos iguales, tenía razón, pero su voz es distinta. ¡Venga!

Levantándose, Tam Sook condujo a Kistelle por una puertecita practicada en la pared y recorrieron un pasillo oscuro. Bajaron luego una escalera que se internaba en los subterráneos del edificio y Kistelle sintió un escalofrío al llegar al sótano que se encontraba muy debajo del nivel de la calle.

Tam Sook se paró ante una puerta que les cerraba el paso. La señaló, saludó y se retiró. Kistelle abrió la puerta y entró.

El bandido se encontró entonces en una habitación de techo bajo y de paredes revestidas de madera. Una luz débil iluminaba aquel recinto; pero Kistelle reconoció los rostros que estaban vueltos hacia él para saludarle. No era de extrañar, puesto que eran exactamente iguales al suyo propio.

Los demás bandidos se levantaron para saludar a su jefe. Kistelle les estrechó la mano y se sentó como lo habían estado ellos, ante una mesa. El mobiliario era chino y en aquel decorado oriental, Kistelle se dirigió a sus cómplices.

Al hablarles, Kistelle reparó en los serios que estaban y ansiosos de oír detalles de su historia. Kistelle les explicó todo -cómo La Sombra había echado a perder su maravilloso plan -y cómo Horacio Fenwick murió mientras él escapaba de milagro.

Hablaron luego de negocios y una sonrisa de triunfo plegó los labios de Kistelle, cuando sacó un gran paquete de debajo de la chaqueta. Ahí tenía el botín de guerra. Del paquete, Kistelle sacó un fajo de billetes de mil dólares.

-Aquí está –declaró-. He cobrado dos trabajos, convirtiendo los títulos de Tilson en dinero contante. Aquí está la pasta que cogí en Darmouth. Ahora, nos falta saber lo de Daltona.

Uno de los hombres contestó. Aunque no se le distinguía a simple vista de sus compañeros, su voz indicaba que era el que se había hecho llamar Tom Rodan.

-He hecho cuanto he podido, Charley –declaró-. He esperado hasta esta mañana, después de recibir tu telegrama, y he cogido todo lo que era posible coger de la fortuna de Davenport. He tenido la suerte de poder escapar... ¡Cien mil dólares es lo que tengo aquí!

Sacó una gruesa carpeta de un bolsillo interior y desparramó los certificados dorados sobre la mesa. Kistelle los recogió y empezó a repartir el botín.

Cuando hubo terminado, empujó un montón de dinero hasta cada uno de sus cómplices.

-Hay más de cien mil dólares para cada uno –declaró-. Creí que haríamos un millón por cabeza, pero perdí los diamantes de Sharport y nunca tuve la oportunidad de trabajar con Eddie de Louisiana. Es de lamentar que Horacio haya pasado a mejor vida... ¡De todos modos, estoy satisfecho! Si La Sombra me hubiese liquidado junto con Horacio, lo habría echado a rodar todo. Sin embargo, ahora somos hombres marcados, pero con cien mil dólares cada uno podemos irnos a Méjico... Eso me parece lo más indicado.

-Mientras no nos acerquemos a Zeltapec -interpuso uno de los bandidos.

Esta declaración obtuvo una respuesta afirmativa del grupo entero. La sola mención del nombre de Zeltapec, parecía infundir un extraño pavor en el ánimo de aquellos hombres diabólicos.

-¡Zeltapec! -exclamó uno de ellos-. Oye, Charley, cuando me dijiste de emplear la palabra de chicquatil como contraseña, me dio escalofríos. No puedo olvidar aquel lugar donde los aztecas nos encerraron con aquella luz verde...

-¡Cierra el pico! -ordenó Kistelle-. Lo que os pasa a vosotros es que tenéis más nervios que unas mujeres. ¿No sabéis lo que haré al entrar en Méjico? Pues ir a Zeltapec en línea recta, si encuentro unos tipos valientes para acompañarme. Esta vez, cogeré el chicquatil verde. ¡Eso es algo que La Sombra no sabe...!

Las palabras expiraron sobre sus labios. Viendo a sus compañeros mirar fijamente detrás de él, Kistelle se volvió y la sangre se heló en sus venas.

Allí, de pie ante una puertecita abierta en la pared, se encontraba una figura alta y vestida de negro. Una sola mirada le bastó a Kistelle para cerciorarse de la identidad del recién llegado. Sus compañeros ya la habían adivinado.

¡La Sombra! Gracias a algún plan misterioso, el fantasma negro logró penetrar en el lugar donde celebraban su reunión secreta y venía, solo, para ajustarles las cuentas.

Nadie se movió. Los ojos brillantes de La Sombra contemplaban los rostros de los cinco hombres, todos copia exacta de Colpoc, el dios del mal de los aztecas.

Lentamente, con andar lleno de dignidad, La Sombra se acercó. No llevaba las manos enguantadas y la derecha estaba tendida hacia los hombres sentados a la mesa.

Kistelle fue el único en reponerse rápidamente. Poniéndose de pie de un salto, el jefe de la cuadrilla hizo ademán de sacar el revólver.

La Sombra chasqueó los dedos de la mano derecha y una explosión repentina brotó de la punta de los mismos. Su luz cegó a Kistelle y el bandido se dejó caer en una silla.

Los demás estaban atónitos y no sabían cómo contestar a esta acción inesperada. Estaban aturdidos por la misteriosa explosión causada por La Sombra. Aquellos productos químicos, el uno en la punta del índice y el otro en la del pulgar, no fallaban nunca.

Mientras los cinco hombres vacilaban, La Sombra hizo un nuevo gesto.

Metiendo la mano bajo los pliegues de su abrigo, sacó un objeto que quedó oculto de momento. Se acercó a la mesa y abrió la palma.

Instantáneamente, una extraña luz verde iluminó la estancia. Todos, incluso Kistelle, gritaron de sorpresa. En la mesa, delante de ellos, descansaba el chicquatil verde.

A la luz verde de la esmeralda, aquellos maestros del crimen flaquearon.

Hundieron el rostro en las manos y gritaron asustados como criaturas.

En un instante, La Sombra había obrado una transformación radical. Les transportó en alas del recuerdo al templo de Zeltapec. Nuevamente eran prisioneros, hombres cuyo rostro estaba cubierto de máscaras, pobres seres que no veían nada frente a ellos sino una muerte cierta.

Uno de ellos, Kistelle, se jactó que volvería en busca de la esmeralda. Ahí la tenía, sobre la mesa, al alcance de su mano, pero Kistelle, al igual que sus amigos, se sentía indefenso y escondía la faz entre las manos.

-Querías el chicquatil -dijo La Sombra-. ¡Ahí lo tenéis, tomadlo!

Nadie se movió.

-Lleváis la marca de Colpoc -dijo La Sombra con tono irónico; -y Colpoc vive en el templo de Zeltapec. Sus ojos no se dejan deslumbrar por la luz verde del chicquatil. ¿Cómo es que vuestros ojos os traicionan?

Los cinco bandidos se enfrentaban con el vengador, sin fuerzas para medirse con él. Las palabras de La Sombra eran un reto, pero soportaron sus burlas sin murmurar siquiera.

-Crímenes perfectos -prosiguió La Sombra-. Ya veis qué poco valor han tenido contra La Sombra. ¿De qué os servirán ahora? Vuestras víctimas han sido declaradas inocentes. ¡Lo único que os queda por hacer es añadir vuestras declaraciones!

De debajo de su abrigo, La Sombra sacó unas hojas de papel. Las depositó una a una delante de los acobardados bandidos, les ordenó mirarlas y ellos obedecieron.

Cada declaración contenía una confesión del crimen cometido y del que quedó en estado de proyecto. Con gran intuición, La Sombra había descrito cada uno de los culpables, a pesar del hecho de que todos se parecían.

-Firma -dijo La Sombra al hombre que se encontraba más cerca de él-. Firma este papel con tu nombre supuesto, el nombre de Tom Rodan.

Una pluma rodó sobre la mesa. El hombre la cogió y firmó el nombre indicado.

-Firma aquí -dijo La sombra al siguiente-. Con tu nombre, Eduardo Montague.

Cuando hubo firmado, La Sombra pasó a su vecino. En respuesta a su orden, el nombre de Harold Thurber quedó estampado sobre el papel; luego vino la firma de Earl Northrup y La Sombra se acercó al jefe de los bribones.

-¡Charles Kistelle! –ordenó-. ¡Firma tu papel! ¡Tu confesión completa está delante de tus ojos!

Débilmente, Charles Kistelle cogió la plumilla, escribió su nombre y dejó caer las manos. Toda su jactancia había desaparecido. En presencia del brillo verde del chicquatil y de La Sombra, había perdido toda su arrogancia y no se hubiera atrevido siquiera a tocar la joya.

La Sombra se rió y su risa despertó ecos, presagios del destino. Una a una recogió las hojas firmadas que desaparecieron debajo de su abrigo.

La mano blanca de La Sombra se adelantó y tomó la esmeralda.

Retrocediendo hacia la puerta por la cual había entrado, el maestro vestido de negro la levantó al aire.

-Vivas imágenes de Colpoc -dijo con tono sepulcral-. Vuestro reinado de crimen ha concluido. Estáis marcados para toda la vida que quizá para vosotros no sea larga. El chicquatil está frente a vosotros. Lo he traído aquí de acuerdo con el hombre que os ha facilitado esta reunión, Tam Sook. Al escoger tus amigos, Charles Kistelle, deberás recordar que La Sombra todo lo sabe.

La luz verde desapareció. El chicquatil, ofrenda de los aztecas al mensajero del dios de la luna, quedó oculto entre los pliegues de las negras ropas. El ser que las vestía permaneció de pie en el umbral y de sus labios invisibles brotó una sarcástica risa; ¡la risa de La Sombra!

CAPÍTULO XXIII
EL "CHICQUATIL"

Charles Kistelle levantó la cabeza y miró al otro extremo de la estancia donde La Sombra, silenciosa ahora, continuaba esperando.

¡La Sombra!

Kistelle odiaba hasta su nombre.

El bandido miró en torno suyo y vió que sus cuatro camaradas levantaban la cabeza, y parecían haber desechado el temor que les embargaba momentos antes.

¡El brillo del chicquatil había desaparecido!

Un furor repentino se apoderó de Charles Kistelle. Miró sobre la mesa. El dinero ya no estaba allí y Kistelle comprendió lo que había ocurrido. La Sombra se había apoderado de él..., del producto de la lucha de los seis bandidos.

Bajo su abrigo había una fortuna de medio millón de dólares y también las confesiones que los acobardados ladrones habían firmado.

¡Sobre todo, La Sombra poseía el chicquatil verde!

La rabia trastornó a Kistelle, que recordó cómo él y Fenwick habían luchado contra un número superior de enemigos. Aquí pronto habría concluido a menos que hiciese un llamamiento a su valor.

-¡Muera La Sombra!

Kistelle había oído aquel grito en el mundo del hampa. Lo dio ahora, poniéndose de pie de un salto. Ni uno solo de los otros cuatro hombres vaciló.

Todos tenían revólveres y los sacaron al levantarse.

La Sombra vió su gesto y sus manos salieron de pronto de debajo de sus ropas. No llevaban ni dinero, ni confesiones ni esmeralda, sino dos enormes automáticas.

Eran cinco contra uno solo. De no tratarse de La Sombra, habría sido una lucha desigual, pero al salir a la luz las manos blancas, las automáticas hablaron, un cuarto de segundo antes del primer tiro que salió de los revólveres enemigos. El disparo de las potentes pistolas de 45 resonó en aquel antro subterráneo.

En vano los revólveres le contestaron, escupiendo lenguas de fuego. Las únicas manos que dispararon lo hicieron demasiado pronto para poder apuntar eficazmente. Las balas se incrustaron en las paredes de madera, pero otras, las que disparó La Sombra, encontraron el blanco que buscaban.

Los ecos de los disparos murieron, y en la estancia, llena de humo, se vió unas figuras retorcidas que daban vueltas en el suelo. La Sombra cesó el fuego. Sus enemigos yacían ante sus ojos y él permanecía de pie, ileso.

Una vez más, La Sombra había ganado la partida merced a su infalible receta; disparar antes que sus contrincantes.

Lentamente, el vencedor vestido de negro se acercó a los cuerpos que yacían inmóviles. Pasó de uno a otro, mirándoles a todos. Un gran rumor se levantó fuera del cuarto. Unos hombres golpeaban la puerta. El terrible tiroteo había sido oído desde la calle y la policía llegaba.

¡Crash!

Una puerta se hundió y al caer, La Sombra se deslizó rápidamente fuera de la estancia. Inadvertido por los policías, se metió por la puertecita de escape que se cerró a su espalda.

Había cinco cadáveres en el suelo. Los policías miraron en derredor y al no ver a nadie más, examinaron las víctimas. Una exclamación de sorpresa escapó a uno de los policías, siendo coreada por los demás.

Cada uno de los muertos llevaba en la mano una hoja de papel, confesión firmada del crimen que había planeado o cometido. A la luz de las lámparas eléctricas, leyeron la larga declaración escrita a máquina en la cual cada individuo explicaba la parte que tomó en el complot general.

Uno de los policías escribió nombres, sobre trozos de papel que ató a los cadáveres correspondientes, antes de sacar las confesiones de las manos crispadas de los difuntos.

Sacaron los cuerpos y un policía permaneció de guardia. Vió una hoja de papel sobre la mesa y leyó lo que había escrito en la misma. Era la confesión sin firmar de Horacio Fenwick, el único de los seis cómplices que murió antes que los otros.

De pronto, el policía se fijó en el nombre escrito en la parte inferior de la hoja. En vez de la firma de Fenwick, llevaba, escritas en grandes caracteres atrevidos, dos palabras:-LA SOMBRA

La letra se desvaneció paulatinamente. La confesión de Horacio Fenwick quedó en blanco en el lugar de la firma. El sexto bandido escapó al destino final de sus compinches, porque encontró la muerte diez días antes que ellos.

Seis hombres diabólicos habían muerto... seis hombres unidos por sus crímenes. A pesar de llevar la marca de Colpoc en los rostros infames, no habían sabido aprovechar la lección recibida en el templo de Zeltapec. En vez de ello, hicieron uso de su desgracia para preparar los crímenes más asombrosos que se enfrentaron con la ley.

Seis hombres diabólicos, cuyos rostros moldeados con la imagen del mal eran el reflejo de sus corazones, habían intentado realizar super crímenes.

Armados con coartadas perfectas, habían querido ganar millones y matado, echando la culpa a unos seres inocentes.

Sin que nadie sospechase su verdadera identidad, hubieran triunfado bajo la dirección de Charles Kistelle, el maestro criminal, a no ser por la existencia de La Sombra. Ella sola había puesto término a sus fechorías, reservándoles un fin merecido.

Cinco cuerpos en un sótano y otro entre las ruinas de un coche destrozado... aquélla era la suerte que tocó a los seis cómplices. Era la suerte que se habían ganado. El chicquatil verde marcó la última etapa de su extraña carrera.

El cuarto del subterráneo situado en una calle del barrio chino de San Francisco estaba vacío. La puertecita de la pared cubierta de plafones de madera volvió a abrirse y unos ojos penetrantes escudriñaron el lugar.

De unos labios invisibles una risa baja, misteriosa, risa sin alegría, brotó, último recuerdo de la suerte que cupo a seis hombres diabólicos.

¡Era la risa de La Sombra, la risa que acompaña al justo castigo!

¡La Sombra había triunfado!

¡La Sombra volvería!

¡La Sombra reía!

FIN